



LO
inesperado 2
— F A M M A —

Viri Vallera

Lo inesperado 2

Fama

Viri Vallera

Derechos de autor © 2026 Viri Vallera

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

*De nadie seré, solo de ti, hasta que mis huesos se vuelvan ceniza y mi
corazon deje de latir.*

PABLO NERUDA

Contenido

[Página del título](#)

[Derechos de autor](#)

[Epígrafe](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

El corazón de Mary Elizabeth latía rápido dentro de su pecho ahora que estaba a punto de subir al escenario. El sonido del público, que había llenado el recinto, rugía como un mar embravecido.

Apretó el micrófono y sintió la humedad en su mano. No era la primera vez que pisaba un escenario; había estado en muchos... pero ninguno tan moderno ni tan importante como el imponente SoFi Stadium de Los Ángeles, California.

Su música había llegado lejos. Las letras que escribió en medio de su soledad, muchas veces acompañada solo por su gato, se volvieron internacionales sin que se diera cuenta. De pronto, estaba encabezando listas de popularidad.

Su nombre resonó con fuerza cuando el presentador la anunció. Segundos después, el público entero comenzó a corearla.

—¡Eliz! ¡Eliz! ¡Eliz!

Aspiró profundamente y se recordó a sí misma que, en ese momento, ya no era Mary Elizabeth, la mujer reservada, callada y tímida. Ahora era Eliz: segura, seductora, dueña de una voz capaz de envolver a cualquiera que la escuchara.

La adrenalina la recorrió por completo. Se irguió en el elevador de escotilla y, en cuestión de segundos, emergió en medio del escenario, rodeada de pirotecnia fría. Un haz de luz la iluminó justo cuando comenzaron a sonar las primeras notas de su canción más famosa. Los gritos del público eran casi ensordecedores.

Su primer atuendo de la noche era un traje elegante: un blazer azul noche cubierto de lentejuelas, sin nada debajo, cerrado solo por un botón estratégicamente colocado que dejaba ver lo

justo. El pantalón, de bota ancha, fluía con cada uno de sus movimientos sobre el escenario. Como único accesorio, llevaba un collar de diamantes que caía delicadamente sobre su escote.

Su cabello, peinado al estilo Old Hollywood, caía en ondas marcadas y brillantes hacia un lado, cubriendo ligeramente su rostro y manteniendo ese aire de misterio que la caracterizaba desde el inicio de su carrera.

El maquillaje, luminoso, resaltaba sus facciones, mientras sus labios color cereza captaban la atención de todos, tanto de quienes la veían en las pantallas como de los que estaban más cerca del escenario.

Y justo ahí, entre los más cercanos, estaba Susana.

Observaba a su artista favorita con una mezcla de admiración y algo más profundo. Si de alguien estaba enamorada, era de ella. Le fascinaba su voz, la forma en que transmitía cada emoción en sus canciones... y, por supuesto, todo lo que veía en aquella mujer.

Para Susana, Eliz era perfecta. Una mezcla de sensualidad y elegancia, casi como una diosa.

Y si alguna vez estuviera a su alcance... no dudaría en intentar conquistarla.

Eliz cerró los ojos para entonar la primera nota. Sabía que, si miraba al público —sobre todo a los que estaban más cerca, observándola sin pestañear—, Mary Elizabeth aparecería y arruinaría todo.

La mano con la que sostenía el micrófono tembló ligeramente. Se repitió a sí misma que no era Mary Elizabeth... era Eliz.

Entonces se escuchó.

Su voz llenó el SoFi Stadium, firme, envolvente. En ese instante supo que su alter ego ya estaba ahí, ocupando su lugar. Se dejó llevar.

El temblor desapareció.

Se plantó con seguridad mientras su voz teñía el aire de romance y sensualidad. El público rugió una vez más, y esta vez Eliz abrió los ojos.

Sus ojos avellana, iluminados por las luces, brillaban con tonos verdosos y destellos dorados. En las pantallas gigantes, su mirada y su sonrisa —perfecta, segura— hicieron que más de uno se quedara sin aliento.

Entre ellos, Susana.

No le había quitado la vista ni un segundo. Casi sentía que podía oler su perfume, aunque sabía que era solo su absurdo enamoramiento platónico jugándole en contra.

Aun así, su piel estaba erizada.

Desde que la voz de Eliz llenó el estadio, no había podido dejar de reaccionar.

Eliz comenzó a moverse por el escenario, recorriéndolo con soltura, acercándose a sus fans, rozando algunas manos cuando tenía la oportunidad. Los tenía completamente rendidos.

O, mejor dicho, atrapados en su voz.

Al terminar la canción, el estadio estalló en aplausos y gritos.

—¡Eliz! ¡Eliz!

Ella sonrió y saludó con una mano.

—Gracias por estar aquí esta noche —dijo—. Estoy muy feliz de verlos.

—¡Eliz! ¡Eliz!

—Espero que disfruten el resto del concierto.

Los músicos comenzaron la siguiente canción, y el público volvió a entregarse por completo.

Incluso Susana... que estaba segura de que, si Vivian la viera en ese momento, se burlaría sin piedad de ella.

Después de hora y media, Eliz hizo una pausa para cambiarse de vestuario.

Cuando regresó, dejó sin aliento a Susana.

Llevaba un vestido negro de encaje, de alta costura. Un naked dress que insinuaba más de lo que mostraba, elegante y provocador al mismo tiempo.

Susana apenas pudo respirar.

Entonces ocurrió.

Eliz sintió una mirada distinta entre todas las demás. Estaba acostumbrada a ser observada, pero esa... esa era diferente.

La buscó.

Y la encontró.

En una de las zonas más exclusivas del estadio, una mujer de ojos verdes la miraba con una intensidad que la desarmó por un segundo.

Eliz no era alguien que se enamorara fácilmente. De hecho, solía evitarlo. Pero en ese instante, algo dentro de ella se movió.

Quiso conocerla.

Impulsada por la adrenalina y la seguridad que le daba ser Eliz, le guiñó un ojo.

La reacción fue inmediata: la mujer se tensó, avergonzada... pero le sonrió.

Eliz desvió la mirada, retomando el control.

Mientras tanto, el corazón de Susana estaba a punto de salirse de su pecho.

No podía creerlo.

Eliz le había guiñado un ojo.

Y entonces pensó... si una simple mirada había provocado eso en ella, ¿qué pasaría si se acercaba más?

Durante el resto del concierto, sus miradas se encontraron varias veces.

Y cada vez, se sentía más real.

Al final, Eliz se despidió lanzando besos al público. Pero hubo uno... discreto, casi imperceptible... que fue solo para Susana.

No pasó desapercibido.

Las cámaras la enfocaron justo en ese momento, captando sus mejillas sonrojadas y su sonrisa imposible de ocultar.

El público volvió a rugir.

Eliz sonrió, divertida, y le guiñó un ojo una última vez antes de desaparecer del escenario, mientras la música seguía sonando.

Una vez fuera del escenario, en el túnel, ya la esperaban su asistente personal, Samanta —o Sam, como ella la llamaba— y una camioneta con el motor encendido, lista para sacarla del lugar y llevarla al hotel.

Samanta subió detrás de Mary Elizabeth, vestida como siempre de negro, con un auricular casi invisible en la oreja. Llevaba un iPad y un celular que no dejaba de vibrar.

La observó en silencio.

Tenía las mejillas sonrojadas y los ojos brillando de una forma distinta. Sam la conocía bien... demasiado bien. Eso no era solo la euforia del concierto.

Había algo más.

Y entonces lo recordó.

El coqueteo.

Esa mujer del público.

Frunció ligeramente el ceño. Le había sorprendido. Porque, por más segura y provocadora que fuera Eliz sobre el escenario, jamás hacía ese tipo de cosas. Nunca.

Mary Elizabeth notó la insistente mirada de Samanta y se puso nerviosa. Evitó sus ojos mientras comenzaba a quitarse las joyas y los tacones, dejando escapar un suspiro cansado.

El trayecto fue largo.

Entre el tráfico de Los Ángeles y el operativo de seguridad, tardaron más de lo habitual. El equipo se encargó de despejar el lobby antes de su llegada, asegurándose de que nadie pudiera acercarse.

La camioneta entró por el estacionamiento privado.

Eliz bajó sin decir una palabra y se dirigió al elevador de servicio. Subió acompañada solo por Sam y dos guardaespaldas, que se retiraron en cuanto la puerta de la suite se cerró tras ella.

Silencio.

Mary Elizabeth dejó de ser Eliz en cuanto cruzó el umbral.

Sus hombros cayeron.

Sam se quitó el auricular y dejó el iPad y el celular sobre una mesa cercana, observándola con atención.

La suite era enorme... y demasiado silenciosa.

Después del ruido, de las luces, de la gente, el contraste era brutal.

Mary Elizabeth lo sentía cada vez más.

La soledad.

Entre más fama alcanzaba, más presente se volvía.

Si no fuera por Sam —que estaba con ella día y noche—, estaba segura de que ya habría hecho algo impulsivo... como lanzarse desde alguna de esas suites en los pisos más altos.

—Sam... ¿podrías ayudarme a quitarme el vestido y el maquillaje? —dijo Mary Elizabeth después de varios segundos en silencio, sin apartar la vista de la ventana.

—Claro.

Sam fue por lo necesario. Cuando regresó, la encontró en el baño, esperando.

Se acercó sin decir nada y bajó la cremallera del vestido con cuidado, ayudándola a quitárselo sin estropearlo. Luego lo llevó al vestidor.

Mary Elizabeth, mientras tanto, se quitó los lentes de contacto y los guardó con precisión casi automática. Después comenzó a desmaquillarse.

Sam volvió y se colocó a su lado.

El silencio era pesado.

—¿Qué fue eso? —preguntó al final.

—¿Qué cosa? —respondió Mary Elizabeth, aunque sabía perfectamente a qué se refería.

Sam la miró a través del espejo.

—Lo de esta noche. En el escenario.

Mary Elizabeth evitó su mirada.

—¿Cuál de todas las cosas que hice?

—Coquetear —dijo Sam sin rodeos—. Le guiñaste el ojo a esa mujer... y le lanzaste un beso. Y no fue tan discreto como crees.

El rubor apareció de inmediato en el rostro de Mary Elizabeth, reflejándose en todos los espejos del baño.

Samanta lo notó todo.

Y aun así, suavizó el tono.

—Me alegra por ti —añadió—. Eres humana. Es normal que alguien te guste.

Mary Elizabeth negó con la cabeza, enfocándose en limpiar el último rastro de maquillaje.

—Eso fue Eliz. Fue impulsivo. Yo no haría algo así.

—Pero lo hiciste.

Mary Elizabeth se quedó quieta.

—Tú y Eliz son la misma persona —continuó Sam—. Solo que allá afuera te permites ser quien aquí no te atreves.

Mary Elizabeth se colocó las gafas y levantó la mirada hacia el espejo.

—No somos la misma —dijo en voz baja—. Dime... ¿en qué nos parecemos?

Sam no respondió de inmediato. La observó con atención.

—En nada —siguió Mary Elizabeth—. Ella es guapa. Segura. Sabe lo que hace...Yo no.

Su voz se quebró apenas.

—Yo no soy bonita. Tengo cara de boba... de nerd. Y estas pecas...

Sam dio un paso al frente y colocó sus manos sobre sus hombros, obligándola a mirarla.

—No eres fea. Ni tienes cara de boba. ¿Quién te metió eso en la cabeza?

Mary Elizabeth bajó la mirada.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

Y el recuerdo llegó... como un golpe.

Flashback

—¡Ya sé lo que quiero ser de grande! —exclamó Mary Elizabeth al entrar a casa, todavía con la emoción en el pecho—. Voy a ser cantante.

Venía de su concurso de preparatoria.

Había ganado el primer lugar.

Su padre no había ido.

Cuando él la escuchó, su expresión cambió de inmediato.

—No digas estupideces.

Mary Elizabeth dudó un segundo, pero aun así avanzó hacia él.

—Gané —dijo, extendiéndole el diploma con manos temblorosas—. Mira, papá...

Él lo tomó.

Lo observó unos segundos.

Y luego lo rompió en pedazos frente a ella.

El sonido del papel desgarrándose le hizo un nudo en el pecho.

—¿Por qué hiciste eso? —preguntó, alzando la voz sin poder evitarlo.

El golpe llegó de inmediato.

Su cabeza se giró por la fuerza.

—No me levantes la voz —dijo él con frialdad—. Soy tu padre. Me respetas.

Mary Elizabeth se llevó una mano a la mejilla, con los ojos llenándose de lágrimas.

—No vas a ser cantante.

—Pero... me gusta cantar... —susurró, apenas audible.

—Olvídate de eso —continuó él—. No tienes la cara ni el cuerpo para eso. Y aunque lo tuvieras... no voy a permitir que una hija mía ande exhibiéndose como una cualquiera.

El mundo de Mary Elizabeth se rompió en ese momento.

Presente

—Eres hermosa.

La voz de Samanta la trajo de vuelta.

—Tanto como Mary Elizabeth... como Eliz. Las dos lo son, a su manera.

Mary Elizabeth respiró hondo, conteniendo las lágrimas.

No quería volver ahí. No otra vez.

—Lo siento... —murmuró—. A veces... me gana.

—Está bien —respondió Sam con suavidad—. No pasa nada.

Hubo un pequeño silencio.

—En un momento llega la comida — le informó la asistente.

—Gracias... me daré un baño antes.

—Te espero.

Cuando salió del baño, se sentía más ligera. No bien. Pero mejor.

En el comedor de la suite, la mesa estaba llena de su comida favorita. También había bebida... y alguien más. Su tía Leila. A pesar de la hora.

Mary Elizabeth se detuvo un segundo. El pensamiento que había tenido antes —lanzarse por la ventana— regresó a su mente... pero esta vez no se quedó.

No estaba completamente sola. Si había llegado hasta ahí, era por ella. Leila había peleado por su carrera desde el inicio. Había sido dura, sí... pero también había estado ahí cuando nadie más lo hizo.

—¡Felicidades! —exclamó su tía, abrazándola con fuerza—. Vendimos todo el merchandising. Y fuiste tendencia en redes.

Mary Elizabeth parpadeó, aún procesando.

—¿En serio?

—Y quieren otra fecha.

—¿Qué?

Se acomodó las gafas, sorprendida de verdad.

—Una más —sonrió Leila—. ¿Qué dices?

Mary Elizabeth dejó escapar una pequeña risa.

—Increíble...

Capítulo 2

Mientras Mary Elizabeth no podía dormir por la adrenalina, Susana tampoco lo lograba... pero por una razón distinta.

Su mente no dejaba de repetir el mismo momento una y otra vez.

Eliz.

El guiño.

El beso.

Ese beso que intentó hacer pasar como algo general... pero que no lo fue. Las cámaras lo habían captado. Y ahora, las redes sociales estaban llenas de imágenes, comentarios y teorías sobre Eliz... y la mujer misteriosa a la que le había lanzado ese gesto.

A ella.

Susana se dejó caer sobre la cama de su habitación de hotel, mirando el techo sin realmente verlo. Su corazón aún no se calmaba. Giró la cabeza hacia la silla donde había dejado lo que compró en el concierto: una gorra y una playera.

Se levantó, tomó la playera y la extendió entre sus manos. El rostro de Eliz la miraba desde la tela. Sonrió apenas.

—No le haces justicia... —murmuró.

En persona era otra cosa. Más intensa. Más real. Más... peligrosa.

Susana dejó escapar un suspiro y se sentó en la orilla de la cama, con la playera aún entre las manos. No sabía qué había sido eso.

Un gesto al azar.

Un juego de escenario.

O algo más.

Pero una parte de ella —la más tonta, la más ilusa— quería creer que no había sido casualidad. Que Eliz la había visto. De verdad. Y ese pensamiento... era suficiente para no dejarla dormir.

Por eso, Susana volvió a revisar las redes sociales. Una y otra vez.

Le sorprendía lo rápidos que eran los fans para captarlo todo con sus celulares. A veces pensaba que, por querer grabarlo todo, se perdían el momento real. Aun así... esta vez le convenía. Gracias a esos videos, podía verse a sí misma desde fuera.

Eliz.

El guiño.

El beso.

Dirigidos a ella.

Se sintió ridícula. Como una colegiala enamorada.

Pero no era algo nuevo. A ella siempre le habían gustado las mujeres... aunque nunca lo había dicho en voz alta.

La emoción seguía ahí.

Pero también el miedo.

¿Y si alguien la reconocía?

¿Y si su rostro aparecía claramente en algún video?

Toda la imagen seria que había construido en su trabajo podría venirse abajo. Esa idea la tensó. Así que empezó a buscar. Video tras video. Foto tras foto. Con una obsesión creciente. Hasta que, por fin, encontró alivio. Nadie había captado bien su cara. Ni siquiera las cámaras del concierto. Solo un perfil borroso. Nada más.

Aun así, no pudo dormir.

Su paranoia la mantuvo despierta hasta casi las cuatro de la mañana. Terminó durmiéndose a la misma hora que Mary Elizabeth,

cada una en su habitación de hotel... pensando en algo que, en el fondo, creían imposible.



Mary Elizabeth despertó a las nueve. La adrenalina seguía corriendo por su cuerpo, manteniéndola en pie. Sabía que más tarde le pasaría factura... pero por ahora, no le importaba. Mary Elizabeth salió de su habitación en silencio.

Ya no era Eliz.

Solo una mujer con gafas, jeans, tenis y el cabello recogido en una cola de caballo. Nadie la miraría dos veces. Y eso le gustaba.

Quería caminar. Respirar. Tomar un café.

Tal como esperaba, nadie le prestó atención en el ascensor ni en el lobby. Afuera, la ciudad seguía su ritmo: gente yendo y viniendo, cada quien atrapado en su propio mundo. Normal. Tranquilo. Seguro. O eso creyó.

Porque, como le pasaba a menudo, se distrajo.

Y tropezó.

Su cuerpo se fue hacia adelante antes de que pudiera reaccionar. Cayó de bruces. El impacto le raspó las manos y las rodillas, y sus gafas salieron disparadas... justo hacia la calle.

Un auto pasó sobre ellas. Las destruyó.

—No... —murmuró, incorporándose como pudo.

Todo era borroso. Formas. Sombras. Nada claro. Ignoró el dolor en sus manos y empezó a tantear el suelo, buscando los restos de sus lentes.

A unos pasos detrás, Susana lo vio todo. Colgó la llamada sin pensarlo y guardó el celular. Nadie más se detenía. Nadie la ayudaba.

Frunció el ceño y se acercó.

—Por favor, déjame ayudarte —dijo, tomando a la mujer de los brazos y ayudándola a ponerse de pie.

—Gracias... —respondió Mary Elizabeth, intentando enfocar—. Es que... mis lentes...

Entrecerró los ojos. Y entonces la vio. O al menos lo suficiente. Su corazón se aceleró de golpe. El mundo se tambaleó. Sus piernas fallaron. Susana la sostuvo con más firmeza.

—¿Quieres que te lleve a un hospital?

—No... estoy bien —se obligó a decir—. ¿Mis gafas...?

Susana dudó un segundo.

—Un auto... las destrozó.

—¿Qué? —su voz se quebró—. No... no veo casi nada sin ellas...

Susana la observó con más atención. Ojos avellana. Algo en ellos le resultó familiar. Demasiado. Por un instante, pensó en Eliz.

Pero no.

No podía ser.

La mujer frente a ella era distinta. Más sencilla. Más... real.

Y aun así...

—No te preocupes —dijo al final—. Puedo llevarte a donde necesites.

Mary Elizabeth tragó saliva.

—Solo estaba dando un paseo... —respondió, nerviosa—. Seguro tienes cosas que hacer.

—No te preocupes, estoy libre ahora mismo. De hecho, estaba haciendo lo mismo que tú —insistió Susana, observándola con más atención—. ¿A dónde te llevo?

—Me estoy quedando en el Beverly Wilshire...

—¿En serio? —Susana alzó las cejas—. Yo también.

Por un momento, la miró con curiosidad.

No parecía alguien de negocios. Tal vez... alguien con dinero. O simplemente alguien que había ido al concierto, como ella.

—Vaya... qué casualidad —respondió Mary Elizabeth, intentando que su voz sonara normal.

Por dentro, estaba tensa.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Susana.

—Lo siento, no me he presentado... Mary Elizabeth.

—Un placer, Mary Elizabeth.

Susana tomó su mano para estrecharla.

El contacto fue breve... pero suficiente. Un pequeño estremecimiento recorrió a ambas.

—Susana —añadió.

—¿Y tienes un ratón?

—¿Un qué? —Susana frunció el ceño, confundida—. ¿Un ratón?

Al mismo tiempo, pasó su brazo por debajo del de Mary Elizabeth para sostenerla mejor.

El contacto la acercó más. Mary Elizabeth sintió cómo algo en su pecho se desordenaba.

—Lo digo por la canción... "Susanita tiene un ratón".

Susana soltó una pequeña risa. Y esa risa... Mary Elizabeth la sintió más de lo que le gustaría admitir.

—No —respondió con una sonrisa—. No tengo ratón. De hecho, no tengo mascotas. ¿Y tú?

—Un gato... gordo y flojo —respondió Mary Elizabeth, un poco más relajada—. Pero se quedó en casa.

—¿Lo extrañas?

—Sí... bastante.

Caminaron juntas, despacio.

Una apoyándose en la otra.

Y sin darse cuenta... acortando cada vez más la distancia.

Pese a su timidez, Mary Elizabeth terminó conversando con Susana durante todo el camino.

No era normal en ella.

Pero había algo en esa mujer... algo que le daba confianza.

—Ya llegamos al hotel —anunció Susana, deteniéndose—. ¿Cuál es tu habitación? Puedo acompañarte hasta allá si quieres.

Mary Elizabeth dudó.

—Muchas gracias, pero creo que ya he abusado demasiado de tu amabilidad.

—Para nada —respondió Susana sin soltarla—. Dime... ¿vas a llamar a alguien? Supongo que no estás sola.

—No, estoy con una amiga... —hizo una pequeña pausa—. Pero en realidad iba a tomar un café después del paseo.

—Perfecto —sonrió Susana—. Entonces vamos por ese café. Yo también quiero uno.

Y sin darle mucho espacio para negarse, la guió hacia el restaurante del hotel. Se sentaron en la misma mesa. Cerca. Más de lo necesario.

—Por favor, déjame invitarte —dijo Mary Elizabeth una vez acomodada, intentando enfocar su figura borrosa frente a ella.

—No hace falta.

—De verdad... déjame hacerlo.

Susana la observó unos segundos.

Había algo en ella... algo que no encajaba.

Pero no dijo nada.

—Está bien —aceptó al final—. ¿Quieres algo más además del café? ¿Te leo el menú?

Mary Elizabeth sonrió apenas.

—¿Me harías ese favor?

—Claro.

Susana tomó el menú y comenzó a leerlo con calma.

Su voz sonaba segura... y peligrosamente fascinante para Mary Elizabeth, que bajó la mirada, intentando ignorar lo que le provocaba. Pero no pudo.

Cuando terminó, Susana hizo el pedido por ambas.

Y mientras hablaba con la mesera, Mary Elizabeth no pudo evitar mirarla. O intentarlo. Aun borrosa... le parecía increíble.

Y eso la inquietaba más de lo que quería admitir.

Capítulo 3

Habían estado comiendo en silencio, pero se habían dedicado miradas... muchas miradas. Y quien tenía la mayor ventaja de observar sin ser descubierta era Susana. Por alguna extraña razón, se encontraba completamente fascinada por la mujer de ojos avellana y cabello castaño que le recordaba mucho a Eliz.

—¿A qué te dedicas? —preguntó Susana.

Al escuchar la pregunta, Mary Elizabeth casi escupió el café y comenzó a toser.

—¿Está bien? —preguntó Susana, preocupada.

—Estoy bien —respondió, limpiándose la boca con una servilleta mientras ganaba tiempo para pensar qué decir—. Suelo viajar mucho... mi trabajo consiste en eso, viajar.

—¿Te gusta?

—Sí, aunque a veces quisiera no hacer nada y quedarme en algún lugar, perdida de todo —dijo con una sonrisa, y Susana le devolvió otra.

—¿Tanto así?

—Es que a veces es caótico.

—Me imagino. Yo también suelo viajar seguido... quizá no tanto como tú, pero lo hago.

—¿Sí? ¿Eres empresaria?

—Algo así. Soy gestora de portafolios de lujo.

—¡Vaya!

—¡Por fin te encuentro! —la voz de Samanta se escuchó detrás de Mary Elizabeth.

Lo primero que hizo al despertar fue buscar a la cantante, pero al entrar a su habitación se dio cuenta de que no estaba ni en su cama ni en ninguna parte de la suite, por lo que comenzó a buscarla. Gracias a que el celular de Mary Elizabeth tenía el localizador encendido, le resultó más fácil encontrarla.

—Lo siento —se disculpó enseguida Mary Elizabeth, tratando de enfocarla—. No quise despertarte.

—Está bien —respondió Samanta, posando ahora su mirada en la mujer que acompañaba a Mary Elizabeth en la mesa.

No podía creer que su tímida jefa y amiga estuviera acompañada de la mujer con la que había coqueteado la noche anterior.

—¿Qué te pasó? —le preguntó Samanta, ahora preocupada al ver los pantalones rotos y los raspones de Mary Elizabeth.

—Me caí, y Susana, aquí presente, me ayudó a ponerme de pie y a regresar al hotel. Mis gafas... están hechas trizas; cayeron en la calle y un auto les pasó por encima —aclaró Mary Elizabeth—. Susana también se está hospedando en este hotel.

—Qué coincidencia —dijo Samanta, mirando a Susana, quien observaba a ambas con curiosidad.

—Sí, ¿verdad? Pero supongo que ustedes están aquí por el concierto de anoche, el de Eliz. ¿No es así?

—Sí, así es. ¿Cómo lo supiste? ¿También eres su fan? —se apresuró Samanta a responder por las dos.

—Sí, supongo que sí. Anoche tuve la oportunidad de ir a su concierto... y es mucho más guapa en persona.

—¿Verdad que sí?

—Sí, pero Mary Elizabeth se le parece mucho.

El rostro de ambas mujeres se tensó al instante, mirándose entre sí con una mezcla de sorpresa y temor.

—Por sus caras parece que les dieron la peor noticia de sus vidas —dijo Susana, con una sonrisa torcida, mientras se levantaba de la mesa—. No se asusten, solo digo que tienes un parecido con la cantante —añadió, mirando a Mary Elizabeth—. Tu belleza es natural; la de Eliz... bueno, maquillaje y luces.

Susana sacó una cartera sencilla del bolsillo de sus pantalones y extrajo una tarjeta de presentación.

—Por si en algún momento necesitas de mis servicios... o cualquier otra cosa —dijo, entregándosela a Mary Elizabeth—. Aquí están mis números de contacto.

—Oh... gracias.

—Que se la sigan pasando bien.

—Igualmente.

—Me temo que tengo que regresar al trabajo.

—Muchas gracias por lo que hiciste por mí.

—No fue nada. Cuídate.

—Tú también.

Aunque ya se estaban despidiendo, Susana fue incapaz de apartar la vista de los ojos avellana de Mary Elizabeth. Permaneció un segundo más de lo necesario... hasta que finalmente se obligó a marcharse, dejando a Mary Elizabeth con un ardiente deseo de volver a verla.

Cuando Susana se perdió de vista, Samanta se sentó en el lugar que había dejado vacío, completamente incrédula por lo que acababa de suceder.

—Por un momento creí que descubriría que eras Eliz —dijo.

—Yo también.

—¿Por qué saliste a la calle sin decirme nada? Me asusté muchísimo... y mira cómo te lastimaste las rodillas y las manos.

—Es solo superficial, no te preocupes.

—Pudo haberte pasado algo mucho peor.

—No exageres, sabes bien que soy torpe y distraída.

—O es que alguien lo hizo a propósito —insinuó, dejando entrever que podía tratarse de Susana.

—No, nadie me hizo nada.

Mary Elizabeth bajó la mirada hacia la tarjeta que Susana le había dado. La sostuvo entre sus dedos unos segundos antes de guardarla. Luego decidió regresar a su habitación, con Samanta siguiéndola de cerca.

—Sam.

—Dime.

—¿Podrías averiguar un poco más sobre Susana con los datos de la tarjeta? —pidió una vez dentro de la habitación.

Samanta la miró con atención.

—Claro... pero ¿por qué quieres saber más de ella?

—Curiosidad.

Samanta no pareció del todo convencida.

—Si es solo por eso, está bien. Pero debo decirte algo: me parece una mujer muy aguda, capaz e inteligente. Si te acercas demasiado, en el menor descuido podría descubrir quién eres... —hizo una pausa—. ¿O es que quieres que lo sepa?

Mary Elizabeth negó suavemente.

—No... no me gustaría que supiera quién soy. Más bien... me gustaría que le gustara la persona que realmente soy cuando no estoy sobre un escenario, llena de maquillaje y luces.

Samanta la observó unos segundos antes de asentir.

—Me parece bien. Solo ve con cuidado.

—No te preocupes, no haré nada peligroso.

Samanta, no muy convencida de lo que la cantante decía, decidió buscar información sobre Susana. Aunque en el fondo

esperaba no encontrar nada relevante, que fuera solo una mujer más o incluso alguien poco confiable, lo que halló la dejó completamente asombrada.

Durante más de dos horas revisó artículos, entrevistas, menciones... esperando encontrar algo que no encajara. Algo que le diera la razón. No lo encontró.

Cuando terminó, fue a la sala donde Mary Elizabeth estaba sentada frente al piano, tocando distraída.

—¿Qué encontraste? —preguntó ella, deteniendo las notas.

Sam dudó un segundo.

—Muchas cosas.

Mary Elizabeth giró ligeramente en el banco.

—¿Buenas o malas?

Sam suspiró.

—Buenas.

Y eso le molestaba más de lo que quería admitir.

—Es... brillante. Culta. Interesante.

Mary Elizabeth no pudo evitar sonreír.

—Déjame ver.

Sam le entregó el iPad junto con sus gafas de repuesto.

Mary Elizabeth se las colocó y comenzó a leer.

Nombre: *Susana Sterling.*

Binacional.

Experta en finanzas internacionales.

"La mujer que conecta las grandes fortunas de México con Wall Street", decía uno de los artículos.

Confidencialidad absoluta.

Clientes de alto perfil.

Familias poderosas.

Celebridades.

Mary Elizabeth siguió bajando.

Fotos en revistas.

Eventos.

Vestidos elegantes.

Sonrisa segura.

Presencia firme.

Museos.

Galas.

Lugares donde ella... nunca encajaría como Mary Elizabeth. Y aun así... No podía dejar de mirarla.

—Se mueve en ligas muy altas —comentó Sam, cruzándose de brazos.

Mary Elizabeth no respondió de inmediato.

Siguió viendo una foto más. Y otra.

—¿Tiene redes sociales? —preguntó al final.

—No —respondió Samanta—. Al menos no con su nombre real. Si tiene... está bajo un seudónimo.

Mary Elizabeth bajó lentamente el iPad. Sintió algo extraño.

Una mezcla entre fascinación... y distancia.

—Tiene sentido —murmuró.

Guardan secretos. Como ella.

Dejó el iPad a un lado. Por un momento pensó en buscarla, seguirla, encontrar otra forma de verla. Pero no había nada. Solo recuerdos. Y esa mirada de ojos verdes de Susana.

Mientras que Susana nunca había dado su tarjeta de presentación a una persona que no fuera un posible cliente, con Mary Elizabeth no pudo evitarlo. Aquella mujer la hizo confundirse,

ya que, a la vez que se parecía mucho a Eliz, también era muy distinta: torpe y distraída, algo que Eliz nunca dejaba ver.

Le dio su tarjeta con la esperanza de que Mary Elizabeth la llamara por cualquier excusa tonta y así poder continuar conversando. Susana no era de tener aventuras; debido a su trabajo y al círculo en el que se movía, difícilmente podía permitírselo, ya que su imagen podría verse manchada si daba un paso en falso y su credibilidad como gestora de lujos también se vería afectada.

Pero con Mary Elizabeth había intuido algo diferente. Sus modales eran los de una persona de su misma clase y la supuesta amiga no parecía ser solo una amiga: vestía completamente de negro, llevaba un auricular casi invisible en la oreja y estaba demasiado atenta; más bien parecía una asistente. Eso hizo pensar a Susana que Mary Elizabeth no era alguien cualquiera.

Susana recogió sus cosas y salió de la habitación para abandonar el hotel y regresar a México, mientras deseaba que Mary Elizabeth no tirara su tarjeta... y que, en algún momento, decidiera llamarla.

Capítulo 4

Luego de dos días de descanso, Eliz volvió a los ensayos para su segundo concierto en el Sofi Stadium. Aunque su mente estaba enfocada en su trabajo —que era lo que más le gustaba hacer: cantar—, no podía dejar de pensar en Susana.

Después de haber disimulado dejando la tarjeta de presentación sobre la mesa para que Samanta no la molestara, la cantante la había guardado entre sus cosas personales, esas que nadie más tocaba excepto ella.

Mientras Eliz se concentraba en su concierto, Susana pensaba en Eliz... y en Mary Elizabeth. Ambas mujeres ocupaban su mente, cada una de una forma distinta. Sabía que Eliz nunca la buscaría, teniendo todo a sus pies; pero de Mary Elizabeth esperaba algo más, después de haberle dejado sus datos. Sin darse cuenta, incluso se había impuesto un límite.

Una semana.

Dos semanas.

Y nada.

Más de una vez revisó su celular, esperando ver un número desconocido en la pantalla. Pero eso nunca ocurrió.

Susana veía en redes sociales y en medios digitales cómo Eliz había vuelto a llenar el Sofi Stadium, agotando todas las entradas. No le sorprendía; la mujer era talentosa, además de hermosa y aparentemente sencilla. Aun así, también era reservada y misteriosa: desde que inició su carrera no había tenido escándalos ni se le había visto con alguien. Por eso, la mayoría de los medios asumía que era heterosexual... hasta el último concierto, donde la vieron coqueteando con otra mujer.

Sin embargo, muchos lo tomaron como un simple juego. La propia cantante no dijo nada al respecto; en sus redes solo agradeció a sus fans por asistir, compartiendo algunas imágenes, pero sin hacer ninguna aclaración.

Susana había estado tan sumida en sus pensamientos y en sus responsabilidades laborales que se había olvidado de preguntarle a Vivian por la boda de Candy. Cuando por fin habló con ella, descubrió que no era la única que se había sentido atraída por una mujer de la que sabía muy poco.

A diferencia de ella, Vivian sí tenía más información: había logrado encontrar a esa mujer en redes sociales. Susana, en cambio, no había encontrado ni una sola pista de Mary Elizabeth.

Y eso, aunque no quisiera admitirlo, empezaba a frustrarla más de lo que esperaba.

Por eso decidió guardarse lo que había vivido y escuchar a Vivian, quien parecía tener muchas más posibilidades de encontrar a la mujer de la que se había enamorado casi sin darse cuenta.



—Nos ha ido muy bien, Mary —le dijo su tía Leila una vez de regreso a la ciudad, ya en casa de la cantante—. Y creo que deberías invertir o hacer algo para que tu patrimonio crezca. Así, cuando decidas retirarte, podrás vivir sin preocupaciones.

—¿Invertir? ¿En qué? —preguntó, un poco confundida y completamente embelesada mientras cargaba a su gato, que ronroneaba feliz de tenerla de vuelta.

—Hay personas que se dedican a gestionar ese tipo de cosas.

—¿De verdad?

—Sí —respondió su tía.

—Personas como la mujer que conociste ese día —añadió Samanta sin poder evitar intervenir.

Mary Elizabeth se tensó ligeramente.

—¿A quién conociste? —preguntó Leila, interesada.

—A una gestora binacional... bastante importante —continuó Samanta.

—Si conociste a alguien así, ¿por qué no me lo habías dicho?

Mary Elizabeth le dedicó una mirada reprobatoria a su asistente. No quería mezclar asuntos personales con trabajo. Quería contactar a Susana, sí... pero no con fines profesionales, sino para conocerla de verdad.

—¿Cómo se llama? —preguntó Leila.

—Susana Sterling —respondió Mary Elizabeth.

—Creo que he escuchado de ella —dijo su tía, pensativa—. Intentaré contactarla.

—Ella nos dio su tarjeta —añadió Samanta.

—Perfecto. Entonces hay que ponernos en contacto. ¿Dónde está?

Mary Elizabeth dudó un segundo.

—Yo... me pondré en contacto con ella más tarde —dijo finalmente—. Gracias por todo. Voy a darme un baño y descansar.

Leila se acercó para abrazarla y besarla.

—De acuerdo. Descansa. Y cuando hables con ella, me avisas para acompañarte y ver lo de los negocios.

—Claro, tía.

Samanta la miró unos segundos más.

—¿Quieres que me quede?

—No... tú también puedes irte —respondió Mary Elizabeth, con un deje de molestia.

Samanta notó la molestia en el rostro de la cantante.

—Bien, entonces me voy —dijo sin insistir.

—Descansa.

—Tú también.

—Lláname si necesitas algo.

—Lo haré.

Samanta se marchó, y Mary Elizabeth llevó a su consentido gato a comer, todavía algo molesta con su amiga y asistente. Esperó a calmarse antes de subir a su habitación y buscar la tarjeta que Susana le había dado.

—No quería hablarle por cosas de trabajo... —le dijo a su gato, como si pudiera entenderla.

Cuando terminó de comer, subió a su habitación y buscó la tarjeta que había guardado con tanto cuidado. La sostuvo entre sus dedos, recorriendo con la yema el nombre de Susana Sterling, como si ese simple gesto pudiera acercarla un poco más a ella.

Tomó su celular, decidida a llamarla... pero no se atrevió. No sabía qué decirle.

Se sentó en la cama, pensativa.

Luego se levantó y caminó hasta el espejo de su tocador. Se observó unos segundos y frunció ligeramente el ceño; sentía que aún no estaba limpia después del vuelo. Decidió darse una ducha antes de llamarla, como si la mujer al otro lado de la línea pudiera verla.

La ducha se alargó más de lo habitual. Mucho más.

No entendía por qué estaba posponiendo ese momento cuando, desde que bajó del escenario aquella noche, lo único que había querido era llamarla en cuanto estuviera sola. Pero no había tenido tiempo para sí misma.

La fama no se lo permitía.

Después del concierto vinieron las fiestas en su honor, las entrevistas, las sesiones de fotos... y, sin darse cuenta, había pasado más tiempo en Los Ángeles del que hubiera querido.

Con un suspiro, salió de la ducha. Tomó su celular y la tarjeta una vez más. Esta vez no se detuvo.

Se colocó frente a la ventana de su habitación y marcó el número.

Un tono.

Dos tonos.

Tres.

Al cuarto, comenzó a dudar si Susana contestaría. Decidió esperar uno más.

Cuando estaba a punto de colgar, apartando el teléfono de su oído...

—Stirling, ¿con quién tengo el gusto?

La voz de Susana al otro lado de la línea fue neutra, profesional, sin emoción alguna. Eso descolocó a la cantante por un instante, hasta que comprendió que, para ella, no era más que una desconocida.

—Mary Elizabeth... —aunque quiso sonar segura, su voz salió apenas audible, suave y un poco dubitativa.

Al escuchar su nombre y reconocer su voz, Susana se levantó de inmediato de detrás de su escritorio. Cerró con seguro la puerta para no ser interrumpida, sobre todo para evitar que Vivian pudiera entrar sin llamar, como solía hacerlo.

—Qué sorpresa... ¿cómo has estado? —dijo, cambiando el tono a uno más cálido, lo que hizo que Mary Elizabeth dejara de contener la respiración.

—Bien... ¿y tú?

—Bien también —respondió, sentándose de nuevo, aunque ahora con una emoción que hacía mucho no sentía.

—Me hubiera gustado llamarte antes, pero no había podido. He estado de un lado para otro... hasta ahora es que estoy en casa.

—Vaya, supongo que debes estar cansada.

—Lo estoy. Pero al menos tendré unos días de descanso.

—Eso suena bien. ¿Qué harás?

—Dormir y dormir... comer y comer... y volver a dormir —rió, y su risa contagió a Susana.

—Eso suena bastante bien.

—Sí...

La conversación se sentía ligera, natural. El nerviosismo que había tenido antes de marcar había desaparecido casi por completo. Sin embargo, el silencio que siguió la obligó a recordar por qué había llamado.

—La otra razón por la que te llamo... es porque me gustaría contratar tus servicios —dijo finalmente, retomando un tono más serio.

Del otro lado, Susana hizo una pequeña pausa antes de responder, volviendo también a su faceta profesional.

—Claro. Pero antes que nada necesito algunos datos como referencia. Es un protocolo estricto de la empresa antes de sentarnos a discutir cualquier estrategia. Mi analista de riesgos debe validar la estructura de tu capital.

—Entiendo.

—Si me proporcionas tu correo electrónico, puedo enviarte un enlace encriptado para que subas tus estados de cuenta de los últimos trimestres.

—Bueno... entonces le diré a mi tía. En realidad es ella quien se va a encargar de todo eso. Le llamaré y le diré lo que me comentas. ¿Puedo darle tu número para que te pase lo que necesitas?

—Claro.

—Gracias... —hubo un pequeño silencio en el que Mary Elizabeth reunió valor para decir lo que realmente quería—. Yo solo quería hablar contigo y... preguntarte si te gustaría salir a beber o

comer algo conmigo. Esta vez me aseguraré de no tropezar... y de llevar mis lentes puestos, para que no tengas que leerme el menú —añadió, intentando bromear mientras sentía que el corazón se le salía del pecho y apretaba la tarjeta entre sus dedos.

Susana se quedó en silencio un instante, sorprendida por el repentino valor de Mary Elizabeth. No se lo esperaba... pero sin duda quería volver a verla.

—Me encantaría —respondió al fin, con una sonrisa que no pudo ocultar, como si el día apenas comenzara en ese momento.

—¿Sí? —preguntó Mary Elizabeth, incrédula.

—Sí. ¿Dónde y cuándo quieres que nos veamos?

—Umm... ¿qué te parece pasado mañana... en mi casa?

A Susana le pareció un poco inusual que la invitara directamente a su casa, pero supuso que, después de lo que había dicho sobre descansar, no querría salir.

—Si te parece bien... —añadió Mary Elizabeth al notar el silencio.

—Claro, está bien. Ya veo que no quieres salir de casa.

—No... pero no te preocupes. Soy buena cocinando. Me gusta hacerlo en mis días libres, lo disfruto.

—Entonces será un honor para mí probar tu comida.

—Bien... entonces, hasta pasado mañana.

—¿A qué hora sería prudente que llegue?

—Por la tarde, a la hora que te venga bien y no estés ocupada.

—De acuerdo. Hasta luego.

—Que tengas buen día.

—Gracias, igualmente.

Susana colgó con una sonrisa que le iluminaba el rostro y, casi de inmediato, guardó el número de Mary Elizabeth en su celular.

Pasados algunos minutos, Susana recibió una nueva llamada de un número desconocido. Esta vez intuyó que se trataba de la tía de Mary Elizabeth... y no se equivocó.

A diferencia de su sobrina, la mujer hablaba con total seguridad y experiencia en los negocios. La conversación fue directa y eficiente, y no pasó mucho tiempo antes de que Susana recibiera un correo de Leila con toda la información necesaria. Sin perder tiempo, lo reenvió a Vivian para que lo revisara y comenzara a depurar los datos.

Lo que Vivian encontró fue... impresionante.

Facturas millonarias. Pagos a proveedores de iluminación. Logística de transporte entre Ciudad de México y Los Ángeles. Movimientos constantes de grandes sumas de dinero.

Después de un buen rato analizando todo, llegó a una conclusión y fue directamente a reportarla.

—¿Y bien? —preguntó Susana cuando Vivian se sentó frente a ella y le entregó un resumen.

—Aquí tienes el desglose de inversiones de M. D. —dijo, señalando los documentos—. El flujo de caja es impresionante, pero errático. Tiene picos de ingresos masivos y luego meses mucho más tranquilos. Todo proviene de derechos de autor y de la operación de eventos de lujo.

Mientras hablaba, le mostró gráficas de barras y proyecciones de riesgo.

Susana las observó con atención.

—Entonces... ¿es seguro?

—Sí.

Cuando Vivian salió de la oficina, Susana se quedó sola revisando el informe. Recorrió las cifras una vez más, deteniéndose en ciertos detalles.

Y entonces, algo encajó.

Algo en su cabeza hizo clic.



Mary Elizabeth no pudo evitar dar pequeños saltos por la habitación, emocionada por haber reunido el valor para llamarla... y, sobre todo, porque Susana había aceptado su invitación.

Al igual que ella, guardó el número de la gestora en su celular y, todavía sonriendo, cerró la ventana y las cortinas de su habitación. Necesitaba dormir... y mucho.

Durmió el resto del día y toda la noche.

A la mañana siguiente despertó alrededor de las ocho. Bajó a desayunar, le dio de comer a su gato y, después, comenzó a pensar qué cocinaría al día siguiente para recibir a Susana en su casa.

Era la primera vez que hacía algo así.

Y la sola idea la emocionaba... y la atemorizaba por igual.

Tras buscar un poco, encontró una receta que se adaptaba a su nivel culinario. Hizo la compra en línea de todo lo que necesitaba y, una vez resuelto eso, subió a su habitación.

Se quedó unos segundos de pie, mirando su armario.

No quería vestirse formal, ni elegante... pero tampoco quería desentonar con Susana. Después de todo, había notado que siempre vestía de manera impecable, adecuada para cualquier ocasión.

Suspiró suavemente.

Aquello era más difícil de lo que parecía.

Después de probarse muchas cosas, finalmente encontró algo adecuado: un conjunto que la hacía lucir sofisticada y elegante, sin exagerar.

Al día siguiente despertó tarde, pero sintiéndose más descansada. Las ojeras que casi siempre cubría con maquillaje no estaban, y su rostro lucía más fresco, más vivo.

Estaba feliz esa mañana.

Las horas, sin embargo, parecían pasar más lentas de lo normal. Para distraerse, se sentó frente al teclado y comenzó a tocar, dejando que una nueva melodía fluyera casi sin esfuerzo. La letra de una canción nació entre sus dedos, como si llevara días esperando salir.

Mientras tanto, la mujer encargada de la limpieza —quien tenía firmado un contrato de absoluta confidencialidad— dejó la casa impecable. Colocó flores, ordenó cada espacio y ayudó a preparar la comida. Cuando todo estuvo listo, se marchó, dejando a Mary Elizabeth completamente sola.

Entonces, fue a ducharse y a arreglarse.

Del otro lado, Susana también estaba distraída. La idea de pisar la casa de Mary Elizabeth la tenía nerviosa... pero, sobre todo, curiosa. Ya había recibido la dirección por mensaje y sabía perfectamente que se trataba de una zona exclusiva.

A diferencia de Mary Elizabeth, no se detuvo demasiado a pensar en su atuendo. Salió una hora antes de la oficina y pasó por su apartamento para ducharse y cambiarse. No quería lucir demasiado formal ni rígida; la impresión que Mary Elizabeth le había dejado era la de una mujer sencilla, nada pretenciosa, y no quería hacerla sentir incómoda en su propia casa.

Optó por una camisa de seda blanca de corte masculino, ligeramente oversize, con los puños remangados y los dos primeros botones abiertos. Unos jeans rectos azul oscuro y unas flats color camel completaron el conjunto.

Se miró al espejo.

Suficiente.

Satisfecha con su imagen, más relajada de lo habitual, tomó sus cosas y salió de nuevo, rumbo a encontrarse con la mujer que, sin darse cuenta, se había instalado en sus pensamientos... y que no parecía tener intención de irse.

Mientras se acercaba a la zona, su corazón comenzó a acelerarse, y sus manos se aferraron con más fuerza al volante de su auto.

Cuando llegó a la casa, una cámara la analizó y, segundos después, el portón se abrió de forma automática.

La casa de Mary Elizabeth era casi una fortaleza: rodeada por una alta muralla de cemento y grandes plantas que hacían que el lugar se sintiera como un pequeño invernadero privado. Susana miró a su alrededor, sorprendida, antes de estacionar frente a la casa. No era enorme, pero sí acogedora... y, sobre todo, nada pretenciosa.

Bajó del auto, subió los escalones del porche y tocó la puerta.

El silencio del interior la hizo dudar por un instante. Pensó que quizá no había nadie... o peor, que todo había sido un error. La idea le apretó el pecho.

Pero se equivocaba.

Unos segundos después, la puerta se abrió.

Mary Elizabeth apareció frente a ella.

Susana se quedó sin palabras.

Llevaba un suéter de cachemira en tono crema, unos pantalones de seda de pierna ancha en color carbón y unas slippers de terciopelo bordadas. Su cabello estaba recogido de forma descuidada, con algunos mechones sueltos enmarcando su rostro... y, para completar la escena, llevaba un delantal.

Era... demasiado.

Pero lo que realmente la dejó sin aliento fue el aroma.

Flor de cerezo y vainilla blanca.

El mismo perfume que había sentido aquella noche en el concierto.

Su mente hizo una conexión inmediata... y peligrosa.

—Hola —dijo Susana finalmente, rompiendo el momento.

—Hola... pasa —respondió Mary Elizabeth, haciéndose a un lado.

Susana entró, mientras Mary no podía dejar de mirarla. Había algo en ella esa tarde... más relajado, pero igual de firme, igual de segura. Le gustó.

Demasiado.

Sin darse cuenta, su mirada bajó por el cuerpo de Susana... y se detuvo donde no debía. Susana lo notó.

El sonrojo en el rostro de Mary Elizabeth fue inmediato y evidente.

—Por favor, toma asiento —dijo rápidamente, tratando de recomponerse—. En un momento estará la comida. ¿Te gusta el salmón?

—Sí, me gusta.

—Me alegra.

Mary se quitó el delantal y lo dejó a un lado antes de sentarse. Se acomodó las gafas y le sonrió... una sonrisa que, por un segundo, hizo que Susana sintiera un déjà vu extraño.

— ¿Vives tú sola? —preguntó.

—Sí... con mi gato. Aunque ahora no está. Seguro aparece más tarde, cuando tenga hambre. Pasa el día fuera, cazando lo que encuentre.

—Suenas a toda una aventura.

—Lo es... sobre todo cuando me trae "regalos" y los deja a mis pies.

—Qué horror.

—Ni que lo digas.

Ambas rieron, y la tensión inicial se suavizó un poco.

—Entonces... tú sola te encargas de todo esto —comentó Susana, mirando alrededor.

—No exactamente. Hay una persona que me ayuda con la limpieza y cuida de mi gato cuando no estoy, y otra que se encarga del jardín. Además... bueno, ya viste la seguridad al entrar.

Capítulo 5

Su conversación había sido ligera, casi trivial, pero cómoda.

De pronto, el horno emitió un sonido que indicó que la comida estaba lista, y Mary Elizabeth se puso de pie de inmediato.

—Parece que el salmón con costra de hierbas y verduras rostizadas ya está —anunció con una sonrisa—. Acompáñame a la cocina.

— ¿Estás sola? —preguntó Susana, sorprendida, mientras también se levantaba.

—Sí. La persona que me ayuda se fue hace un rato; no la hago quedarse todo el día.

Susana la siguió y, al entrar, no pudo evitar observar la cocina: era amplia, elegante, equipada con lo último en tecnología, pero sin perder esa sensación acogedora que tenía toda la casa.

Mary Elizabeth volvió a colocarse el delantal, se puso unos guantes de cocina, abrió el horno y sacó la bandeja. El aroma llenó el aire de inmediato.

Era irresistible.

—Como verás, es algo sencillo —dijo, colocando el salmón sobre la isla de cuarzo negro.

—Puede ser sencillo... pero huele increíble.

El vapor subió y empañó ligeramente sus gafas. Mary Elizabeth se apartó un poco, tomó unas pinzas y retiró con cuidado las ramas de hierbas ya tostadas que habían perfumado el platillo. Luego tomó un pequeño cuenco de cerámica con eneldo recién picado y lo espolvoreó sobre el salmón con precisión.

—Bueno... espero que sepa tan bien como huele.

—Estoy segura de que sí.

Mary Elizabeth dejó el cuenco, se quitó las gafas para limpiarlas con cuidado y luego se lavó las manos antes de ponerse de nuevo los guantes.

—Vamos al comedor —dijo, tomando la bandeja—. Esto hay que comerlo recién salido del horno.

Susana la siguió, sintiendo cómo el hambre empezaba a hacerse presente.

—Toma asiento.

—Gracias.

Mary Elizabeth sirvió ambos platos con cuidado, casi con una precisión que rozaba lo profesional. Susana no pudo evitar observarla, fascinada por la concentración y la delicadeza con la que se movía.

Había algo en ella... distinto.

Cuando Mary Elizabeth estaba a punto de sentarse, se detuvo de pronto.

—Se me olvida el vino para acompañarlo. Ahora vuelvo.

—Si quieres, puedo ir por él.

—No te preocupes. Eres mi invitada.

Regresó unos momentos después con una hielera de plata. Susana notó que ya no llevaba el delantal.

Antes de sentarse, sirvió el vino.

—Es un chardonnay —dijo con suavidad.

—Se nota que te gusta el arte culinario —comentó Susana sin apartar la mirada de ella.

Mary Elizabeth sostuvo la copa con cuidado, conteniendo la respiración para que sus manos no delataran el leve temblor que aún la recorría.

Estaba nerviosa al tener aquellos ojos verdes sobre ella, atentos, fijos, como si no existiera nada más alrededor. Era una mirada parecida a la que Susana le había dedicado en el escenario... pero esta vez era diferente.

Esta vez la estaba mirando a ella.

A Mary Elizabeth.

Después de servir el vino, se sentó frente a Susana y comenzaron a comer. Sin embargo, Mary no podía concentrarse del todo; esperaba, casi conteniendo el aliento, la reacción de la otra mujer.

Susana tomó un bocado de salmón y lo saboreó con calma, sin prisa, como si analizara cada detalle.

Mary sintió que el corazón se le subía a la garganta.

—Está delicioso —dijo finalmente Susana, mirándola directo a los ojos.

Mary Elizabeth parpadeó, sorprendida.

— ¿De verdad te gustó?

—Sí, está delicioso. Gracias por invitarme.

Mary dejó escapar una pequeña sonrisa, aliviada.

—Quien debería estar agradecida soy yo... por haber sido lo bastante valiente como para probar lo que cocino. Seguramente ese día en Los Ángeles te di la impresión de ser bastante torpe.

Susana negó suavemente.

—No pensé eso de ti. Fue un accidente. A cualquiera le puede pasar.

Mary soltó una pequeña risa, más relajada.

—Tal vez... pero la verdad es que sí soy un poco torpe. No ver bien suele provocarme algunos accidentes.

Susana ladeó ligeramente la cabeza, observándola con más atención.

— ¿De verdad no ves mucho?

—No demasiado... a menos que entrecierre los ojos o tenga las cosas muy cerca.

—Ya veo... ¿pero tiene solución?

—Sí, claro. Solo que lo he ido posponiendo, y entre una cosa y otra... no lo he hecho.

— ¿Miopía?

—Sí. Antes no estaba tan ciega como ahora, pero, según los médicos, es mejor operarme en esta etapa. Ya soy adulta y mi vista no va a cambiar más.

—Al menos eso es una ventaja. Ya no deberías dejarlo pasar tanto.

—Lo sé... pero cuando tenga un descanso largo, lo haré.

—Eso quiere decir que no será pronto... y que seguirás trabajando.

Mary esbozó una pequeña sonrisa.

—Sí, así es.

Continuaron comiendo, y Susana no perdió oportunidad de observarla con más detalle. Se fijó en sus manos: dedos largos y delgados, con las venas apenas marcándose bajo la piel clara. Llevaba un anillo en el dedo medio de la mano derecha; era la única joya que usaba, además de unos pendientes pequeños y discretos.

Sencilla... pero imposible de ignorar.

— ¿Te gustaría un poco de postre? —preguntó Mary Elizabeth cuando terminaron—. Tampoco es nada elaborado.

—Claro. El salmón estuvo delicioso... y el vino también.

—Ahora vuelvo —dijo, levantando su plato y estirando la otra mano para tomar el de Susana.

Pero Susana la detuvo con un gesto suave, apenas rozando su mano.

El contacto fue breve... pero suficiente.

—Permíteme ayudarte —dijo, poniéndose de pie y tomando su propio plato.

—Eres mi invitada...

— ¿Y qué? —respondió con una ligera sonrisa—. ¿Prefieres dejarme sola?

Mary abrió la boca para responder, pero las palabras no salieron.

—No... solo...

Se quedó en silencio.

Susana la estaba mirando otra vez de esa manera.

Con intensidad.

Con atención.

Como si buscara algo.

Mary Elizabeth sostuvo la mirada por un instante, pero en el fondo sintió ese peligro latente. Sabía que, si Susana seguía observándola así, si se permitía bajar la guardia aunque fuera un poco...

Podría descubrirla.

Y aún no estaba lista para eso.

Era demasiado pronto.

Porque existía la posibilidad —una que la inquietaba más de lo que quería admitir— de que Susana pudiera enamorarse más de Eliz... que de ella.

Sin decir nada, Mary Elizabeth apartó la mirada y se dirigió a la cocina, con Susana siguiéndola de cerca.

La cantante la vio ponerse a lavar los trastes y, aunque quiso protestar, Susana no se lo permitió.

—Solo sirve el postre —dijo mientras abría el grifo.

Mary la observó por un momento.

—No me pareces alguien que lave trastes.

Susana sonrió apenas, sin dejar de moverse.

—Ni tú alguien que cocine.

Mary soltó una pequeña risa.

— No, ¿verdad?

—No... ya ves que las apariencias engañan.

Susana terminó, se secó las manos con el paño que Mary le había dado y ambas regresaron al comedor.

—Higos con miel —anunció Mary, entregándole el recipiente.

— ¿Te gustan?

—Sí.

Comieron el postre en relativa calma. No hablaron demasiado; en su lugar, intercambiaban miradas. De vez en cuando, Susana recorría con la vista la estancia, y Mary la seguía, como si intentara adivinar qué pensaba.

Finalmente, Mary rompió el silencio.

— ¿Vives sola o con tus padres?

—Sola. Tengo un departamento cerca de mi trabajo.

— ¿Aún viven tus padres?

—Sí... ¿y los tuyos?

Mary dudó un instante.

—Esa es una historia larga... pero sí, viven.

Susana la miró con más atención.

—Eso quiere decir que no los ves.

Mary dejó de comer.

—No... hace más de diez años.

Le sostuvo la mirada.

—Pensarás que soy mala, ¿verdad?

Susana negó suavemente.

—No. Debes tener tus razones. No soy quién para juzgar.

Mary bajó la mirada por un momento.

—A veces... el propio enemigo es tu familia.

Hubo un silencio breve, cargado.

Entonces, Susana extendió la mano y la posó con suavidad sobre la de Mary.

—Puede ser... pero quiero que sepas que no soy, ni quiero ser, tu enemiga. Me gustaría ser alguien en quien puedas confiar, Mary.

Mary levantó la mirada.

—Gracias...

Susana no era una persona especialmente afectiva, pero en ese momento lo tuvo claro: más allá de todo, Mary Elizabeth —con todo su mundo, su dinero y su aparente perfección— estaba sola.

Y necesitaba algo tan simple como cercanía.

— ¿Podrías ponerte de pie? —le pidió.

Mary, confundida, obedeció.

Susana también se levantó... y, sin darle tiempo a reaccionar, la abrazó.

Mary se quedó inmóvil al principio, completamente sorprendida.

Pero cuando sintió el calor del cuerpo de Susana, su cercanía... y ese aroma que ya comenzaba a resultarle familiar, algo dentro de ella cedió.

Correspondió al abrazo.

Se dejó envolver.

No era un gesto por admiración, ni por fama, ni por lo que representaba en el escenario.

Era sincero.

Susana no estaba abrazando a Eliz.

Estaba abrazando a Mary Elizabeth.

Y eso... lo cambió todo.

Mary Elizabeth respiró con mayor intensidad el aroma ligeramente avainillado de Susana y, sin darse cuenta, deslizó su nariz con suavidad por su cuello, en un gesto casi inconsciente que hizo que Susana se estremeciera, aunque al mismo tiempo su cuerpo se tensó.

Ese cambio fue suficiente para que Mary Elizabeth tomara conciencia de lo que estaba haciendo, por lo que se apartó de inmediato.

—Lo siento —se disculpó, con las mejillas encendidas y evitando mirarla.

Sin embargo, a Susana, aunque el gesto la había tomado por sorpresa, no le había disgustado. Al contrario, había despertado en ella sensaciones que llevaba tiempo manteniendo dormidas. Dejándose llevar por esa chispa recién encendida, tomó el rostro de Mary Elizabeth entre sus manos, obligándola con delicadeza a mirarla.

—Voy a decirte qué es lo que pasa contigo en este momento —declaró, sosteniéndole la mirada.

Mary Elizabeth tembló de pies a cabeza. Nadie la había mirado de esa forma antes, y la suavidad de las manos de Susana hizo que deseara sentir las en todo su cuerpo. La quería. La deseaba. Pero no esperaba amor; sabía que era algo difícil de encontrar. Aunque lo anhelaba —y de ahí nacían muchas de sus canciones— también entendía que en la realidad era distinto.

En ese instante, lo único que deseaba era calor humano, cercanía, estar con alguien por primera vez... y saber que esa persona sería discreta. Siempre había cuidado su imagen, sin saber

si lo hacía por ella misma o por el miedo a que sus padres la despreciaran aún más por ser quien era.

—Me gustas —confesó Susana—. Hay algo en ti que me fascina... y me provoca curiosidad.

Mary Elizabeth tragó saliva sin apartar la mirada, sintiendo cómo su respiración se aceleraba.

—Tú... tú también me gustas —logró decir al fin, observando cómo una sonrisa se dibujaba en los labios de Susana.

—Sé que eres una mujer cuidadosa y meticulosa, al menos por lo poco que he podido ver en este corto tiempo. Y estoy segura de que ya sabes quién soy.

—Sí... lo sé. No pude evitar buscar sobre ti.

—Si te di mi tarjeta fue con esa intención. No se la doy a cualquiera que no pueda ser un cliente potencial... —hizo una breve pausa—, pero contigo no fue por eso. Te la di porque esperaba que me llamaras.

La confesión fue suficiente para que, en Mary Elizabeth, despertara esa parte de Eliz que siempre vivía dentro de ella. Aquella versión segura y atrevida que, lejos del escenario, permanecía contenida entre las paredes de su casa, esperando el momento adecuado para salir.

Sin que Susana lo esperara, Mary Elizabeth acortó la distancia y posó sus labios sobre los suyos en un beso impulsivo, ligeramente torpe al inicio. Sin embargo, en cuanto sintió la respuesta de Susana, el beso se volvió más lento, más firme, encontrando un ritmo compartido.

Los brazos de Susana rodearon su cintura con naturalidad, atrayéndola hacia sí, mientras Mary Elizabeth apoyaba las manos en sus hombros, deslizándolas después hasta enredar sus dedos en el cabello rojizo de la gestora. Ese contacto arrancó de Susana un leve suspiro contenido, casi un ronroneo, al sentir la caricia lenta y delicada.

Se separaron cuando la falta de aire comenzó a hacerse evidente. Susana apoyó su frente contra la de Mary Elizabeth, manteniéndose cerca. Las mejillas de la cantante estaban encendidas y sus ojos brillaban con una mezcla de ilusión y nerviosismo que hizo que el corazón de Susana, ya acelerado, latiera aún con más fuerza.

—Sé que es pronto, pero... —comenzó Mary Elizabeth, con la voz más baja—. Nunca he hecho esto antes, y no quiero que pienses que suelo hacerlo con cualquiera. En realidad... yo... me gustaría... que te quedaras esta noche conmigo.

La propuesta tomó a Susana por sorpresa, pero no la incomodó. Al contrario. Lo que sentía frente a esa mujer era tan claro como inesperado.

—Me quedo esta noche contigo —respondió finalmente, sin apartar la mirada.

—Gracias —dijo, abrazando a Susana.

Susana comprendió entonces que Mary Elizabeth buscaba algo más que un encuentro íntimo; necesitaba cercanía, calor humano. No el de su tía ni el de su amiga y asistente, sino el de alguien que despertara en ella un deseo distinto, más profundo.

Mary Elizabeth tomó su mano y la llevó hasta la sala de entretenimiento, donde una gran pantalla y un ambiente acogedor invitaban a relajarse.

—¿Te apetece ver una película? —preguntó sin soltarla, mirándola con una sonrisa que le iluminaba el rostro.

—Claro.

—¿Qué te gusta? ¿Romance, terror, fantasía, aventura, acción, zombis, comedia?

—Depende.

—¿Depende de qué?

—De si me atrapa desde el principio.

—Eres exigente.
—Sí... aunque veo de todo un poco.
—Entonces, ¿qué te apetece ahora?
—Veré lo que tú quieras.
—¿Segura?
—Sí.
—Luego no te quejes.
—No lo haré.

Se acomodaron en el sofá. Mary Elizabeth dejó un pequeño espacio entre ambas, pero Susana no tardó en acortarlo, rodeando su cintura y atrayéndola hacia sí hasta que su cabeza descansó sobre su hombro.

El corazón de Mary Elizabeth latía con fuerza, pero la calidez de ese contacto la envolvía en una tranquilidad nueva. Poco a poco, sus manos dejaron de temblar, y logró manejar el control remoto hasta encontrar una película.

Susana arqueó ligeramente una ceja al ver que se trataba de una animación titulada Scarlet.

Al principio no le prestó demasiada atención; las animaciones no solían ser lo suyo. Sin embargo, conforme la historia avanzaba, se fue dejando atrapar por la trama, por la intensidad de la protagonista y su búsqueda, hasta quedar completamente inmersa en la historia.

Casi dos horas después, cuando los créditos comenzaron a aparecer, Susana bajó la mirada hacia Mary Elizabeth y notó que se secaba discretamente unas lágrimas.

Sin decir nada, la estrechó un poco más contra sí y besó suavemente su frente.

Mary Elizabeth se dio cuenta de que había sido descubierta, pero no se apartó. Simplemente se quedó allí, disfrutando del momento, de la cercanía.

Apagó la televisión y permanecieron en silencio, envueltas en esa calma compartida.

Hasta que un maullido rompió el ambiente.

Una bola blanca de pelo, regordeta y de ojos azules, apareció frotándose contra sus piernas.

—Así que este gritón es tu gato —comentó Susana.

—Sí, se llama Nieve... y quiere comer.

—Entonces vayamos a darle de comer.

Capítulo 6

Cuando Nieve, el gato de Mary Elizabeth, terminó de comer, ambas subieron a la habitación. La cantante no pudo evitar sentirse nerviosa con la presencia de Susana en ese espacio tan suyo.

—Hoy no tiene que pasar nada si no quieres —dijo Susana al notar su inquietud, su forma de moverse sin saber muy bien qué hacer en su propia habitación.

Mary Elizabeth bajó la mirada, observando sus manos. Susana se acercó con calma, tomó sus manos entre las suyas y comenzó a acariciarlas con suavidad. Luego las llevó a sus labios y besó el dorso de cada dedo, provocando que un leve temblor recorriera el cuerpo de Mary Elizabeth.

Sabía que, aunque Susana dijera una cosa, sus gestos transmitían otra. Tal vez no buscaba provocarla, pero el efecto era inevitable.

Después, Susana dejó sus manos y, con una delicadeza casi reverente, comenzó a recorrer las pequeñas pecas del rostro de Mary Elizabeth, señalándolas una a una con la yema de los dedos. Ante ese gesto, ella cerró los ojos, sintiendo cómo el nerviosismo comenzaba a disiparse.

En ese instante, comprendió que Susana no solo era segura, sino también profundamente dulce.

El miedo se desvaneció.

Mary Elizabeth alzó las manos y acarició el rostro de Susana con calma, como si quisiera memorizarlo. Después, dejó pequeños besos sobre su piel, recorriendo sus mejillas, su mandíbula... hasta que finalmente sus labios encontraron los suyos.

El beso comenzó suave, pero pronto se transformó en algo más profundo, más intenso. Sin prisas, sin necesidad de palabras, sus cuerpos se fueron acercando, guiándose mutuamente en una especie de danza silenciosa, donde cada caricia encontraba respuesta en la otra.

Se dejaron llevar.

Entre besos y roces, entre suspiros contenidos, fueron descubriéndose poco a poco, permitiéndose sentir, tocar... y ser tocadas, mientras el mundo afuera dejaba de existir.

Susana había intentado memorizar cada parte del cuerpo de Mary Elizabeth: había contado los lunares de su piel, las pequeñas cicatrices que encontraba en su recorrido, la línea suave de su abdomen y la ligera curva de sus caderas. Su piel blanca, tersa, permanecía grabada en su mente, al igual que sus ojos avellana, que la habían mirado de una forma que no supo descifrar del todo... pero en la que se perdió sin remedio, sintiendo cómo algo dentro de ella ardía de una manera que no deseaba apagar.

Mary Elizabeth, por su parte, se había entregado por completo. Las manos de Susana, su boca, su cercanía... todo había sido una mezcla de calor, dulzura y una pasión que no conocía, despertando en ella un deseo que no hacía más que crecer.

Después, cuando todo se calmó, se abrazaron en silencio, acurrucadas la una contra la otra. No hicieron falta palabras; se habían dicho más a través de besos y caricias que con cualquier conversación.

Mary Elizabeth permaneció despierta, observando el rostro de Susana con detenimiento. Sus dedos recorrían con suavidad su mejilla, apartando algunos mechones de su cabello, como si quisiera memorizarla también. Poco a poco, los ojos verdes de Susana comenzaron a cerrarse, hasta quedarse profundamente dormida.

Pero Mary Elizabeth no pudo hacer lo mismo.

Seguía sorprendida por lo que había ocurrido. Desde que la conoció, no había dejado de pensar en ella, de imaginarla cada vez

que cerraba los ojos... y ahora, la realidad se parecía demasiado a todo lo que había soñado.

Eso la asustaba.

La asustaba porque no estaba acostumbrada a que algo saliera bien de esa manera, ni a sentir tanto en tan poco tiempo. Sin embargo, no podía negar que aquella mañana, que había comenzado con torpeza y mala suerte, había terminado llevándola hasta la mujer que ahora dormía a su lado.

Y, por primera vez en mucho tiempo, no estaba segura de querer huir de eso.

A la mañana siguiente, Mary Elizabeth despertó con un beso. No estaba en un cuento de hadas ni soñando, pero la mujer con la que había compartido la noche anterior estaba allí, sentada en la cama, completamente vestida, buscándola con la mirada.

—Siento despertarte, pero tengo que ir a casa a cambiarme e ir a trabajar —dijo Susana con un tono más suave de lo habitual, uno que Mary Elizabeth no le había escuchado antes.

Todavía envuelta en la calidez del momento, Mary Elizabeth tardó unos segundos en reaccionar. En su deseo de no quedarse sola, había olvidado por completo que Susana tenía una vida, un trabajo, responsabilidades.

—Lo siento... no pensé en que tenías que trabajar —respondió, incorporándose en la cama. El movimiento hizo que la sábana resbalara ligeramente, dejando al descubierto parte de su cuerpo. Susana desvió la mirada apenas un instante, aunque no pudo evitar notar el detalle.

—Está bien, no me molesta —contestó con una leve sonrisa—. Puedes llamarme o escribirme cuando quieras.

—Lo haré.

Antes de que Susana pudiera apartarse, Mary Elizabeth la tomó del rostro y la besó. El gesto fue impulsivo, casi urgente.

Susana respondió de inmediato, rodeándola con los brazos y atrayéndola hacia sí, hasta quedar casi encima de ella otra vez.

—No deberías provocarme de esa manera —murmuró al separarse, con la mirada encendida.

Mary Elizabeth sonrió, y Susana no pudo evitar corresponderle.

—Puedes volver esta tarde... comer conmigo... quedarte —propuso, con un atisbo de timidez.

—¿Estás segura?

—Segura.

Susana asintió y, tras una última mirada, se marchó.

Mary Elizabeth se dejó caer de nuevo sobre la cama, con una sonrisa que no podía contener. Se sentía ligera, satisfecha... feliz. Su mente no dejaba de volver a Susana, a la forma en que la había hecho sentir, a la manera en que había estado con ella.

Ese día escribió una canción.

Mientras tanto, Susana descubrió que concentrarse en el trabajo era prácticamente imposible. Nunca le había costado tanto mantener la atención. Su mente volvía una y otra vez a Mary Elizabeth: a su risa, a la forma en que se acomodaba las gafas, a su torpeza encantadora... incluso a la imagen de ella sacando el salmón del horno.

Había demasiadas cosas en Mary Elizabeth que no sabía cómo ordenar, ni cómo definir. Pero algo tenía claro: le gustaba.

Y, aunque no estaba definido qué eran exactamente la una para la otra, intuía que aquello podría ser algo pasajero. Tal vez solo dos personas que se encontraban en el momento justo, que se entendían dentro y fuera de la cama... pero que vivían en mundos donde no era tan sencillo mezclar sentimientos con la imagen que debían sostener.

Las ansias de volver a verse las mantuvieron inquietas durante todo el día; el tiempo parecía avanzar con una lentitud

inusual para ambas.

Aun así, Mary Elizabeth volvió a cocinar. Esta vez preparó pasta y, de postre, flan napolitano. Tal vez eran algunas calorías de más, pero no le importó. Había hecho ejercicio esa mañana, corriendo varios kilómetros en la caminadora, así que no pensaba sentirse culpable por nada.

Por su parte, Susana no dejaba de preguntarse con qué la sorprendería Mary esa tarde. En cuanto terminó lo más urgente en la oficina, se apresuró a ir a su apartamento, darse una ducha, cambiarse y llevar consigo una muda de ropa. No lo dijo en voz alta, pero estaba casi segura de que se quedaría esa noche.

Cuando llegó, tocó la puerta y Mary Elizabeth abrió casi de inmediato.

Se miraron durante unos segundos, en silencio, con una intensidad difícil de disimular... hasta que la distancia dejó de tener sentido y sus labios se encontraron en un beso cargado de esa necesidad acumulada. El abrazo que siguió fue largo, firme, como si ambas quisieran asegurarse de que la otra estaba realmente allí.

Se habían extrañado, aunque ninguna lo dijo.

—¿Tienes hambre? —preguntó Mary Elizabeth, aún cerca de ella.

—Sí.

Tomándola de la mano, la llevó a la cocina, igual que el día anterior. Susana la observó mientras servía la pasta en dos platos con cuidado, para luego seguirla hasta el comedor, llevando una botella de vino y dos copas.

Durante la comida hablaron de su día. Mary Elizabeth se limitó a decir que había dormido hasta tarde, hecho ejercicio y luego se había dedicado a cocinar. Nada más.

Intentaron alargar la conversación, distraerse, hacer que el momento durara... pero fue inútil.

Cuando la cocina y el comedor quedaron en orden, el silencio regresó, y con él, esa atracción inevitable. Un beso llevó a otro, y después a caricias que ya no pedían permiso.

Sin darse cuenta, terminaron de nuevo en la habitación de Mary.

A la mañana siguiente, ambas bajaron a la cocina, aún envueltas en esa calma que queda después de una noche compartida, para prepararse café y algo sencillo para desayunar.

—Mis días libres han terminado —anunció Mary Elizabeth con pesar, antes de que terminaran de desayunar.

—Eso quiere decir que no podremos vernos pronto...

—Así es. Pero podremos llamarnos o escribirnos de vez en cuando, en mis momentos libres.

—Claro... ¿Estarás mucho tiempo fuera?

—Casi un mes.

— ¿Un mes? —exclamó Susana, sin poder evitarlo.

—Sí, pero cuando regrese podemos vernos de nuevo... si quieres, por supuesto —añadió Mary Elizabeth con cierta inseguridad, temiendo que Susana perdiera el interés.

—Quiero.

La respuesta fue simple, pero suficiente. Mary Elizabeth sintió cómo la tensión en su pecho se deshacía poco a poco. Si por ella hubiera sido, habría cancelado todo, pero sabía que no podía hacerlo. Su tía Leila manejaba su carrera y había sido quien la llevó hasta donde estaba; no podía simplemente detenerse ahora.

Cuando terminaron de desayunar, llegó el momento de despedirse. Ambas tenían cosas que decir, pero ninguna lo hizo. Prefirieron guardar sus miedos, sus inseguridades... y también lo que empezaba a crecer entre ellas. Era demasiado pronto para promesas o confesiones, así que se aferraron a lo único que podían sostener sin romperlo: volver a verse.

Se abrazaron con fuerza. El beso de despedida fue distinto a los anteriores... más lento, más consciente, con un dejo amargo que ninguna quiso nombrar.

Cuando Samanta llegó a casa de Mary Elizabeth para recogerla y llevarla al aeropuerto, notó de inmediato que algo había cambiado. No era evidente, pero estaba ahí: en la forma en que miraba por la ventana, en cómo respondía sin prestar demasiada atención.

— ¿Qué te pasa? —preguntó Samanta cuando ya iban en camino.

—Nada.

—No te creo. Estás distraída... y ni siquiera has preguntado qué es lo primero en tu agenda cuando llegemos a Ciudad de México.

Mary Elizabeth guardó silencio unos segundos, mirando hacia afuera antes de responder.

—Tenía más ganas de quedarme en casa.

Mientras tanto, a Susana no le quedó más que resignarse a que no podría ver a Mary Elizabeth pronto. No esperaba que la noticia le cayera como un balde de agua fría... pero así fue. Le había afectado más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Aun así, no lo demostró. Susana no solía mostrar sus emociones con facilidad; en ese sentido, era completamente distinta a Vivian, quien era incapaz de disimular lo que sentía. Su expresión neutra, casi impenetrable, le había servido siempre, incluso en ese momento. Si Mary Elizabeth no quería volver a verla, al menos no le daría el gusto de notar su decepción.

Sabía que no debía sentirse así. No habían hablado de qué tipo de relación querían tener; simplemente se habían dejado llevar. Sin embargo, Susana estaba casi segura de que Mary Elizabeth no era el tipo de mujer que buscaba solo una aventura.

Y aun así... le dolía.

Le dolía que, después de lo que habían compartido, Mary Elizabeth no hubiera confiado lo suficiente en ella como para decirle a qué se dedicaba realmente.

Seguía atrapada en ese pensamiento cuando Vivian entró en su oficina con una sonrisa imposible de ocultar y se sentó frente a ella sin pedir permiso.

— ¿Y esa cara? —preguntó Susana, observándola con curiosidad.

—Adivina.

Susana la miró unos segundos, evaluando.

—Mmm... ¿Aurora aceptó ser tu novia?

—No, no es nada de eso.

—Entonces, ¿cuál es el motivo de tu felicidad?

Vivian no pudo contenerse más.

—Voy a tener una gira de firmas por mi nuevo libro. Se está vendiendo como pan caliente.

Susana arqueó las cejas, sorprendida de verdad esta vez.

— ¿En serio?

— ¡Sí!

Una sonrisa sincera apareció en el rostro de Susana.

—Muchas felicidades. Me alegra mucho por ti.

—Gracias —respondió Vivian con emoción—. Ahora solo me falta decirle a mi padre... y esa es la parte difícil. Ya sabes cómo es.

—Lo sé. Pero estoy segura de que te dejará. Solo le gusta presionarte para que no te salgas del camino que él quiere.

Vivian soltó un suspiro.

—Qué fastidio. Se lo diré cuando esté mi mamá; así no se pone tan quisquilloso.

Al final, Fernando Augusto terminó dándole varios días libres a Vivian... y también a Susana, con la excusa de que la acompañara durante la gira y le sirviera de apoyo.

Aunque, en el fondo, su intención era otra.

Sabía que ambas eran inseparables desde la universidad, y más de una vez se había preguntado si su relación era realmente solo amistad. Aquella oportunidad le parecía perfecta para darles un pequeño empujón... y ver qué ocurría.

Cuando Susana se enteró de que sería la acompañante de Vivian, pensó que le serviría como distracción para no pensar en Mary Elizabeth... aunque le resultaba imposible no hacerlo. Desde que se habían despedido, Mary Elizabeth no le había escrito ni llamado; no había tenido el más mínimo contacto con ella, y eso la llevaba a preguntarse una y otra vez qué tan ocupada podía estar como para no enviar siquiera un mensaje.

Lo que Susana no sabía era que la agenda de Mary Elizabeth estaba completamente saturada, medida casi al segundo. Después de haber llenado dos veces el Sofi Stadium, con entradas agotadas y siendo tendencia en redes, todos querían un poco de Eliz. Y su equipo no estaba dispuesto a desaprovechar ese momento.

Mary Elizabeth apenas tenía tiempo para comer, ir al baño y dormir. Terminaba los días completamente exhausta; cuando no había concierto, se quedaba dormida en cuanto tocaba la almohada, y al despertar ya era momento de empezar otra vez.

Por supuesto que se acordaba de Susana. No podía pensar en ella tanto como le gustaría, pero estaba presente en su mente todos los días, en cada ciudad, en cada escenario. Incluso, en más de una ocasión, se había sorprendido buscando entre el público, imaginando verla en primera fila, como aquella vez en Los Ángeles... aunque sabía que eso no pasaría. Susana estaba ocupada en su propio mundo, haciendo que los ricos se volvieran más ricos.

Fue durante un breve descanso en medio de su caótica agenda cuando Samanta llegó con su iPad en la mano.

— ¿Esta no es Susana Sterling? —preguntó, mostrándole la pantalla.

Mary Elizabeth tomó el dispositivo y observó las imágenes: Susana junto a una mujer llamada Vivian, una escritora. Las fotografías habían sido tomadas en una firma de autógrafos en Ciudad de México días atrás. En una de ellas, Susana le sostenía las manos con cuidado, aparentemente dándole un masaje tras horas firmando libros.

Ese simple gesto fue suficiente.

Mary Elizabeth sintió algo nuevo, incómodo y punzante: celos. Nunca antes lo había experimentado de esa forma. Ver a Susana tocar a otra mujer le provocó una mezcla de irritación y dolor que no supo manejar.

Y entonces apareció otra idea.

¿Por qué no le había dicho que también estaría fuera de la ciudad?

—Es ella... —respondió finalmente, sujetando el iPad con ambas manos.

Samanta notó el cambio al instante. El cansancio en el rostro de Mary Elizabeth se transformó en algo más: tensión, inquietud... algo que no había visto antes.

Esa noche, de regreso en el hotel, Samanta escuchó pasos del otro lado de la puerta que conectaba sus habitaciones.

— ¿Necesitas algo? —preguntó, entrando.

Mary Elizabeth estaba de pie, con el celular apretado en la mano.

—No... solo no puedo dormir.

Samanta no le creyó.

— ¿Quieres que te prepare un té?

—No, ve a descansar. No te preocupes por mí.

Samanta dudó unos segundos, pero finalmente asintió y regresó a su habitación. Cerró la puerta sabiendo que algo no estaba bien... y casi segura de que tenía que ver con Susana Sterling y las imágenes que le había mostrado esa tarde.

Del otro lado, Mary Elizabeth permaneció en silencio, mirando la pantalla de su celular... sin atreverse aún a escribir.

Capítulo 7

Sabía que era casi de madrugada, pero no podía seguir dando vueltas en su habitación, impidiendo que Samanta conciliara el sueño y, peor aún, preocupándola. Tampoco quería que la escuchara hablar con Susana a esa hora, así que optó por enviar un mensaje de texto. Pensó que, por lo tarde que era, no lo vería hasta la mañana siguiente... pero se sorprendió al notar que lo había leído casi al instante.

Susana, por su parte, también se sorprendió al ver quién le escribía a esa hora. No muchas personas solían desvelarse, y ella era una de ellas; aunque esa noche no era precisamente por gusto, sino porque estaba poniéndose al día con el trabajo que había dejado pendiente por acompañar a Vivian, quien, curiosamente, estaba igual de ocupada.

Mary Elizabeth:

Hola.

¿Cómo estás?

Disculpa la hora, hasta ahora puedo escribirte.

Sé que debes estar dormida, pero quería saludarte.

Susana:

Hola.

Bien, ¿y tú cómo estás?

Aún no estoy dormida.

Mary Elizabeth leyó la respuesta de inmediato. Saber que Susana seguía despierta le provocó una sensación inesperada... un ligero, incómodo pinchazo de celos. Sin pensarlo demasiado, y sin

siquiera preguntar si podía llamarla, se dirigió al baño, cerró la puerta con cuidado y marcó su número.

Al ver quién llamaba, Susana no pudo evitar sonreír. Empezaba a notar ese lado impulsivo de Mary Elizabeth... y le gustaba.

— ¿Qué tal tu noche? —preguntó Susana en cuanto respondió.

—Bien... ¿y la tuya? —hubo una breve pausa—. ¿Estás sola?

La pregunta no pasó desapercibida. Susana entendió de inmediato el trasfondo: no era solo curiosidad... eran celos.

Y eso le divirtió más de lo que esperaba.

Decidió alargar el momento. Guardó silencio unos segundos que, para Mary Elizabeth, se sintieron eternos. Del otro lado de la línea, la cantante agudizaba el oído, buscando cualquier sonido que delatara la presencia de alguien más.

—Estoy sola... en mi apartamento, trabajando —respondió finalmente, conteniendo una risa.

— ¿Tan tarde? —preguntó Mary Elizabeth, todavía dudosa, aunque un poco más tranquila.

—Sí, podría preguntarte lo mismo a ti. Aunque intuyo que acabas de llegar de trabajar.

—Sí... —admitió Mary Elizabeth, sintiéndose de pronto nerviosa y un poco culpable por la desconfianza. Una desconfianza absurda, pensó, considerando que ninguna de las dos había puesto límites ni definido qué eran realmente—. Además, no podía dormir —confesó.

— ¿Por qué? ¿No estás cansada?

—Lo estoy... pero a veces me cuesta conciliar el sueño.

— ¿Todo bien en el trabajo?

—Sí. ¿Y tú? ¿Qué has hecho estos días?

Susana notó hacia dónde quería ir la conversación, pero no pensaba facilitárselo. Prefería que Mary Elizabeth lo dijera sin rodeos.

—Trabajar, igual que tú.

Hubo un breve silencio.

Uno tenso.

— ¿Masajear las manos de otra persona también es parte de tu trabajo? —soltó finalmente Mary Elizabeth, incapaz de contenerse—. Creí que solo eras gestora de carteras de lujo.

Del otro lado de la línea, Susana sonrió. Le divertía más de lo que esperaba escuchar ese tono... esos celos tan poco disimulados.

—Supongo que hablas de una de las fotos que salieron en una revista —respondió con calma—. Era sobre mi amiga Vivian y su nuevo libro. Se ha convertido en best seller.

—No leí el artículo... solo vi la fotografía.

—Tal vez deberías haberlo leído. Quizá hasta te animabas a comprar el libro de mi amiga —añadió Susana, con un ligero matiz provocador.

Mary Elizabeth guardó silencio un segundo más, pero no soltó el tema.

— ¿Hace cuánto se conocen?

—Desde la universidad. Trabajamos juntas... ya son más de diez años —respondió Susana sin dudar—. Es una excelente analista.

—Eso quiere decir que se conocen muy bien.

—Sí, somos mejores amigas.

El silencio que siguió fue distinto. Más denso. Mary Elizabeth sopesaba cada palabra, pero aun así no lograba apartar de su mente la imagen que había visto.

— ¿Estás celosa? —preguntó Susana, con la certeza de que había dado en el punto exacto.

—Yo...

Se sintió expuesta. Descubierta.

Y, antes de poder decir algo más, colgó.

Se quedó mirando el celular, con el corazón latiendo rápido y una sensación incómoda en el pecho. ¿Tenía derecho a sentirse así? ¿A reclamar? Se habían acostado... o, como le gustaba decir a ella, habían hecho el amor. Pero sabía que eso no significaba amor, no todavía. Había atracción, mucha, y una conexión evidente... pero el amor era otra cosa.

Del otro lado, Susana sonrió al darse cuenta de lo que había pasado.

Mary Elizabeth estaba celosa.

Y, aunque a ella no le gustaban los celos, la forma en que Mary los mostraba le resultaba... casi entrañable.

Miró su celular, deteniéndose en la imagen de fondo. Pasó el dedo suavemente por el rostro de Mary Elizabeth, como si pudiera tocarla a través de la pantalla. No era amor, lo sabía con claridad, pero lo que esa mujer le provocaba... no se parecía a nada que hubiera sentido antes.

La foto la había tomado aquella mañana en la que despertó junto a ella, entre las sábanas. Si hubiera podido, no se habría levantado nunca de esa cama... pero tenía una vida, un trabajo, responsabilidades.

Suspiró.

Y, sin pensarlo demasiado, le envió un mensaje.

Susana:

Solo me he acostado contigo... y no planeo ni deseo hacerlo con nadie más.

Vivian solo es mi amiga. Ella ya tiene en quien pensar.

Mientras Susana se quedaba mirando la pantalla, Mary Elizabeth se reprochaba su reacción. Se frotó el rostro con ambas

manos, avergonzada. Pensaba que, después de eso, Susana tal vez no querría volver a verla... y ella sí quería. Más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Entonces llegó el mensaje.

Lo abrió de inmediato.

Y todo cambió.

La presión en su pecho desapareció, su mente se calmó y una sonrisa —amplia, sincera— cruzó su rostro al tiempo que una lágrima escapaba sin que pudiera evitarlo.

Quiso responder... pero no lo hizo.

No era necesario.

Susana ya había dicho todo lo que necesitaba escuchar.

Después de esa llamada, no volvieron a contactarse. No hacía falta. En el fondo, ambas sabían que volverían a verse. Además, Susana entendía que Mary Elizabeth estaba ocupada... y sabía esperar.

Pasó casi un mes.

Cuando por fin Mary Elizabeth tuvo un descanso y regresó a su casa en Querétaro, llegó completamente exhausta. Lo único que quería era una ducha caliente y meterse en la cama... pero había algo más fuerte que el cansancio.

Quería ver a Susana.

Esa necesidad se impuso sobre todo lo demás.

Así que, en cuanto estuvo sola, tomó su celular y la llamó.

Susana miró la pantalla en medio de una reunión. Al ver su nombre, una leve sonrisa apareció en su rostro, pero no respondió. En su lugar, escribió rápidamente:

Susana:

Estoy en una junta.

Te llamo en cuanto termine.

Mary Elizabeth leyó el mensaje y, aunque se sintió un poco decepcionada, comprendió que sus horarios y los de Susana no coincidían. Con un suspiro, se dejó caer en uno de los sofás de la sala dispuesta a esperar su llamada. Cerró los ojos apenas un momento, diciéndose que solo serían cinco minutos...

Pero el cansancio la venció.

Cuando Susana terminó la junta, fue directamente a su oficina. Se sentó detrás del escritorio y, sin perder tiempo, llamó a Mary Elizabeth. Sin embargo, por más que lo intentó, no obtuvo respuesta. Insistió un par de veces más... hasta que finalmente desistió.

No sabía qué pensar.

¿Se habría molestado por no contestarle de inmediato? ¿O simplemente estaba ocupada?

Al salir de la oficina, incluso consideró pasar por su casa, pero se detuvo. No había sido invitada... y, además, Mary Elizabeth ni siquiera había respondido su mensaje. Eso bastó para hacerla retroceder.

Decidió no ir.

Mientras tanto, Mary Elizabeth despertó pasada la medianoche, desorientada. Parpadeó varias veces antes de incorporarse y buscar su celular, que descansaba a su lado. Lo tomó con urgencia, como si algo importante dependiera de ello.

Y lo encontró.

Varias llamadas perdidas de Susana... y un mensaje que había escrito, pero nunca envió.

Se llevó la mano a la frente y se dio un pequeño golpe, frustrada.

—Qué tonta... —murmuró para sí.

Había querido compartir ese momento con Susana, invitarla a quedarse, a acompañarla... incluso había imaginado una noche

tranquila, tal vez en la bañera, o simplemente dormidas abrazadas. No necesitaba más que eso.

Pero su propio agotamiento la había traicionado.

Pensó en llamarla, pero al ver la hora desistió. Era demasiado tarde; seguramente Susana ya estaría dormida.

Sin muchas opciones, se dirigió a su habitación. Se dio una ducha larga, intentando despejarse, y luego se metió en la cama... esta vez sola.

Al día siguiente, Susana no escribió ni llamó.

No sabía qué había pasado realmente, ni qué significaba el silencio de Mary Elizabeth. Y, fiel a su carácter, decidió no insistir.

Esperaría.

Si Mary Elizabeth quería hablar con ella... tendría que ser quien diera el siguiente paso.

Mary Elizabeth despertó pasado el mediodía, con hambre, pero antes de bajar a desayunar decidió revisar su celular por si había llamadas o mensajes de Susana. No encontró nada de ella y, desanimada, se vistió y bajó.

Por la tarde, después de aburrirse dando vueltas frente a la televisión sin prestar realmente atención a nada, decidió ir a ver a Susana a su oficina. Era el único lugar del que tenía dirección y pensó que, si la llamaba, probablemente no respondería. Así que llamó a su chofer para que la llevara.

Una vez en el edificio, se acercó a la recepción y le dijo a la secretaria a quién deseaba ver, pero esta no la dejó pasar. Le explicó que no podía recibirla sin una cita previa.

En ese momento, Mary Elizabeth detestó no estar vestida ni maquillada como Eliz; en esa versión de sí misma, ninguna puerta estaba cerrada, todos querían recibirla.

—Conozco a Susana Stirling, ella sabe quién soy —insistió.

—Lo siento, pero no puedo dejarla pasar —respondió la secretaria, firme—. Necesita una cita.

—Ella ya está trabajando conmigo.

—Disculpe, pero nunca la he visto aquí. No puedo permitirle el acceso.

Mary Elizabeth suspiró, conteniendo la frustración.

—Llámelas y dígame que Mary Elizabeth Domeck quiere verla.

La secretaria, sin muchas opciones, tomó el teléfono y marcó a la oficina.

—Disculpe que la moleste —dijo cuando Susana respondió—, pero hay una persona aquí que insiste en verla.

— ¿Quién es?

—Mary Elizabeth Domeck. Dice que usted la conoce.

Hubo un breve silencio al otro lado de la línea.

—Hazla pasar de inmediato.

—Claro.

La secretaria colgó y miró a Mary Elizabeth.

—Acompáñeme, por favor.

—Gracias.

Aunque por un lado se sentía satisfecha de haber conseguido que la secretaria llamara a Susana y le dijera que estaba allí, y de haber logrado entrar, ahora que estaba a punto de tenerla frente a frente, los nervios comenzaron a apoderarse de ella y la valentía que había reunido para llegar hasta ese lugar empezaba a desvanecerse.

La secretaria abrió la puerta de la oficina de Susana y la hizo pasar. Mary Elizabeth entró con el corazón palpitando rápidamente y alzó la mirada hacia la mujer que tanto deseaba ver.

Susana se encontraba de pie, imponente, detrás de su escritorio. Verla en su lugar de trabajo, en su zona segura, la hacía parecer una especie de tiburón.

Sus ojos verdes la observaron con distancia; había en ellos una cordialidad fría y atenta, muy distinta a la que le había mostrado cuando estuvo en su casa.

El silencio lo llenó todo. El clic de la puerta al cerrarse resonó como un eco en la soledad de las montañas. Se sostuvieron la mirada durante unos segundos que parecieron interminables, hasta que Susana hizo un leve gesto con la mano, indicándole que tomara asiento. Pero Mary Elizabeth no se movió.

— ¿En qué puedo ayudarte? —preguntó Susana, sin sentarse tampoco.

Mary Elizabeth apretó los puños, llena de frustración. Caminó de un lado a otro, nerviosa, intentando ordenar sus ideas, hasta que decidió decir la verdad.

—Anoche te llamé porque quería verte —dijo, deteniéndose, primero con la vista clavada en el suelo y luego levantándola hacia Susana.

—Y te envié un mensaje diciéndote que estaba en una junta, que te llamaría en cuanto terminara... y ni siquiera me respondiste.

—Supuestamente te respondí... pero solo escribí el mensaje y no lo envié. Creyendo que ya te había contestado, me recosté en el sofá y me quedé dormida. Tenía el celular en silencio, así que no escuché nada. Cuando desperté, ya era pasada la medianoche y no te devolví la llamada por obvias razones.

Al escucharla, la incertidumbre que Susana había sentido se disipó. La tensión en su postura desapareció y su mirada, antes fría y calculadora, se suavizó.

Rodeó el escritorio y se detuvo frente a Mary Elizabeth.

Se miraron en silencio.

Mary Elizabeth le ofreció una pequeña sonrisa, aún insegura de si Susana seguiría distante.

—Solo quería explicarte lo que pasó —añadió en voz baja.

Susana no respondió con palabras. Simplemente la envolvió en un fuerte abrazo.

Mary Elizabeth sintió cómo la pesadez que llevaba desde la noche anterior desaparecía al instante. El aroma familiar de Susana la reconfortó de inmediato.

Casi al mismo tiempo, se separaron lo suficiente para mirarse... y besarse.

Se habían extrañado, pero ninguna lo dijo en voz alta, solo lo pensaron.

Susana no sabía cuánto había anhelado volver a besar esos labios ni escuchar aquella voz suave y melodiosa. Tampoco cuánto había deseado ver sus mejillas sonrojadas bajo esos lentes que hacían que sus ojos parecieran más grandes de lo que eran cuando no los llevaba.

Mary Elizabeth, por su parte, había extrañado la manera en que esos ojos verdes la miraban a ella y a nadie más; miraban a la verdadera mujer que existía cuando no era Eliz.

Y aunque una parte de ella deseaba decirle quién era en realidad, sentía que era demasiado pronto. Su secreto no era algo que pudiera revelarse así como así, mucho menos cuando Susana era una fan... una muy grande, pero reservada, como si su admiración por ella pudiera restarle seriedad o credibilidad.

Además, Mary Elizabeth no estaba segura de qué versión de ella fascinaría más a Susana: si Mary Elizabeth... o Eliz.

—Solo vine a decirte lo que había pasado —dijo Mary Elizabeth cuando el beso terminó, sintiendo que su mente iba a mil por hora y su corazón latía sin control—. No quiero quitarte más tiempo.

—Está bien, no me molesta —respondió Susana, deteniéndola suavemente—. Ha sido una visita agradable.

— ¿No te molesta que haya venido sin avisar?

—No. Puedes venir cuando quieras... mientras no esté en una junta, te recibiré.

Se miraron a los ojos... y volvieron a besarse.

—Salgo de la oficina en una hora —añadió Susana, mirando su reloj—. ¿Te gustaría dar un paseo conmigo?

—Claro —aceptó Mary Elizabeth con una sonrisa.

— ¿Te aburrirías mucho si me esperas aquí?

—Te espero. No me aburro.

—De acuerdo.

Susana le dio un último beso antes de dirigirse a su escritorio. Luego llamó a su secretaria y le indicó que no quería ser interrumpida. De ese modo, nadie entraría, ni siquiera Vivian.

Aún no era momento de que alguien más supiera lo que estaba pasando.

Por ahora, Mary Elizabeth y ella apenas estaban empezando a descubrir que había algo entre ellas... algo que podía convertirse en mucho más.

Capítulo 8

Para evitar rumores, Mary Elizabeth salió unos minutos antes de que Susana abandonara la oficina. Se encontraron unos pasos más allá del elevador que daba al estacionamiento.

— ¿En qué has venido? —le preguntó Susana.

—Me trajo mi chofer, pero ahora mismo le diré que puede irse.

—Me parece bien.

Susana miró a su alrededor y, al no ver a nadie, tomó la mano de Mary Elizabeth y la guio hasta su auto, que no estaba muy lejos de donde habían salido. Una vez cerca, la gestora le abrió la puerta del lado del copiloto para que subiera.

—Bonito auto —dijo Mary Elizabeth, admirando el Porsche Taycan.

— ¿Verdad que sí? Un pequeño capricho —respondió Susana, guiñándole un ojo.

Mary Elizabeth no sabía conducir, por lo que a menudo era Samanta o el chofer quien la llevaba a donde quisiera ir. Era irónico que, teniendo el dinero que tenía, no se hubiera permitido tomar clases de manejo, pero la realidad era que no le gustaba la idea de estar detrás del volante.

— ¿Qué tal tus días de trabajo fuera? —preguntó Susana mientras salía del estacionamiento.

—Bien... caóticos y cansados —respondió, mirando a Susana conducir, lo cual le pareció inesperadamente sexy.

A lo largo de su carrera, Mary Elizabeth había conocido a muchas mujeres guapas e inteligentes, pero nunca se había sentido

atraída por ninguna... hasta que vio a Susana en su concierto, mirándola de esa manera que la hizo estremecerse.

—Entiendo que te quedaras dormida.

—Dormí varias horas en el sofá. Cuando te llamé —dijo, mirando por la ventanilla cómo las calles pasaban rápidamente—, lo único que deseaba era meterme a la bañera con agua caliente contigo, relajarme... y después dormir abrazada a ti.

Susana se sintió complacida. Le gustaba que Mary Elizabeth la buscara por algo tan simple y, al mismo tiempo, tan significativo como su compañía.

Esa era una de las cosas que más le atraían de ella: que, pese a su timidez, decía lo que sentía.

—Me hubiera gustado mucho hacer eso contigo —dijo Susana, mirándola brevemente.

— ¿De verdad?

—Sí, de verdad.

Mary Elizabeth sonrió, satisfecha.

Unos segundos después, Susana dejó su mano descansando entre ambas, como una invitación silenciosa. Mary Elizabeth tardó un poco en entender, pero finalmente colocó su mano sobre la de ella y entrelazaron los dedos, viajando en un silencio cómodo.

— ¿A dónde vamos? —preguntó tras unos minutos.

— ¿Tienes miedo de que te secuestre? —respondió Susana con una ligera sonrisa.

—De que lo hagas tú... no.

—Nos dirigimos a un parque. Hay un bosque de encinos que me gusta mucho. Podemos caminar un poco, si quieres.

A Mary Elizabeth no le gustaban los lugares concurridos o con demasiada gente. En más de una ocasión alguien la había señalado, asegurando que era Eliz, y en esos momentos el miedo la invadía al pensar que podían haberla descubierto.

Por suerte, siempre había alguien que terminaba burlándose, diciendo que no se parecían en nada. Y aunque ese comentario resultaba incómodo, incluso doloroso, también le había servido para salir del apuro.

Aun así, ese recuerdo hizo que se encendieran sus alarmas al estar con Susana. Mientras pagaban en la caseta de acceso, no pudo evitar preguntarse si ella sospecharía algo de su verdadera identidad. Después de todo, aunque sus fondos estaban registrados bajo su nombre real, gran parte de sus ingresos provenían de espectáculos.

—Cerramos en una hora —les informó el guardabosque cuando Susana pagó la cuota.

—Estaremos de regreso antes —respondió ella.

Una vez estacionaron, bajaron del auto y comenzaron a caminar por un sendero, tomadas de la mano. Susana miró su reloj discretamente para llevar el control del tiempo.

Al principio avanzaron en silencio, disfrutando de la naturaleza... y de la compañía mutua.

—Imagino que ya has venido aquí antes —comentó Mary Elizabeth.

—Sí. A veces vengo cuando necesito pensar... o simplemente estar en silencio.

— ¿Te pasa a menudo?

—No siempre. Solo cuando hay clientes importantes o decisiones que requieren toda mi atención.

Mary Elizabeth asintió, observándola de reojo.

—No quiero imaginar la responsabilidad que conlleva tu trabajo.

Susana sonrió, soltando un leve suspiro.

—Bueno, sí... es una gran responsabilidad. Pero también me permite tener lo que tengo y darme ciertos gustos. Por ejemplo,

hace poco estuve en Los Ángeles por trabajo... y aproveché para ir al concierto de Eliz.

Hizo una pequeña pausa antes de mirarla.

— ¿Has escuchado algo de ella?

Mary Elizabeth se tensó y trató de controlar el miedo repentino que sintió al ver que Susana tocaba ese tema, justo cuando estaban solas en medio del bosque de encinos.

—Sí... he escuchado algunas de sus canciones.

—No se lo he dicho a nadie, pero soy su fan —declaró Susana con una sonrisa ligeramente avergonzada.

— ¿Qué tan fan? —preguntó Mary Elizabeth, curiosa y al mismo tiempo temerosa.

—Tan fan que estuve en el Sofi Stadium. Compré uno de los boletos más caros para estar en primera fila y verla de cerca... además de comprar artículos que solo se vendían en ese momento.

Mary Elizabeth la miró incrédula, pero una sonrisa comenzó a dibujarse en sus labios. Ya no estaba tan tensa... ahora había algo de diversión en su expresión.

— ¿Te gusta? —preguntó.

—No solo me gusta, me encanta. Es mi amor platónico —respondió Susana con naturalidad.

— ¿Y por qué te gusta? —quiso saber Mary Elizabeth.

Susana guardó silencio unos segundos antes de responder. Luego la miró directamente a los ojos.

—Porque su voz es espectacular. Sabe llegar a las personas cuando interpreta. No es una artista... ni una cantante de plástico. Se sostiene por su talento, su carisma y su belleza. Hechiza con su voz.

Mary Elizabeth se quedó sin aliento. Desvió la mirada, intentando que esas palabras no la delataran... o quizá tratando de

entender si Susana sospechaba algo, o si simplemente estaba siendo honesta como nunca antes.

Su corazón comenzó a latir con fuerza, y no precisamente por la caminata. El nerviosismo la hizo tropezar con una pequeña rama seca y estuvo a punto de caer, pero Susana la sostuvo a tiempo.

— ¡Cuidado! —exclamó.

—Lo siento... no vi la rama.

—No te preocupes. ¿Estás bien?

—Sí, no me pasó nada.

Susana asintió, aún sosteniéndola un instante más de lo necesario antes de soltarla.

—Ahora ya sabes mi secreto —dijo, mirando su reloj; ya casi era hora de regresar.

— ¿Secreto?

—Sí. Nadie sabe que soy fan de Eliz... que voy a sus conciertos y que compro playeras, gorras y todo lo que salga de ella.

—No te preocupes, yo cuidaré de tu secreto.

—Gracias.

Caminaron de regreso en silencio y poco después abandonaron el lugar.

— ¿Quieres que te lleve a tu casa? ¿Tienes hambre? ¿Qué te gustaría hacer? —preguntó Susana tras unos minutos.

— ¿Lo que yo quiera? —inquirió, mirándola.

—Sí, si está en mi poder complacerte.

Mary Elizabeth esbozó una ligera sonrisa.

— ¿Así de complaciente eres?

—Cuando se puede, por supuesto.

Mary dudó apenas un segundo antes de hablar.

—Quiero ir a tu apartamento... y comer ahí. ¿Te parece bien?

—Claro, lo que quieras.

Susana se dirigió a su apartamento, en una zona igualmente exclusiva. Entró al estacionamiento y ambas bajaron del auto para enseguida subir al elevador.

Cuando Susana abrió la puerta, apenas cruzaron el umbral, la puerta se cerró a sus espaldas. No hubo palabras. Se acercaron casi al mismo tiempo, chocando levemente en su prisa por besarse. El beso comenzó torpe, urgente, y poco a poco se volvió más lento, más profundo.

— ¿Aún deseas darte ese baño conmigo en la bañera?
—preguntó Susana, con la voz apenas más baja.

— ¿Tienes tina?

—Por supuesto.

—Me encantaría.

Susana la observó un instante antes de moverse.

—Antes de eso... ¿te gustaría beber algo mientras se llena?

—Jugo.

— ¿Alguno en especial?

—El que tengas está bien.

—Tengo de arándanos.

—Ese está bien, gracias.

Susana fue a la cocina para servir el jugo y, cuando estaba por salir, se topó con Mary Elizabeth.

—Disculpa —dijo Mary Elizabeth.

—No pasa nada. Puedes mirar todo lo que quieras, eres libre —respondió, entregándole el vaso—. En lo que exploras, iré a preparar la bañera.

—De acuerdo.

Susana la dejó a solas.

Mary Elizabeth comenzó a recorrer el espacio de la mujer con la que estaba teniendo aquella especie de aventura. Entró a la cocina: todo estaba limpio, ordenado, casi impecable. Minimalista. Funcional. Exactamente como Susana.

Las ventanas eran enormes y ofrecían una vista amplia de la ciudad. Todo en ese lugar era sobrio, discreto... controlado.

Su curiosidad la llevó a fijarse en las otras habitaciones. Dudó un momento, pero terminó acercándose. La primera era, como imaginó, la principal. No entró.

La segunda la abrió con más decisión.

Era una oficina. Un escritorio ergonómico de madera fina, una silla de alta gama y una estantería empotrada con pocos libros, cuidadosamente colocados. Nada sobraba. Nada faltaba.

Salió.

Pero había otra puerta.

Y esta vez, su curiosidad no tenía nada que ver con Susana... sino con Eliz.

Entró.

Y entonces lo vio.

Una estantería de diseño con puertas de cristal. Vinilos de edición limitada colocados como si fueran piezas de museo. Un box set de lujo con fotografías artísticas de la gira y letras impresas con acabado especial.

Más abajo, una tornamesa de alta gama conectada a un sistema de sonido impecable.

Y al fondo... un vestidor.

Playeras, sudaderas, chaquetas. Todo de la gira.

Todo suyo.

Mary Elizabeth se quedó completamente inmóvil.

No era admiración.

Era devoción.

—Veo que encontraste lo que buscabas.

La voz de Susana, justo detrás de ella, la hizo dar un pequeño salto.

Mary Elizabeth se giró de inmediato, con el corazón acelerado.

—Lo siento... no debí entrar sin preguntar.

Susana la miró con intensidad y las mejillas de Mary Elizabeth se encendieron; de nuevo sintió el corazón en un hilo. Aquella colección... Susana la había visto muchas veces, eso era evidente.

Ahora se sentía extraña frente a ella.

— ¿Crees que estoy loca por tener algo así? —preguntó Susana.

— ¿Has hecho algo raro además de solo coleccionar cosas de Eliz?

— ¿Raro cómo? —inquirió, sin entender al principio. Luego abrió más los ojos—. ¿Crees que yo...? No, no, no. Nada de eso. No soy una perversa.

Mary Elizabeth no pudo evitar echarse a reír. La expresión de Susana rompió por completo la tensión que segundos antes la tenía atrapada.

—Solo quieres molestarme. No sé por qué te dije que era fan de Eliz.

Mary rió con más ganas y salió corriendo de la habitación. Pero Susana fue más rápida y la alcanzó, atrapándola en un fuerte abrazo.

— ¿A dónde crees que vas? Sabes mi secreto... no puedo dejarte ir.

El tono bajo y ronco de su voz hizo que Mary Elizabeth se estremeciera. Una punzada de deseo la atravesó.

—No diré nada... déjame ir —suplicó, siguiéndole el juego.

—No puedo hacerlo.

Sin que lo esperara, Susana la cargó, arrancándole un pequeño grito de sorpresa que pronto se convirtió en risa. Mary Elizabeth rodeó su cuello con los brazos mientras la llevaba a la habitación, donde una cama king size y un amplio guardarropa dominaban el espacio.

Susana avanzó con ella hasta una puerta que daba al baño. La abrió con una sola mano.

El vapor y el aroma a lavanda llenaban el ambiente. La bañera, en el centro, llamaba la atención de inmediato.

La dejó en el suelo con suavidad.

Sin apartarse demasiado, comenzaron a deshacerse de la ropa, primero con cierta torpeza, luego con más prisa, como si ambas quisieran acortar la distancia lo más rápido posible.

—Espera —dijo Susana, deteniéndola cuando Mary estaba a punto de entrar en la bañera—. Aún falta algo.

Mary Elizabeth la miró, confundida.

—Tus gafas.

Se las quitó con cuidado y las dejó sobre una repisa, encima de una toalla.

Mary sonrió apenas.

—Las llevo puestas todo el día... a veces hasta se me olvida quitármelas para dormir. Ya son parte de mí.

Susana regresó a su lado.

—Lo sé.

Y con suavidad, la guio hacia la bañera.

Las dos se sumergieron poco a poco hasta que el agua las cubrió por completo, dejando escapar suspiros de placer y comodidad.

Susana se acomodó detrás de ella y la rodeó con los brazos. Mary Elizabeth sintió el contacto de su cuerpo contra su espalda, cálido, cercano... íntimo. Luego, las manos de Susana comenzaron a recorrerla con calma, deteniéndose en ciertos puntos como si supiera exactamente dónde tocar.

Mary no hizo más que abandonarse a sus caricias.

Cuando el agua comenzó a enfriarse, salieron de la tina. Susana le pasó una toalla para que se secara y después la envolvió en una bata, haciendo lo mismo consigo misma. Luego comenzaron a secarse el cabello con la secadora.

— ¿Tienes hambre? —preguntó Susana, aún envuelta en la bata, mirándola a través del espejo.

—Aún no... ¿y tú?

Susana esbozó una leve sonrisa.

—Tengo más ganas de hacer otras cosas contigo.

Sin darle tiempo a reaccionar, desató el nudo de la bata de Mary Elizabeth.

—Pero si acabamos de toquetearnos en la bañera —dijo ella, fingiendo una resistencia que no sentía.

—Eso solo fue un adelanto —murmuró Susana, acercándose—. Yo quiero más de ti, Mary Elizabeth... todo de ti.

Antes de que pudiera responder, la besó.

El beso fue intenso, decidido, y al mismo tiempo su mano descendió con firmeza, provocando que Mary Elizabeth dejara escapar un gemido bajo, casi involuntario.

Ese sonido fue suficiente.

Las batas cayeron al suelo sin que ninguna prestara atención, demasiado concentradas en la otra. Con pasos torpes, sin separarse, buscaron la cama... y al alcanzarla, se dejaron caer sobre ella.

—Me gustas —dijo Susana, apenas separándose lo suficiente para mirarla.

—Me encantas —respondió Mary Elizabeth, con la respiración agitada.

—Me prendes.

Mary sonrió, rozando sus labios.

—Me excitas.

Aquel juego de palabras, simple y casi inocente, no hacía más que avivar lo que ya ardía entre ellas. Ninguna era del todo consciente de lo que decía... pero en el fondo sabían que era verdad.

Y aun así, ninguna estaba lista para admitirlo.

Capítulo 9

Susana despertó con alguien casi encima de ella. Su cuerpo delgado, pero firme, le daba más calor que el sol, y la sensación de no despertar sola en su cama le resultó extrañamente reconfortante.

Miró la hora en el reloj sobre la mesita de noche. Aún tenía tiempo para observar a la mujer que dormía sobre ella antes de levantarse, vestirse, desayunar e ir a trabajar.

Mary Elizabeth despertó con un suspiro. El aroma familiar de Susana la envolvió de inmediato, y frotó suavemente su rostro contra su pecho. Pensó, sin reservas, que daría todo lo que tenía por despertar así siempre... o al menos mientras le fuera posible.

Al sentirla moverse, Susana deslizó sus manos por su espalda, recorriéndola con calma, hasta dejarlas reposar más abajo, donde la espalda perdía su nombre.

Mary Elizabeth se estremeció ante el contacto. La sensación despertó en ella ese deseo que ya comenzaba a reconocer demasiado bien, llevándola a buscar los labios de Susana en un beso largo y profundo.

Después de un rato, se separaron lo suficiente para levantarse.

Mary Elizabeth preparó el desayuno para ambas. Comieron apoyadas en la repisa, en un silencio cómodo.

— ¿Quieres que te lleve a tu casa? —preguntó Susana.

—Si se te hace tarde, puedo llamar a mi chofer.

—No te preocupes, me da tiempo.

Mary la miró un segundo antes de asentir.

—Entonces acepto.

Ambas querían pasar todo el tiempo posible juntas. No lo decían en voz alta, pero era evidente.

Durante los días siguientes, se vieron a diario. A veces Susana iba a casa de Mary Elizabeth, otras veces era Mary quien iba al apartamento de Susana... hasta que, inevitablemente, llegó el momento en que Mary tuvo que volver al trabajo.

Cuando Susana volvió a quedarse sola, Vivian fue a verla para contarle los problemas que tenía con Aurora. Susana se reía de las peripecias de su amiga. No es que ella fuera experta en el romance —ni siquiera sabía con certeza qué era lo que tenía con Mary—pero desde fuera le resultaba fácil ver soluciones a problemas que Vivian parecía complicar sola.

En cambio, lo suyo...

Eso no sabía cómo resolverlo.

Ella y Mary Elizabeth no eran novias, pero Mary se ponía celosa. Tampoco eran solo conocidas... eran amantes. Y el tiempo que pasaban juntas se sentía bien. Demasiado bien. Era adictivo.

Quería más de Mary.

Pero no sabía qué tanto quería Mary de ella.

Y eso le inquietaba.

Temía que todo fuera solo un capricho. Que Mary Elizabeth fuera una mujer acostumbrada a tenerlo todo, incluso a las personas... y que ella no fuera la excepción.

Mientras tanto, Mary Elizabeth se encontraba inmersa en ensayos, sesiones de fotos y entrevistas con distintos medios. Durante esos días, dejaba de ser Mary para convertirse por completo en Eliz.

Y aun así...

Incluso vestida, maquillada y actuando como ella, sus pensamientos regresaban una y otra vez a Susana.

Mientras ensayaba, se preguntaba si Susana asistiría a su concierto. No habían hablado mucho desde que se marchó; apenas se habían enviado uno que otro mensaje y, quisiera o no, Mary Elizabeth se encontraba un poco nerviosa ante la idea de que Susana estuviera en primera fila. No era por miedo a que la descubriera, sino porque sabía que, si la tenía delante, no podría concentrarse en absoluto. Iba a querer mirarla todo el tiempo, dedicarle más atención de la que debía... y eso no podía permitírselo. Eliz era para todo el público, no solo para una persona, aunque en el fondo sentía que ya le pertenecía a Susana.

Aun así, no perdió la esperanza de recibir un mensaje de Susana diciéndole que asistiría al concierto, para poder prepararse mentalmente. Pero nunca llegó, y terminó sintiendo alivio al creer que no iría.

El concierto en Querétaro sería casi uno de los últimos en su calendario de gira. Después de presentarse allí, le quedarían tres más en otros estados antes de tomarse un descanso de un mes. Anhelaba que ese momento llegara para poder descansar... y, sobre todo, para pasarlo con Susana.

Como venía ocurriendo en todos sus conciertos, el recinto estaba lleno. Los boletos se habían agotado y los asistentes la esperaban con ansias. Los nervios, como siempre, invadieron a Eliz, que sujetaba el micrófono con fuerza mientras Samanta permanecía a su lado, asegurándose de que su vestuario estuviera perfecto e impecable, evitando cualquier percance sobre el escenario. Ya una vez había estado a punto de mostrar de más, y no quería ser recordada por eso, sino por su talento. Quería demostrarse a sí misma —y a su padre, dondequiera que estuviera— que había logrado cumplir su sueño.

Su nombre resonó con fuerza y los gritos del público confirmaron que era momento de salir. Su entrada fue, como siempre, la de una superestrella: saludó con una mano en alto, sonriendo, mientras con la otra sujetaba el micrófono, aferrándose a él antes de dejarse llevar por completo por el personaje.

Respiró hondo al escuchar las primeras notas de la canción con la que abriría el show. Era la misma con la que había saltado a la fama, la que todos conocían. Cantó la primera estrofa sin mirar a los fans de la primera fila; era su regla de oro para no perder la calma ni la concentración.

Una vez metida en el papel de Eliz, la mujer que se devoraba el escenario con su voz y su seguridad, comenzó a moverse con soltura para dejarse ver por todos sus fans, que cantaban a coro cada palabra.

Mientras caminaba hacia el lado izquierdo del escenario, sus ojos la encontraron.

Susana.

La mujer que llevaba días deseando ver la miraba con fascinación... pero también con algo más, una intensidad que no supo descifrar.

El impacto fue inmediato.

Su pequeño descuido la hizo trastabillar levemente y perder el tiempo de la canción. No cantó una estrofa y dejó que el público la cubriera, mientras su mente se llenaba de preguntas.

¿Por qué no le había dicho que asistiría?

¿Acaso sospechaba algo?

Ese pensamiento le heló el cuerpo.

¿Qué pasaría si Susana la descubría?

¿La seguiría mirando igual... o la vería diferente?

El miedo más profundo llegó sin aviso: que quisiera más a Eliz que a Mary Elizabeth.

Y eso la hizo temblar.

A partir de ese momento, Eliz no volvió a ser la misma en el escenario. Cantaba con la misma fuerza, se movía con la misma seguridad, pero algo había cambiado. Samanta —y algunos más del equipo— lo notaron de inmediato. Aun así, el espectáculo debía

continuar. Tendrían que esperar al cambio de vestuario para averiguar qué estaba pasando.

— ¿Estás bien? ¿Qué te pasa? —preguntó Samanta cuando se dirigían al camerino.

—Nada —respondió Eliz sin detenerse.

Samanta frunció el ceño.

—No te creo.

—No me creas entonces —contestó, entrando a la habitación donde la ayudarían a cambiarse.

Samanta la siguió de cerca.

—Es por ella, ¿verdad? —dijo en voz baja.

Eliz evitó mirarla.

—No sé de qué hablas.

—No intentes engañarme. Te pusiste así porque Susana está entre el público... en primera fila. Ella fue quien te descolocó.

Eliz guardó silencio mientras comenzaban a quitarle el vestuario.

—Leila y yo sabemos que tienes algo con ella —continuó Samanta—. Y también sabemos que le estás ocultando que eres Eliz.

Mary Elizabeth se quedó completamente pálida bajo el maquillaje. La sorpresa dio paso al enojo, que se reflejó en sus ojos avellana.

— ¿Cómo es que lo saben?

—Sabemos quién entra y quién sale de tu casa. Es por seguridad —confesó Samanta.

La rabia le subió de golpe.

—Me están espiando.

—No es eso —intentó calmarla—. Es por tu seguridad. Tu fama hace que cualquiera pueda hacerte daño.

Eliz no respondió. Se tragó el enojo, la frustración... y algo más profundo.

Su casa, el único lugar donde creía tener intimidad, ya no era solo suyo.

Y eso le dolió más de lo que quería admitir.

—Mary, no te enojés, por favor —le suplicó Samanta cuando Eliz estaba a punto de volver al escenario, pero la cantante ni siquiera la miró.

Mary Elizabeth sentía las lágrimas arder en sus ojos, pero se contuvo. No podía llorar. Ya no era una niña; era una mujer adulta, rica, famosa e independiente... y aun así, le dolía profundamente saber que la vigilaban sin siquiera habérselo dicho.

Volvió al escenario.

Esta vez cantó con el corazón desgarrado, y se notó desde la primera nota. Su voz seguía siendo perfecta, pero ahora había algo más... algo crudo, más real, más doloroso.

Susana lo notó de inmediato.

Algo no estaba bien.

Mientras Eliz se esforzaba por no quebrarse, por no olvidar la letra ni perder el control, sintió una mirada fija sobre ella. No necesitaba comprobarlo para saber quién era.

Susana.

Quiso mirarla. Quiso caminar hacia ella. Quiso dejarlo todo y refugiarse en sus brazos.

Pero no podía.

Se obligó a resistir.

Sabía que, si lo hacía, se derrumbaría.

Sin embargo, después de dos canciones más, no tuvo elección. Sus pasos la llevaron hacia ese lado del escenario... hacia ella.

Y durante todo ese tiempo, Susana no había dejado de mirarla ni un solo segundo.

¿Por qué?

¿Por qué esa intensidad?

¿Acaso estaba enamorada de Eliz... y Mary Elizabeth no era más que un pasatiempo?

La idea la atravesó como un golpe.

Se detuvo justo frente a ella.

La miró.

Y cantó.

Fue entonces cuando las lágrimas comenzaron a deslizarse por sus mejillas.

Susana se tensó al verla así. La preocupación le apretó el pecho mientras intentaba entender qué estaba pasando. Aquella mujer no solo cantaba... estaba rompiéndose frente a todos.

Cuando Eliz vio la expresión en el rostro de Susana —esa mezcla de angustia y cuidado—, algo dentro de ella cambió. El enojo y la confusión se disiparon poco a poco.

¿Qué importaba por quién se preocupaba?

Al final, Eliz y Mary Elizabeth eran la misma persona.

Y Susana... era alguien que sentía de verdad.

Se sostuvieron la mirada durante lo que pareció una eternidad.

Entonces, Susana le envió un gesto: un abrazo en el aire y una media sonrisa.

Fue suficiente.

Eliz respiró, se limpió una lágrima y le lanzó un beso. Susana lo atrapó en el aire y lo guardó en el bolsillo de su pantalón.

El público estalló en ovación.

Eliz sonrió y hizo una ligera reverencia en señal de agradecimiento. Los gritos comenzaron a corear su nombre y, por un momento, el dolor, el enojo y la decepción se hicieron más ligeros.

No podía desahogarse ahí.

Pero sabía algo con certeza.

Susana estaría al final del escenario... esperándola.

Esa noche, apenas terminó el concierto, Eliz y todo su equipo se dirigieron al aeropuerto para volar a la siguiente ciudad donde debía presentarse. Sin embargo, el ambiente era tenso. Mary Elizabeth se había mantenido seria y distante con Samanta y su tía Leila, quien intentó hablar con ella en varias ocasiones, pero Mary se negó, alegando que no era el momento y que no estaba de humor.

A la mañana siguiente, cuando despertó en el hotel, Samanta y Leila ya la esperaban en la sala de la suite con el desayuno listo. El simple hecho de no haber tenido un momento a solas volvió a irritarla profundamente.

—Buenos días, Mary —dijo su tía, acercándose—. Te trajimos el desayuno.

Mary la miró sin expresión.

— ¿Quién dijo que son buenos... y que tengo hambre?

Samanta y Leila intercambiaron una mirada breve. Sabían que estaba molesta, pero también que Mary rara vez se mantenía así por mucho tiempo.

—Entiendo que estés enojada —continuó Leila con calma—, pero debes entender que, como la superestrella que eres, necesitas seguridad día y noche.

Mary soltó una risa sin humor.

—Eso es ridículo. Cuando estoy en mi casa no soy Eliz... soy Mary Elizabeth. Y soy muy distinta.

Leila y Samanta la observaron unos segundos, con una paciencia que solo logró irritarla más.

—Elizabeth —dijo su tía con firmeza—, puede que te veas diferente, pero no lo suficiente como para despistar a alguien obsesionado.

Mary frunció el ceño.

— ¿Qué estás tratando de decir?

—Que tu apariencia no es tan distinta de Eliz. Aunque cuidemos esa parte de ti, siempre hay alguien que capta todo. Fotos, videos... lo que sea.

—Hasta ahora nadie me ha reconocido en la calle.

—Porque no sales lo suficiente sola —le recordó Leila.

Mary apretó la mandíbula.

—No estoy molesta por eso —dijo, conteniendo la irritación—. Estoy molesta porque me están espiando. Creí que las cámaras solo estaban fuera de la casa y en los alrededores.

—Y lo están.

Mary la miró fijamente.

—Entonces, ¿cómo supieron de Susana?

Hubo un breve silencio antes de la respuesta.

—Porque hay una cámara en la entrada de la casa —admitió Leila—. Es la única excepción.

La reacción fue inmediata.

— ¡¿Y no me dijeron nada de esa cámara?!

—Creí que sabías que una ahí era lo más lógico.

—Pero te dije que nada invadiera mi intimidad.

—No la invade.

Mary soltó una risa incrédula.

—Por supuesto que sí.

Leila la miró con calma, pero con firmeza.

—Lo que te molesta es que sepamos de tu... aventura con Susana. Porque estabas convencida de que nadie sabía nada.

Las mejillas de Mary Elizabeth se sonrojaron de inmediato.

—Eres una mujer adulta —continuó su tía—. Si decidiste tener una relación, o lo que sea que tengas con Susana Stirling, está bien. Tienes derecho a enamorarte... o a hacer lo que quieras con ella.

—No estoy enamorada.

Leila alzó ligeramente una ceja.

— ¿Entonces ya sabe que Mary Elizabeth es Eliz?

Mary dudó apenas un segundo.

—No. No se lo he dicho.

— ¿Qué? —intervino Samanta—. ¿Hablas en serio? ¿Quieres decir que aún no se da cuenta de que Mary Elizabeth y Eliz son la misma persona?

—No —respondió con firmeza—. No se ha dado cuenta... y no se lo he dicho.

Samanta y Leila intercambiaron una mirada. Les costaba creerlo.

¿De verdad Susana no lo sabía... o simplemente lo estaba ignorando?

— ¿Piensas decírselo en algún momento? —preguntó Leila.

Mary bajó la mirada un instante.

—Tal vez... no lo sé.

—Solo te aconsejo algo —añadió su tía—. Si quieres algo serio con ella, si de verdad te importa... dile la verdad.

Mary negó levemente.

—No es nada serio.

Ninguna le creyó.

La forma en que Mary había mirado a Susana la noche anterior, la sonrisa, el beso lanzado... todo había sido demasiado evidente.

—Bien —continuó Leila—, porque en redes y medios ya están diciendo que tienes un romance... o al menos alguien especial.

Samanta le pasó el iPad.

Mary lo tomó.

— ¿Qué? —murmuró, sin poder creerlo.

—Era inevitable —explicó Leila—. En Los Ángeles hiciste algo parecido... y anoche otra vez. Eliz, la mujer reservada, misteriosa... guiñándole el ojo a alguien y lanzando besos... eso no pasa desapercibido.

Mary levantó la vista de golpe.

— ¿Captaron a Susana?

—No —respondió Leila de inmediato—. Me aseguré de que no dirigieran las luces hacia ella. Además, mandé personal para crear una barrera. Nadie pudo fotografiarla.

El alivio fue inmediato.

—Gracias.

—De nada —respondió su tía—. ¿Podemos desayunar ya?

Mary asintió, pero no soltó del todo la tensión.

—De acuerdo... pero quiero que quiten esa cámara de la entrada de mi casa.

Leila no dudó.

—Lo siento. Eso no está en discusión.

Mary apretó la mandíbula.

—Haré que la quiten.

Su tía sostuvo su mirada.

—Ya veremos.



A Susana le quedó muy claro esa noche, durante el concierto de Eliz, que la cantante estaba sumamente protegida. Todo estaba calculado para que no hubiera ningún cabo suelto ni la más mínima oportunidad de que alguien específico fuera identificado entre el público.

En cuanto Eliz le envió aquel beso, después de que ella le mandara un abrazo, varias personas del staff —hombres altos y de complexión imponente— formaron una especie de barricada humana a su alrededor, impidiendo que alguien pudiera captarla con claridad.

Y cuando el concierto terminó, todo fue aún más evidente. Un vehículo de Eliz ya la esperaba en el túnel de salida, listo para partir sin dar margen a que alguien la siguiera.

Sin duda, la logística y el equipo que trabajaban para ella parecían más una unidad de seguridad de alto nivel que un simple staff artístico.

Aun así, pese a todo ese despliegue, lo que más se le quedó grabado a Susana no fue la organización... sino la expresión de Eliz.

Se veía triste.

Esa imagen no la abandonó ni cuando llegó a su apartamento. Intentó distraerse, cambiarse, seguir con su rutina... pero terminó pensando en ella otra vez. En su mirada, en su voz cargada de algo que no supo definir.

Quería saber qué le pasaba.

Pero no podía hacer nada.

Lo único que había podido darle en ese momento había sido un gesto a la distancia... un abrazo invisible que, claramente, ella necesitaba.

Y aun así, no era suficiente.

Se permitió entonces un pensamiento más íntimo, casi absurdo: ojalá hubiera podido realmente guardar ese beso en el bolsillo de sus pantalones, conservarlo solo para ella. Pero aquel gesto se había perdido entre la multitud, entre la distancia, entre todo lo que las separaba.

Aunque el significado... ese no se había perdido.

Ya en su cama, cuando el agua caliente terminó de relajar su cuerpo y la adrenalina del concierto desapareció por completo, cerró los ojos con un único pensamiento claro:

Deseaba que Mary Elizabeth regresara pronto.

Capítulo 10

Pero cuando Mary Elizabeth por fin estuvo de regreso, fue Susana quien tuvo que salir de la ciudad por cuestiones de trabajo. Así que ahora le tocó a Mary esperar... y su espera no fue tranquila. Se sentía inquieta y, además, molesta porque no había logrado que retiraran la cámara de seguridad en la entrada de su casa.

Lo único que pudieron hacer fue enviarse mensajes por la noche. Susana no le dijo en qué ciudad se encontraba, y eso le dolió un poco. Aunque tampoco preguntó; después de todo, ella tampoco era clara cuando desaparecía durante semanas sin dar explicaciones.

A veces sentía la necesidad de decirle quién era en realidad, a qué se dedicaba... pero el miedo de que Susana prefiriera a Eliz le helaba la sangre.

Cuando Susana por fin regresó, Mary Elizabeth no dudó en ir a verla. Ya no quería que fuera a su casa; no quería que Samanta ni su tía supieran qué tan frecuentes eran sus encuentros con Sterling. Aunque, siendo realista, tarde o temprano notarían sus salidas constantes... pero al menos no sabrían a dónde iba ni con quién.

Susana abrió la puerta y, al verla, sonrió.

Mary Elizabeth no dijo nada. Simplemente se lanzó a abrazarla. La había extrañado más de lo que quería admitir. Susana también... pero, como siempre, ninguna lo dijo en voz alta.

— ¿Cuándo llegaste? —preguntó la cantante sin soltarla.

—Hace un rato.

—Seguramente estás cansada —dijo Mary, apartándose ligeramente, como si pensara en marcharse.

—Solo un poco... pero no tienes por qué irte —la detuvo Susana, envolviéndola de nuevo en un abrazo.

Mary Elizabeth no se resistió. Se miraron a los ojos y, casi al mismo tiempo, se besaron.

El beso fue intenso, cargado de semanas de distancia. Se saborearon con una necesidad que ninguna quiso medir, como si el tiempo separadas se hubiera acumulado en ese instante. Un leve gemido escapó entre ellas mientras buscaban acercarse más, como si aún no fuera suficiente.

—Me gusta tu perfume —murmuró Susana, deslizando sus labios hacia el cuello de Mary.

La cantante inclinó ligeramente la cabeza, dándole acceso, dejando que hiciera lo que quisiera.

Pero Susana se apartó.

La repentina distancia hizo que Mary Elizabeth se tensara por un segundo. Susana notó ese cambio y entendió de inmediato.

—Quiero darme un baño —explicó—. Pensaba hacerlo antes de que llegaras, pero entre deshacer la maleta y una llamada de trabajo... no pude. ¿Puedes esperarme?

—Claro.

— ¿Dónde prefieres esperar? ¿En la sala o en mi habitación?

—En tu habitación.

Mary dejó su bolso en la mesa de la entrada y la siguió. Como siempre, Susana estaba impecable, elegante... y Mary Elizabeth no pudo evitar recorrerla con la mirada, deteniéndose en cada detalle.

Susana lo notó.

Y decidió no ignorarlo.

Sonrió apenas, con esa seguridad suya... y, sin decir nada, empezó a jugar con ello.

Comenzó a quitarse la ropa antes de entrar al baño. Se aflojó la camisa que llevaba y luego se agachó para quitarse los zapatos, acomodándolos en su lugar con calma. Regresó descalza, con el

cabello ligeramente revuelto, dándole un aire más libre... casi salvaje a ojos de Mary Elizabeth, que no dejaba de seguirla con la mirada.

La habitación se llenó de una tensión silenciosa, cargada de intención. Ambas sabían perfectamente por qué estaban allí.

A Susana le gustaba provocar, atraer a esa supuesta tímida Mary Elizabeth hacia su terreno. Comenzó a desabotonarse la camisa con lentitud, disfrutando de la mirada que la recorría. Antes de terminar de quitársela, entró al baño.

Sabía lo que hacía.

Privarla de la vista solo haría que la siguiera.

Dentro, se desnudó por completo y se colocó bajo la regadera. El agua comenzó a caer... y con ella, una cuenta regresiva invisible.

No tuvo que esperar mucho.

Sintió el cuerpo de Mary pegarse al suyo, el calor de su piel contrastando con el agua. Sus manos se deslizaron por su abdomen y sus labios rozaron el lóbulo de su oreja. Susana sonrió, satisfecha.

No se había equivocado.

El baño se alargó más de lo previsto. Entre vapor, agua y caricias, el tiempo dejó de importar. Cuando finalmente salieron, la conexión entre ellas seguía intacta, llevándolas sin esfuerzo de vuelta a la habitación.

La cama las recibió como si nunca se hubieran ido.

Se buscaron sin prisa, pero sin pausa, recorriéndose con una necesidad que ya no intentaban ocultar. Los besos, las manos, la cercanía... todo hablaba por ellas.

En algún punto, el cansancio y la satisfacción las vencieron, y terminaron quedándose dormidas.

Horas después, el sonido del celular de Susana rompió el silencio. Miró la pantalla: Vivian.

Suspiró y respondió, levantándose con cuidado.

—Perdón por llamarte a esta hora —dijo Vivian, con la voz apagada.

—Está bien, no te preocupes. ¿Qué pasa?

—Necesito hablar contigo... ¿puedo?

Susana miró la hora en el discreto reloj de pared.

— ¿Ahora?

—Sí... ¿te molesta?

Susana dejó escapar un suspiro leve.

—Sabes que sí... pero soy tu amiga. Te escucho. No quiero ver mañana en los periódicos que hiciste una locura.

—En unos minutos llego.

—De acuerdo.

Colgó y regresó a la habitación. Comenzó a vestirse con cuidado para no despertar a Mary, pero justo cuando estaba por salir, ella se movió.

— ¿A dónde vas? —preguntó, con la voz adormilada.

Las sábanas se habían deslizado lo suficiente como para dejarla parcialmente descubierta, y por un segundo, Susana deseó ignorar todo y quedarse.

Pero no podía.

—Vivian viene para acá.

— ¿A esta hora?

—Sí... necesita hablar.

Mary Elizabeth hizo el intento de levantarse, pero Susana se acercó de inmediato y la detuvo con suavidad.

—No te vayas. Solo viene un momento y se irá.

Mary dudó. No pudo evitar ese pequeño tirón de celos... pero al ver la sinceridad en sus ojos, cedió.

—Está bien...

Volvió a recostarse.

—Gracias —murmuró Susana antes de inclinarse y besarla en los labios.

Luego salió de la habitación, cerrando la puerta con cuidado.

Lo que Susana no sabía era que Mary Elizabeth había fingido haberse quedado dormida. De esa manera, ella y Vivian podrían hablar con libertad, creyendo que nadie las escuchaba.

La cantante salió de la habitación con cuidado, después de colocarse las gafas. Al escuchar la puerta, supo que Vivian había llegado. Caminó en silencio por el pasillo, pegándose ligeramente a la pared hasta alcanzar un punto desde donde podía oír sin ser vista.

— ¿Por qué no me dijiste que tenías compañía? —escuchó una voz que identificó de inmediato como la de Vivian.

Susana dirigió la mirada hacia el bolso que estaba en la mesa del recibidor.

—Está bien, no pasa nada. Se quedará a pasar la noche y tú te irás a tu casa.

— ¿Desde cuándo sales con una mujer? —preguntó Vivian, mientras Mary Elizabeth escuchaba que se dirigían a la sala de estar.

—Pensé que querías desahogarte conmigo.

—Sí, pero responde primero. Como si te gusta escuchar lo mío y tú no quieres compartir lo tuyo.

Hubo una breve pausa.

—Pues porque lo mío es algo que está comenzando y tanto ella como yo no estamos seguras de si queremos algo más que pasarlo bien y ya.

Las palabras cayeron más fuerte de lo que Mary esperaba.

—O sea que solo son amantes.

—No, bueno... es algo raro. Nos gusta pasar tiempo juntas, hablar y pasear tomadas de la mano de vez en cuando, tener sexo,

dormir juntas a veces y otras cada quien por su lado, y no nos extrañamos en días.

Mary Elizabeth bajó la mirada. Cada palabra encajaba demasiado bien... y aun así dolía.

Vivian soltó una pequeña risa incrédula.

—Lo tuyo es como una ecuación de matemáticas. Suman y restan cuando se les da la gana.

—Es más fácil así.

Mary apretó ligeramente los labios. No podía culparla. Susana no estaba mintiendo... no del todo.

Así era.

O casi.

Porque ella sí la extrañaba.

Y por un momento había creído que Susana también.

Ese pensamiento le dejó un sabor amargo.

—Si tú lo dices... —continuó Vivian—. ¿Cómo se llama? Al menos dime eso y te dejo en paz.

Hubo un pequeño silencio.

—Mary Elizabeth.

—Tiene nombre de telenovela.

Mary Elizabeth escuchó la historia de Vivian. Ahora que había confirmado por sí misma que no había nada entre ella y Susana, se sintió más tranquila, como si un peso se hubiera desprendido de sus hombros.

Aun así, su curiosidad la había llevado a quedarse. Quería saber más... y también ver con sus propios ojos a esa mujer de la que Susana hablaba con tanta admiración.

Cuando escuchó que Vivian se despedía, se asomó apenas lo suficiente. Estaba segura de que no la notarían.

Y entonces la vio.

Vivian apareció a unos pasos de ella. Era impresionante en persona. Haberla visto en una imagen no se comparaba en nada con tenerla ahí, tan cerca. Era imponente, sí... pero también tenía un aire de inocencia que Mary no terminaba de creer.

Cuando la puerta se cerró tras ella, Mary Elizabeth regresó rápidamente a la habitación, procurando no hacer ruido. Se metió en la cama y, en su prisa, olvidó que llevaba las gafas puestas. Se las quitó de inmediato y las dejó sobre la mesa de noche.

Apenas tuvo tiempo de acomodarse cuando escuchó los pasos de Susana acercándose.

Susana entró en la habitación y, casi de inmediato, notó el detalle: las gafas no estaban donde ella las había dejado antes.

Una sonrisa leve y divertida cruzó su rostro.

Estás celosa, pensó.

Se acercó a la cama y la observó en silencio durante unos segundos.

—Hasta dormida eres hermosa —murmuró, como si hablara consigo misma.

Hizo una pequeña pausa.

—Te quiero.

El corazón de Mary Elizabeth se detuvo por un instante.

Sintió el golpe de esas palabras recorrerle todo el cuerpo, pero no se movió. Permaneció completamente inmóvil, aferrándose a su papel, como si ese “te quiero” no hubiera cambiado nada... aunque, en realidad, lo había cambiado todo.

Mary Elizabeth escuchó cómo Susana se desnudaba antes de volver a la cama con ella. Fue consciente de cada movimiento, de cómo se acomodaba con cuidado a su lado. Le preocupó que pudiera escuchar los latidos acelerados de su corazón, porque ella misma los sentía retumbar en sus oídos.

La mano de Susana rodeó su cintura y un beso suave cayó sobre su hombro. Ese simple gesto la hizo estremecerse. Susana, interpretándolo como frío, la cubrió con cuidado con la sábana.

Mary Elizabeth no consiguió dormirse enseguida. Su mente no dejaba de girar alrededor de aquellas dos palabras: te quiero.

Tan simples... y tan peligrosas.

Se preguntó si ella sentía lo mismo por Susana. La respuesta no llegó clara. O quizá sí... pero no quiso aceptarla del todo.

A la mañana siguiente, despertó antes que Susana. Aprovechó el silencio para observarla con calma. Su respiración tranquila, su expresión relajada... y de nuevo, ese te quiero volvió a su mente.

Pero esta vez no le asustó.

Se sintió cálido.

Se extendió por su pecho, suave pero firme, como algo que ya estaba ahí desde antes, esperando ser reconocido.

Sí... la quería.

Debajo de todas sus dudas, de su miedo, de todo lo que ocultaba... la quería.

Pero eso no significaba que fuera fácil.

¿Qué tan profundo podía ser el amor de Susana?

¿Sería capaz de soportar las ausencias, la distancia, las semanas sin verse?

¿O terminaría cansándose... como todo lo que, con el tiempo, se desgasta?

¿Cuánto podía confiar en ella?

Mary Elizabeth deslizó los dedos por el rostro de Susana con extrema suavidad, intentando no despertarla. Pero aun así, Susana abrió los ojos y la miró.

Mary no se detuvo.

Al contrario... siguió acariciándola, como si en ese gesto encontrara respuestas. Cuanto más lo hacía, más claro se volvía lo que sentía... aunque todavía no estuviera lista para decirlo en voz alta.

Porque amar también implicaba riesgo.

Y nadie está realmente preparado para eso.

Susana, por su parte, vio algo distinto en los ojos avellana de Mary Elizabeth. Había sentimientos ahí... muchos. Pero también dudas, barreras, cosas que aún no se atrevía a soltar.

Sintió ternura.

Sabía que había partes de Mary que aún permanecían ocultas, secretos que deseaba descubrir. Pero también entendía que no era el momento de forzar nada. No quería arruinar lo que apenas comenzaba a tomar forma.

Sonrió suavemente.

Luego se inclinó y la besó en los labios, dejándose llevar una vez más por lo que compartían.

Mary Elizabeth, por capricho, por deseo y por sentirse querida, no volvió a su casa. Se quedó en el apartamento de Susana, aprovechando al máximo sus días libres. Aunque Susana iba al trabajo, tenía las tardes y las noches para ellas dos.

La ropa no fue un problema. Como la ferviente amante de las compras en línea que era, compró algunas cosas y también usó prendas que tomaba prestadas de Susana, quien no tenía el menor reparo en dejárselas.

Lo único que hizo fue apagar su ubicación para no ser localizada, lo que provocó que comenzara a recibir llamadas de Samanta y de su tía Leila, queriendo saber dónde estaba. Pero Mary se negó a responderlas y solo les enviaba mensajes diciendo que se encontraba bien.

Mientras tanto, Susana estaba feliz de tenerla en su apartamento, solo para ella. Aunque algo le decía que Mary estaba

escapando de algo que no era capaz de compartir. Susana deseaba que Mary Elizabeth pudiera confiar en ella, convertirse en su confidente... pero, al parecer, sería una misión difícil.

Una tarde, mientras Susana aún se encontraba en su oficina, recibió una llamada de Leila. Le extrañó que la llamara.

—Disculpa que te moleste —dijo Leila.

—No te preocupes, no molestas —respondió Susana—. ¿En qué puedo ayudarte?

—¿Has visto a Mary Elizabeth?

—Sí... ¿por qué?

—¡Dios! —exclamó aliviada.

—¿Hay algún problema? La vi esta mañana en mi apartamento.

—Es que hace días que no aparece en su casa y no responde mis llamadas. Solo envía mensajes y no sé si realmente es ella o si le ha pasado algo.

Al escuchar aquello, Susana se sintió un poco avergonzada. Aun así, consideró que debía decirle la verdad, ya que Leila sonaba realmente preocupada.

—Ella se ha estado quedando conmigo en mi apartamento.

—Bueno... menos mal.

—¿Quieres verla? Puedo darte la dirección.

—Si no te incomoda que invada tu espacio, me gustaría verla. Necesito hablar con ella sobre algo de trabajo y no me atiende ni a mí ni a Samanta.

—No me molesta —respondió Susana—. Te mando la ubicación por mensaje, ¿te parece?

—Me parece bien. Muchas gracias.

—De nada.

Una vez que tuvo la dirección, Leila pasó por Samanta y por parte del equipo de producción de Eliz para un en vivo que tenía programado: una entrevista online en redes sociales que Mary Elizabeth había olvidado por completo. Para ella, aquello no era más que una excusa para encontrarla.

Cuando Mary Elizabeth abrió la puerta del apartamento, engañada al pensar que Susana le había enviado flores, su rostro de alegría se transformó en uno de total contrariedad y disgusto al ver a su tía, a Samanta y a parte de su equipo de producción.

La emoción que había sentido al imaginar el detalle casi la hace dar saltos, pero ahora, al darse cuenta de que todo había sido un truco para que abriera la puerta, sintió un golpe seco en el pecho.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó—. ¿Quién les dijo dónde estaba?

—Yo llamé a Susana para preguntarle por ti —respondió su tía, entrando al apartamento sin ser invitada.

—No te invité a pasar.

—No, pero Susana me dio permiso de visitar su apartamento.

—Pero estoy segura de que no le dijiste que venías con todo mi equipo.

—No —respondió con calma—. ¿O querías que lo supiera?

—¿Y por qué los trajiste?

—Tienes una entrevista online que comienza en menos de una hora —le informó su tía, mirando su reloj, mientras Samanta ya buscaba el lugar adecuado para montar todo.

—¿Era en serio lo de la entrevista?

—Claro que sí. Pero te negaste a responder las llamadas mías y de Samanta.

Mary Elizabeth se pasó una mano por el rostro, frustrada.

—No podemos hacerla aquí.

—Lo siento, no hay tiempo. Eliz nunca queda mal... y sabes lo que pasa cuando un artista queda mal, ¿verdad?

Mary Elizabeth apretó los labios.

—Susana aún no sabe la verdad... y no quiero que la descubra así, en su propio apartamento.

—Entonces llámala y dile que necesitas que te compre algo o que se entretenga —respondió Leila con pragmatismo—. ¿A qué hora llega?

—Depende... a veces a las cinco, otras sale antes o más tarde.

Estaba a punto de llamarla cuando su celular comenzó a sonar. Al ver el nombre en la pantalla, su corazón dio un vuelco.

Se alejó unos pasos, buscando distancia de las voces de su equipo, sobre todo de su tía, y contestó de inmediato.

—Hola —la saludó Susana.

—Hola... ¿ya vienes?

—No, aún no —respondió.

Luego hubo un silencio bastante largo.

—Tu tía me llamó —añadió Susana—. Le dije que estabas conmigo. Le di mi dirección... quería verte. Sonaba preocupada. Espero no te hayas molestado.

Mary Elizabeth apretó ligeramente los labios.

—Está bien, no me molesta.

—Bien. Llegaré un poco más tarde. Así puedes hablar tranquila con tu tía.

—Gracias... no quería causarte molestias.

—No me molesta.

Se despidieron, y Mary Elizabeth dejó escapar el aire lentamente, aliviada al saber que Susana llegaría más tarde. Tenía el

tiempo suficiente para terminar la entrevista y volver a ser simplemente Mary Elizabeth.

—¿Y bien? —preguntó Leila en cuanto regresó.

—Nos dará tiempo. Dice que no vendrá pronto.

—Perfecto. Entonces ve con producción.

Eliz estuvo lista justo a tiempo. Tomaron una parte de la sala de Susana para montar el espacio de la entrevista. Las luces, las cámaras y el equipo transformaron por completo el ambiente del apartamento.

La entrevista fue amena. Muchos fans se conectaron en vivo, enviando preguntas que Eliz respondía con naturalidad, soltura y ese carisma que la caracterizaba. Tanto, que el tiempo se les fue de las manos y el en vivo se alargó más de lo previsto.

Mientras tanto, Susana llegó a su apartamento.

Al entrar, escuchó una voz proveniente de la sala. Era la voz de Mary Elizabeth... o eso creyó en un inicio. Curiosa, avanzó en silencio hasta la entrada.

Y entonces se detuvo.

Había varias personas dentro. Luces encendidas, cámaras, equipo técnico... y en el centro de todo, una sola mujer.

La misma que había estado viendo en escenarios, en videos, en fotografías.

La misma que la había hechizado desde el primer momento.

Eliz.

Susana no dijo nada. No se movió. Se quedó ahí, completamente en silencio, observando.

Nadie notó su presencia. Todos estaban concentrados en ella... en la mujer que dominaba el espacio con una seguridad absoluta.

Los minutos pasaron así, suspendidos.

Hasta que la entrevista terminó.

—Gracias por acompañarme —dijo Eliz con esa sonrisa perfecta, impecable—. Nos vemos pronto.

Las luces comenzaron a apagarse. El brillo desapareció poco a poco.

Y entonces, cuando por fin pudo ver con claridad más allá del resplandor, sus ojos encontraron a Susana.

De pie.

En silencio.

Mirándola.

Capítulo 11

Mary Elizabeth no pudo apartar la mirada de Susana... ni Susana de la de ella. El tiempo pareció congelarse.

Pero no lo estaba.

Eliz sentía el corazón desbocado dentro del pecho, mientras una avalancha de ideas catastróficas se formaba en su mente.

El silencio... y la forma en que la cantante había quedado fija en un punto, hicieron que los demás comenzaran a notar que algo no iba bien. El equipo no tenía idea de quién era aquella mujer que observaba con tanta intensidad, pero Samanta y Leila sí sabían perfectamente quién era... y lo que representaba en la vida de Mary Elizabeth.

—Hola —saludó Leila, acercándose a Susana y extendiéndole la mano—. Lamento haber invadido tu espacio.

—No te preocupes —respondió Susana con una serenidad desconcertante, estrechándola.

Leila sostuvo su mirada un segundo más de lo necesario. Sabía que Susana Sterling no era una mujer ingenua. Probablemente ya lo sabía todo... o al menos lo suficiente. Y, aun así, había guardado silencio.

—En un momento nos vamos —añadió Leila, mirando de reojo a su sobrina, que seguía inmóvil, atrapada en la mirada de Susana.

—Tómense su tiempo.

—Muchas gracias.

Mientras el equipo comenzaba a desmontar todo lo de la entrevista y otras manos se encargaban de desmaquillar a Mary

Elizabeth, Susana y Leila intercambiaron algunas palabras a cierta distancia.

Mary Elizabeth apenas escuchaba nada.

Se sentía completamente descolocada.

Y culpable.

Culpable por haber traicionado la confianza de Susana. Por haber entrado en su vida con medias verdades. Por haber aceptado todo lo que Susana le ofrecía... sin darle lo mismo a cambio.

Poco a poco, el apartamento fue quedando en silencio.

Samanta y Leila se despidieron, dejando finalmente a las dos solas.

Susana caminó hasta la puerta para despedirlas. Mary Elizabeth permaneció en la sala, intentando ordenar sus pensamientos, buscando una forma de explicar... de justificar... de no perderla.

Cuando Susana cerró la puerta y se dio la vuelta, Mary ya estaba frente a ella.

Se miraron.

Y esta vez, Mary Elizabeth no pudo contenerlo.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

No por un reclamo.

No por un reproche.

Sino porque Susana no dijo nada.

Solo estaba ahí... en silencio... esperando.

—No quería que lo supieras así... —dijo Mary, esforzándose demasiado para que su voz no se quebrara.

Susana la observó con calma, sin dureza... pero sin suavizar la pregunta.

—¿Por qué no confías en mí? ¿Crees que es muy poco tiempo para eso?

Mary tragó saliva.

—Has tenido la confianza de estar conmigo... de mostrarme tu cuerpo desnudo, cada parte de ti —continuó Susana—. ¿Crees que tu cuerpo es menos valioso que tu identidad?

La última pregunta la desarmó por completo.

Mary bajó la mirada un segundo, intentando recomponerse.

—Mi madre siempre me dijo que nuestro cuerpo es un templo... que debemos cuidarlo y no dejar que cualquiera lo profane —dijo con voz más baja—. No soy una santurrona, ni quiero aparentar serlo. Cada quien vive su sexualidad como quiere... pero lo que compartimos tú y yo... eso implica confianza.

Levantó la mirada hacia ella.

—Yo te di la mía... y tú mediste la tuya.

El silencio que siguió fue breve... pero pesado.

—Tienes razón —admitió Mary al final—. Pero si no te lo dije... fue porque esa noche en el concierto, en el Sofi Stadium... estabas tan embelesada con Eliz que tuve miedo.

Susana no apartó la mirada.

—¿Miedo de qué?

—De que prefirieras esa parte de mí... y no a la real.

Susana respiró hondo.

—No voy a negar que me gusta esa parte de ti —dijo con honestidad—. Pero también sé que detrás de esa imagen... de esa mujer segura, misteriosa... hay mucho más.

Se acercó apenas un paso.

—Y eso es lo que me interesa.

Mary frunció levemente el ceño.

—Pero eso no es lo que la gente busca.

—Yo no soy la gente.

La respuesta fue firme, sin titubeos.

Y entonces vino el golpe real.

—Además... tu secreto ya no era un secreto para mí.

Mary parpadeó, completamente descolocada.

—¿Qué?

—Hace tiempo sé que Mary Elizabeth y Eliz son la misma persona.

—¿Cómo lo supiste? —preguntó, sin poder ocultar el tono de molestia—. Por eso no parecías sorprendida...

—Al principio no lo noté —interrumpió Susana con calma—. Pero después... al escucharte con los ojos cerrados... tu voz es la misma. El timbre no cambia.

Mary se quedó en silencio.

—La forma en que caminas a veces... es sensual, aunque no te des cuenta. Tu manera de sonreír... —continuó—. Y luego están los detalles que no cuadran si no eres quien eres.

Susana inclinó ligeramente la cabeza.

—Tus ingresos. Regalías. Conciertos. Todo a nombre de una empresa con tus iniciales reales. Y, además... compones tus propias canciones.

Mary Elizabeth la miraba con la boca entreabierta.

No había forma de negarlo.

Susana no solo era inteligente...

La había estado viendo de verdad.

—¿Por qué no me dijiste lo que habías descubierto?

—Porque no quería asustarte —respondió Susana con calma—. Porque sabía que no me tenías la confianza para hacerlo.

—¿Y pensabas seguir dejando que creyera que no sabías nada?

Susana la observó un segundo más. Notó el cambio: Mary ya no estaba defendiéndose... estaba atacando.

—Me pareció lo más correcto.

Mary soltó una risa breve, amarga.

—¿Lo más correcto... o algo para inflar tu ego?

—Nada de eso, Mary.

—No te creo.

—¿Por qué no me crees? Nadie sabe de nosotras.

—Tu amiga Vivian —respondió de inmediato—. Seguro ustedes hablan de las mujeres con las que se acuestan.

El silencio cayó pesado.

—No —dijo Susana, firme—. Eso te lo estás inventando. Ni ella ni yo somos así.

Pero Mary ya no estaba escuchando.

Se dio la vuelta y caminó hacia la puerta.

—Mary...

Pero no la detuvo.

No iba a hacerlo.

Si quería irse, la dejaría.

Amar también era eso.

Dejar libre.

Aunque una parte de su pecho doliera, la otra —la que pensaba— le decía que se quedara quieta... que aceptara lo que había sido. Que esos días, aunque breves, habían sido más de lo que alguna vez pensó tener.

La puerta se cerró.

Y el silencio volvió a quedarse con ella.

Mary Elizabeth salió del apartamento con las lágrimas rodando por sus mejillas.

Le dolía dejarla.

Pero también le daba miedo.

Miedo de ese “te quiero” que había escuchado.

Miedo de la calma de Susana... de la forma en que había reaccionado al verla como Eliz. Sin sorpresa. Sin reclamos. Sin romperse.

Esa frialdad controlada... Le recordó a su padre. Y eso la heló por dentro.

Porque Mary sabía bien que ese tipo de reacciones eran las más peligrosas. Su padre no gritaba. No perdía el control.

Decidía.

La noche en que llegó del concurso de canto —al que él le había prohibido asistir—, la recibió con una maleta hecha. La felicitó.

Le dijo que había ganado.

Y después, con una calma aplastante, le dejó claro que ya no podía vivir bajo su techo. Que no la mantendría más. Que se fuera con Leila, la misma que la había ayudado a desobedecer.

Así, sin más. Desde entonces, Leila se hizo cargo de ella. Le dio casa. Comida. Apoyo.

Y estuvo ahí mientras Mary luchaba, concurso tras concurso, escenario tras escenario... hasta convertirse en Eliz.

Su camino a la cima no había sido fácil. Nunca lo fue.

Y aun así, lo había logrado.

Durante mucho tiempo, su única meta —desde que su padre la echó de casa— había sido volverse famosa. Que él escuchara su nombre. Que supiera que se había equivocado.

Lo consiguió.

Pero al final del camino... se sentía sola.

Vacía.

Hasta que tropezó con Susana.

Con su amabilidad... con su cordura... y con esa frialdad controlada que ahora la asustaba, que la hacía querer huir antes de volver a sentir algo así.

El taxi la dejó en su casa.

Apenas entró, la rabia volvió a subirle al pecho. Comenzó a buscar la cámara de seguridad en la entrada, hasta que la encontró, bien escondida.

Arrastró un banco, se subió sin pensarlo dos veces y la arrancó con fuerza.

La hizo pedazos.

Como si eso pudiera darle algo de control.

Entró, subió las escaleras casi a ciegas y se encerró en su habitación, dejándose caer para llorar.

Más tarde, Leila llegó, alertada por lo que le había informado el equipo de vigilancia.

Tocó la puerta.

No hubo respuesta.

Suspiró, sacó la copia de la llave —que siempre llevaba para emergencias— y abrió. Nunca la había usado... hasta ahora.

Subió directo a la habitación.

No tocó.

Abrió.

—¿Qué haces aquí? —se escuchó desde la penumbra—. Vete.

—Estoy preocupada por ti.

—¿Por qué tenías que llevar al equipo al apartamento de Susana? —reclamó desde la cama—. ¿No podíamos ir a otro lugar?

Leila cruzó los brazos.

—No había tiempo. La entrevista estaba pactada en tu casa. Pero decidiste desaparecer, no contestar llamadas... solo mandar

mensajes. ¿Qué esperabas que hiciera? Soy tu tía, sí... pero también tu manager. Llegar hasta donde estás no ha sido fácil.

—Pero no en su apartamento... —murmuró, quebrándose—. Era preferible la calle.

—Y sabes que eso era imposible.

Leila dio un paso más cerca.

—¿Tanto se enojó Susana contigo?

—No... —respondió, con voz ahogada—. No se enojó. Yo fui la que se enojó con ella.

—¿Qué? —Leila frunció el ceño—. ¿Por qué tú?

Mary salió un poco de entre las sábanas, con los ojos rojos.

—Ella ya sabía desde hace tiempo que yo era Eliz... y no me lo dijo.

Leila soltó un suspiro.

—Era imposible que no se diera cuenta. Susana no es tonta. ¿Te dijo por qué no te lo dijo?

—Sí...

—Entonces, ¿por qué estás haciendo una tormenta en un vaso de agua?

Mary negó con la cabeza.

—Porque ni siquiera se alteró... ni me reclamó nada. Fue... tan tranquila.

Tragó saliva.

—Se pareció a mi padre... la noche en que me corrió de la casa.

El silencio se volvió pesado.

—No quiero a alguien así en mi vida.

Leila la miró con firmeza.

—¿Querías que se enojara? ¿Qué te gritara?

Mary dudó... pero no negó.

—Al menos así sabría que siente algo de verdad.

Leila negó despacio.

—No todas las personas son como tu padre, Mary. Susana es una mujer educada, controlada. Tu padre... es un hombre frío, despiadado, incapaz de querer a alguien que no sea él mismo.

Mary cerró los ojos.

Pero su miedo no venía solo de ahí.

Venía de ese "te quiero".

De la duda de si había sido real... o si Susana solo lo había dicho porque sabía que ella no estaba dormida.

Porque había fingido.

Y ahora ya no sabía qué creer.

— ¿De verdad crees que es diferente?

—No puedo decírtelo yo. No la he tratado lo suficiente como tú. Tú eres la única que sabe quién es realmente Susana... y qué es para ti.

Capítulo 12

A Susana le dolió la reacción de Mary Elizabeth. No esperaba que reaccionara de esa manera. Entendía su miedo, pero ¿acaso no confiaba ni una pizca en ella?

Fue inevitable no sentirse triste y derramar algunas lágrimas por Eliz en la soledad de su apartamento. Lamentaba no haber sido suficiente para que le confiara lo que la atormentaba, como aquel día en el escenario.

Como siempre hacía, Susana se guardó lo que sentía para sí misma. Vivian ya tenía suficiente con lo que pasaba con Aurora como para que ella, además, le contara lo que ocurría con su... con lo que fuera que tuviera con Mary Elizabeth.

En más de una ocasión hizo el intento de enviarle un mensaje o llamarla para saber de ella, pero siempre se detenía. Lo único que le quedaba era mirar aquella fotografía que había tomado de Mary Elizabeth dormida.

Mary Elizabeth pasó una semana entera sin salir de casa y Leila no hizo que volvieran a colocar la cámara en la entrada. Respetaría, por el momento, su decisión... aunque más adelante la pondría, quisiera o no.

La cantante había perdido las ganas de componer. Su mente estaba en blanco. No salía nada de su cabeza. Lo único en lo que podía pensar era en Susana, quien ni siquiera le había escrito, y eso le molestaba tanto como el hecho de no poder dejar de pensar en ella.

Cuando sus días libres llegaban a su fin, su deseo de hablar con Susana, de verla, se hizo insoportable. Además, había estado pensando en lo que su tía le dijo: que ella era la única que realmente conocía a Susana.

Y si quería respuestas... solo había una forma de obtenerlas.

Por eso, esa noche salió de su casa decidida a verla.

Susana, por su parte, terminaba de hacer su maleta. Al día siguiente saldría de la ciudad para acompañar a Vivian a la firma de autógrafos de su nuevo libro, el cual estaba teniendo buenas ventas, igual que el anterior.

Cuando estaba cerrando la cremallera de su pequeña maleta, alguien llamó a la puerta de su apartamento.

Frunció ligeramente el ceño.

No esperaba a nadie.

Salió de la habitación y caminó hasta la entrada. Al abrir la puerta... Se quedó completamente inmóvil.

Mary Elizabeth estaba frente a la puerta del apartamento. Antes de que Susana la invitara a pasar, lo único que hicieron fue mirarse.

— ¿Puedo pasar? —preguntó Mary.

—Claro, pasa —respondió Susana, haciéndose a un lado.

La puerta se cerró tras ella.

— ¿Cómo has estado? —preguntó Mary Elizabeth.

—Bien, trabajando. ¿Y tú?

—Bien... ¿Podemos hablar? —dijo con cierta vergüenza.

—Claro.

Susana se dirigió hacia la sala, pero al notar que Mary no la seguía, se detuvo y se giró para quedar frente a ella.

—No voy a quedarme mucho tiempo.

—Está bien. Dime.

Mary tragó saliva antes de soltarlo.

— ¿Qué sientes por mí?

La pregunta cayó directa. Sin rodeos.

Por primera vez, Mary vio algo romperse en la serenidad de Susana. Una grieta leve... pero real.

Susana sostuvo su mirada. Sus ojos verdes brillaban con una intensidad difícil de esquivar.

— ¿De verdad quieres escucharlo?

—Sí.

Susana acortó la distancia entre ellas y tomó el rostro de Mary entre sus manos. El gesto la hizo estremecerse. El calor de sus dedos, la cercanía... todo le desordenó el pulso.

—Siento cosas que no había sentido por nadie —dijo en voz baja—. Puede que no sea amor... pero te quiero. Y eso es el inicio de algo más grande.

Al no encontrar rechazo, Susana inclinó el rostro y la besó despacio. Sin prisa. Como si en ese beso intentara reparar los días de distancia.

Mary cerró los ojos, dejándose llevar.

Cuando se separaron, la duda volvió.

—Si sientes eso... ¿por qué no te enojaste? ¿Por qué no me reclamaste nada? —preguntó Mary—. Intenté engañarte.

Susana negó suavemente.

—No. Entiendo que quieras proteger esa parte de ti. Que tengas secretos... y que no los compartas con cualquiera.

Hizo una pausa, sosteniéndole la mirada.

—Pero quiero ser alguien en quien confíes. Alguien a quien puedas contarle lo que te pasa.

Eso fue suficiente.

Mary la abrazó con fuerza.

—Eso suena muy bonito...

Susana apoyó la barbilla en su hombro.

—Pero me tienes miedo —dijo con calma.

Mary no respondió.

—No sé por qué —continuó Susana—. Pero no voy a presionarte. El tiempo va a hablar por las dos.

El silencio que siguió ya no era incómodo... era honesto.

Mary se separó lentamente.

—Debo irme. Tengo que hacer una maleta. Mañana viajo para empezar la grabación de nuevas canciones.

Susana asintió.

—Yo también viajo mañana.

Ambas sonrieron con un dejo de ironía.

—Entonces... buen viaje.

—Igualmente.

Mary cruzó el umbral, pero antes de irse volvió, la tomó del rostro y la besó una última vez. Más firme. Más segura.

—Te escribiré cuando pueda.

—Aquí estaré.

Susana la vio marcharse.

Pero esta vez... no se sintió como una despedida.

Susana tomó el vuelo junto a Vivian y la editora de su amiga rumbo a la Ciudad de México. Como siempre, Vivian estaba insegura de que no hubiera gente en la firma, pero, igual que la vez anterior, se equivocó: había cientos de personas esperando por ella.

Todo fue un poco caótico, aunque bien organizado. La emoción era la misma que la vez pasada, pero en esta ocasión Vivian no estuvo pendiente de la entrada de la librería para ver si Aurora aparecía. El momento incómodo llegó cuando la editora preguntó por la susodicha ausente.

Más tarde, la editora las invitó a cenar y, al regresar al hotel, Vivian no podía estarse quieta. Caminaba de un lado a otro, todavía

con la adrenalina corriendo por su cuerpo, mientras Susana decidió dejarla y se metió a bañar antes de acostarse.

—Mañana te llevaré a comer la mejor quiche Lorraine que he probado —escuchó Susana que decía Vivian desde algún punto de la habitación, mientras ella comenzaba a quedarse dormida—. Te lo mereces por acompañarme y... por dejar a tu amante sola.

—Mi “amante” no siempre me extraña —respondió Susana, medio dormida—. Necesita su tiempo... y luego vuelve.

Era la manera que había encontrado de describir lo que pasaba con Mary Elizabeth. Estuvo a punto de suspirar, pero se contuvo.

— ¿Desconfías de ella?

—No —respondió sin dudar.

—Entonces... ¿por qué crees que necesita ese tiempo?

Susana abrió apenas los ojos.

—Porque está pasando por cosas difíciles. Está lidiando con sus propios demonios.

Vivian guardó silencio unos segundos, sopesando sus palabras.

—Bueno... si es así, entonces está bien.

Al día siguiente, tal como su amiga se lo había prometido, la llevó a comer la mejor quiche Lorraine que había probado. Pero antes de eso, Vivian tuvo un pequeño accidente con la persona por la que suspiraba día y noche: terminó con la nariz sangrando.

Aun así, todo valió la pena, porque a la mañana siguiente Susana y la editora la vieron besando a Aurora.

Susana se sintió feliz por ella. Por fin habían dejado atrás sus indiferencias.

Y, en el fondo, esperaba que Mary Elizabeth, ahora que estaba lejos, lograra aclarar lo que sentía por ella... y lo que realmente quería.

Tres días después, recibió un mensaje.

Mary Elizabeth:

Estoy en el estudio casi todo el tiempo. Apenas tengo ratos libres. Entre arreglos y ensayos con los músicos no paro.

Susana dudó un momento antes de responder.

Susana:

¿Piensas volver?

La respuesta no tardó demasiado.

Mary Elizabeth:

Por supuesto que sí.

Solo que aún no sé cuándo.

Susana miró la pantalla unos segundos más antes de escribir.

Susana:

¿Me extrañas... aunque sea un poco?

Hubo una pausa más larga esta vez.

Mary Elizabeth:

Sí, un poco.

¿Y tú?

Susana no dudó.

Susana:

Yo siempre te extraño.

Mary Elizabeth sonrió al leerlo.

Ella también la extrañaba... pero no podía detener lo que estaba haciendo.

En ese momento, su mundo era el estudio.

Todos vivían casi como en un encierro voluntario: solo existía la música. Pasaba horas buscando los arreglos correctos, probando sonidos, afinando cada detalle. Antes de eso, incluso había dedicado

semanas enteras a hablar con el productor para definir el “color” del álbum.

Tenía las letras, sí... pero eso era apenas el comienzo.

El resto tomaría tiempo. Meses. Tal vez un año, si nada la convencía en las primeras maquetas.

Pasó un mes y medio.

Era el periodo más largo que habían pasado sin verse desde que se conocieron.

Los mensajes se redujeron a unos cuantos intercambios por la noche. Breves. Espaciados.

Pero suficientes para que Susana se aferrara a una idea:

Que Mary Elizabeth volvería.

Porque, al final...

La esperanza siempre es lo último que se pierde.

Capítulo 13

Durante el primer mes y medio, Mary Elizabeth enviaba mensajes con cierta regularidad, casi siempre por la noche. Después de jornadas enteras en el estudio, ese era el único momento que se permitía para escribirle a Susana.

Para el segundo mes y medio, los mensajes comenzaron a espaciarse: una noche sí, una no.

Susana los esperaba.

Los esperaba demasiado.

Con una ansiedad que no le gustaba reconocer. Con una necesidad que la hacía sentirse... dependiente. Patética, incluso. Pero la extrañaba. Extrañaba su voz, su presencia, la forma en que la hacía sentir cuando estaba cerca.

Para el tercer mes y medio, apenas llegaba un mensaje por semana.

Ahí fue cuando algo empezó a romperse.

El corazón de Susana se volvió pesado. La esperanza comenzó a dolerle más de lo que la sostenía. Y, poco a poco, empezó a convencerse de algo que no quería aceptar:

Mary Elizabeth, en el fondo, seguía siendo Eliz.

Una cantante famosa, rodeada de gente, con la vida llena... y con la posibilidad de elegir a quien quisiera.

¿Y ella?

Solo había sido una más.

Para el cuarto mes... casi quinto, Susana dejó de responder.

Los mensajes de Mary Elizabeth eran breves. Vacíos.

“Hola, ¿cómo estás?”

Nada más.

Sin profundidad. Sin intención real de acercarse.

Susana los leía... y ya no contestaba.

Al principio fue una decisión silenciosa. Después, una forma de protegerse.

En el fondo, esperaba una reacción.

Una llamada. Algo.

Pero no llegó nada.

Y eso terminó de confirmarlo.

Lo suyo... había terminado.

Mientras tanto, Mary Elizabeth seguía entregándose por completo al álbum.

Trabajaba con obsesión, con el corazón puesto en cada canción. Sin admitirlo del todo, sabía que ese disco tenía nombre y destino.

Era para Susana.

Para la mujer que extrañaba... aunque cada vez más distante.

Pero algo empezó a inquietarla.

Sus mensajes no eran respondidos.

Ni siquiera leídos.

Al principio lo ignoró.

Luego... dejó de poder hacerlo.

La desazón se filtró en su rutina. La concentración empezó a fallar. El entusiasmo que había tenido durante semanas comenzó a desmoronarse, reemplazado por un mal humor constante.

— ¿Qué pasa, Mary? —preguntó su tía al verla estancada en el estudio—. ¿Te sientes mal?

Mary bajó la cabeza... y de pronto, comenzó a llorar.

Leila no dudó en abrazarla.

— ¿Tiene que ver con Susana? —preguntó con suavidad—. Pensé que habían quedado en buenos términos antes de que vinieras.

—Sí... pero últimamente no responde mis mensajes. Ni siquiera los ve.

Leila suspiró.

— ¿Sabe ella que eres así cuando trabajas? ¿Qué te encierras y desapareces?

Mary negó.

—No le dije nada... Solo que iba a salir otra vez. Y como siempre, ella aceptó sin hacer preguntas.

Leila la miró con una mezcla de paciencia y realidad.

—Y como no preguntó... tú tampoco te tomaste la molestia de explicarle.

Mary guardó silencio.

—Ay, Mary Elizabeth... —dijo su tía, con un dejo de reproche—. Hasta la persona más paciente se cansa.

Hizo una pausa antes de rematar.

—Pero eso era lo que querías, ¿no? Que Susana reaccionara... que se molestara.

Mary levantó la mirada, herida.

—Felicidades. Lo lograste.

Eso no era lo que Mary Elizabeth quería. Nunca quiso provocar el enojo de Susana, quien seguramente ahora estaría imaginando mil cosas.

Necesitaba verla.

Pidió a Samanta que consiguiera el primer vuelo a Querétaro. El directo salía hasta dentro de dos días, así que no tuvo más remedio que tomar uno con escala.

No fue a su casa.

Fue directo al apartamento de Susana.

Samanta la acompañó, por insistencia de Leila.

Cuando estuvieron frente a la puerta, Mary Elizabeth respiró hondo.

Esperaba que estuviera... porque, de lo contrario, no sabía si tendría el valor de buscarla en su trabajo.

Tocó.

Su corazón latía demasiado rápido.

La puerta se abrió.

Y ahí estaba Susana.

Mirándola con un desconcierto absoluto.

— ¿Qué haces aquí? —preguntó, todavía sorprendida.

—Hablar contigo... verte. No has visto mis mensajes ni respondido a ninguno —dijo Mary, dolida.

Por un segundo, la dureza en el rostro de Susana vaciló.

— ¿Puedo pasar?

Susana dudó apenas un instante.

—Pasa.

Mary se giró hacia Samanta.

—Puedes irte.

Samanta se retiró sin decir nada.

Mary entró. Susana notó de inmediato lo cansada que se veía.

Se quedaron en silencio.

Mary recorrió el lugar con la mirada, buscando... algo. Alguna señal.

—No hay nadie —dijo Susana, seca, al notar su gesto.

Mary se tensó.

— ¿Por qué no has respondido mis mensajes? —preguntó, sosteniéndole la mirada.

Susana soltó una risa breve, sin humor.

Fue por su celular en la sala. Mary la siguió.

Abrió la conversación y se lo mostró.

— ¿De verdad llamas a esto una conversación? —dijo, con un tono contenido, pero cargado—. Después de todo lo que pasó entre nosotras... después de decirte lo que siento por ti.

Mary bajó la vista al chat.

Mensajes sueltos.

Fríos.

“Hola, ¿cómo estás?”

Nada más.

Susana continuó:

—Días sin saber de ti... horas sin una sola señal... y eso es lo único que se te ocurre escribirme.

La miró directo a los ojos.

—Dime algo, Mary Elizabeth... ¿así tratas a alguien que te importa?

A Mary Elizabeth no le gustó nada ver esa faceta de Susana.

Enojada.

Dolida.

Sus ojos verdes parecían echar chispas... pero también estaban brillosos, cargados de lágrimas. Y saber que era por su culpa le apretó el pecho.

— ¿Cómo es que puedes escribir canciones así... sentir tanto... y cuando se trata de mí eres... tan distante? Tan seca...

Mary tragó saliva.

—Yo... no era mi intención hacerte sentir mal. Ni que pensaras que no siento nada por ti.

Susana soltó una risa amarga.

—Pues eso parece. A mí me dio la impresión de que no quieres nada más conmigo... y está bien. No voy a molestarte.

— ¡No quiero eso! —alzó la voz Mary, desesperada.

Susana también elevó el tono:

— ¿Entonces qué quieres? Porque no te entiendo.

El silencio que siguió fue pesado.

Mary dio un paso al frente.

—Que me quieras.

Susana negó con la cabeza.

—No quiero una relación donde solo quiera yo.

—Yo también te quiero.

Susana la miró, sin creérselo del todo.

—Lo dudo.

Eso le dolió.

Mary respiró hondo antes de hablar, más tranquila, pero más sincera:

—Sé que mis mensajes no son lo que esperabas... pero termino tan cansada que pierdo la noción del tiempo. Cuando vuelvo a abrir los ojos... ya es otro día.

Susana frunció ligeramente el ceño.

— ¿En qué estás trabajando? Porque conciertos no estás teniendo.

Mary dudó un segundo... pero decidió no esconderse más.

—En un nuevo álbum. Estoy escribiendo canciones, haciendo arreglos... buscando el sonido correcto. Paso todo el día metida en un estudio.

Hizo una pausa.

—Es una parte de mi vida que amo. Es lo que me hace sentir libre... y por lo que ya perdí muchas cosas.

Susana no apartó la mirada.

Mary bajó la voz.

—No quiero perderte a ti también.

El silencio volvió... pero esta vez era distinto.

—Mi padre dejó de hablarme por esto —continuó—. Me corrió de su casa por querer cantar.

Eso sí tomó por sorpresa a Susana.

Su expresión cambió apenas.

—No es que no te extrañe... —siguió Mary, con la voz más suave—. No es que no quiera escribirte. Es que... me pierdo en mi mundo.

Sus ojos se fijaron en los de Susana.

—Necesito perderme para encontrar. Lejos de ti... todo fluye mejor en mi cabeza.

Tragó saliva.

—Pero cuando estoy cerca de ti... ya no quiero pensar. Quiero otras cosas.

Susana la observó con más atención.

—¿De verdad me piensas? —preguntó, más baja.

Mary sonrió apenas.

—Si te dijera que escribí algunas canciones pensando en ti... ¿me creerías?

Esta vez, Susana no dudó.

—Te creería.

Se acercó un poco más.

—¿Y qué quieres de mí cuando estás cerca?

Mary no apartó la mirada.

—Besarte... tocarte...

Hizo una pausa, dejando que el momento pesara.

—Amarte.

— ¿De verdad? —preguntó Susana, sin apartar la mirada.

— ¿No me crees?

Susana dio un paso hacia ella.

—Demuéstramelo.

Mary sintió el golpe.

—He venido hasta aquí —dijo, con la voz cargada de desesperación—. Detuve todo mi trabajo solo por verte. ¿Sabes cuántas personas dependen de este proyecto? Muchas. Todas tuvieron que parar por mí.

Susana entrecerró los ojos.

— ¿Soy un capricho?

Mary negó de inmediato.

—No. No eres un capricho. No quiero que seas algo pasajero... —tragó saliva, sosteniéndole la mirada—. Quiero que lo nuestro sea para toda la vida.

El silencio que siguió fue pesado. Denso. Como si el aire se hubiera vuelto difícil de respirar.

Mary dio un paso más cerca.

— ¿Qué más debo hacer para que me creas?

Susana no respondió de inmediato. La observó... como si midiera cada palabra antes de soltarla.

—Quiero saber dónde estás —dijo al fin—. Quiero saber en qué ciudad te encuentras. Si tú no puedes venir, yo puedo ir.

Mary la escuchaba sin interrumpir.

—Quiero que tus mensajes digan algo más que “hola, ¿cómo estás?”. Aunque estés cansada... dime que pensaste en mí. Que me extrañaste. Que estás feliz por algo de tu álbum.

Sus voz bajó un poco.

—Eso es lo que quiero... ¿puedes hacerlo?

Mary asintió.

—Puedo hacerlo.

—Gracias.

El ambiente se calmó... pero no del todo.

Seguían ahí, frente a frente.

Todavía había algo sin cerrar.

—No quiero que estés enojada conmigo —dijo Mary, más suave.

Y entonces, el rostro de Susana cambió.

El enojo se rompió.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Yo... me sentí dolida —confesó, con dificultad—. Pensé que... solo había sido alguien más. Parte de algo pasajero.

Mary no dudó. Se acercó y la abrazó.

— ¿Crees que colecciono amantes? —murmuró contra su cabello—. Porque yo... pensé lo mismo de ti.

Susana soltó una pequeña risa triste.

—Yo no soy así. Nunca lo fui... hasta que te conocí.

Mary se separó apenas para mirarla.

— ¿Y crees que yo sí? ¿Qué con mi fama puedo tener lo que quiera?

Susana sostuvo su mirada.

—Sí. Puedes tener a quien quieras.

Mary negó lentamente.

—No es tan fácil... ¿Sabes cuántas personas se me han acercado solo para aprovecharse de mí?

Susana negó.

—Muchas. Demasiadas. He tenido que cerrar puertas... desconfiar... alejarme.

Su voz bajó, más íntima.

—Y aun así... te dejé entrar a ti.

Susana no dijo nada.

Se quedaron abrazadas, en silencio, procesando lo que acababa de pasar.

Susana decidió creer.

Y Mary Elizabeth, por primera vez, decidió confiar de verdad.

Cuando por fin se separaron, se miraron a los ojos... y se besaron.

Un beso más lento. Más consciente.

—Prométeme que no volverás a hacer lo mismo —murmuró Susana, sin alejarse del todo.

—Lo prometo —susurró Mary—. Pero tú también prométeme que no me harás sentir celos.

Susana soltó una risa abierta.

— ¿Qué te da risa?

—Mary... tú sola haces tormentas en un vaso de agua. Te pones celosa hasta del aire que respiro. ¿Por qué siempre piensas que estoy con alguien más cuando no estás?

Mary sostuvo su mirada.

Esta vez no esquivó.

—Porque mi madre engañaba a mi padre.

El tono cambió.

Tomó la mano de Susana y la llevó hacia el sofá. Se sentaron.

—Cada vez que él salía a trabajar... —continuó, con la voz más baja—, al poco tiempo alguien más entraba por la puerta trasera.

Susana no dijo nada. Solo la escuchó.

—Yo tenía ocho años.

Hizo una pausa breve.

—Y fue así durante años.

Sus dedos se tensaron entre los de Susana.

—Hasta que un día... mi madre se fue. Sin más.

El silencio volvió, pero esta vez era más pesado.

Susana la observó con más suavidad.

— ¿Y por eso tu padre se volvió así?

—No... mi padre ya era así —dijo Mary, negando suavemente—. No fue por lo de mi madre. Creo que por eso ella buscó a alguien más... porque él tenía un carácter horrible.

Bajó la mirada.

—Perdón por ser así contigo... por pensar que me engañas. En el fondo... tengo miedo.

Susana no interrumpió. Solo sostuvo su mano.

—Cuando mi madre se fue, mi tía Leila fue quien intentó ser una madre para mí —continuó—. Aun cuando mi padre era grosero y hostil con ella. Nunca la vio con buenos ojos.

— ¿Por qué?

—Porque decidió no casarse ni tener hijos. Prefirió su trabajo... y creo que, en el fondo, le tenía envidia.

Susana frunció ligeramente el ceño.

— ¿Quieres decir que no sabes si tu padre sigue vivo?

—No lo sé —respondió con calma—. Hace años que no sabemos nada de él. Después de lo que me hizo, mi tía decidió que no iba a soportarle nada más.

Hubo un pequeño silencio.

— ¿Eres hija única? —preguntó Susana.

—No. Soy la menor. Tengo dos hermanos... muy parecidos a él.

Mary levantó la mirada.

— ¿Y tú? ¿Tienes hermanos?

—Una hermana menor. Y dos sobrinas que adoro.

Mary la miró con curiosidad.

— ¿Qué?

—No te imagino siendo una tía cariñosa.

Susana soltó una pequeña risa.

—Cuando no estoy trabajando, lo soy. Mucho.

— ¿No viven cerca?

—No. Están en otra ciudad.

— ¿A qué se dedica tu hermana?

—Es ama de casa. Y créeme... cuidar niños no es nada fácil. Es uno de los trabajos más pesados que existen.

Mary sonrió.

— ¿Lo comprobaste?

—Sí. Hace un par de años. Mi hermana estaba embarazada y ayudé a mi madre con la mayor.

Negó con la cabeza, divertida.

—Fue suficiente para entender que la maternidad no es lo mío.

Mary soltó una carcajada y apoyó la frente en su pecho.

— ¿Tanto así?

Su risa se fue apagando poco a poco mientras inhalaba su aroma.

El silencio que quedó ya no era incómodo.

Era tranquilo.

Capítulo 14

Esa noche, tras hablar, abandonaron el sofá en el que se encontraban sentadas y abrazadas, y contemplaron la ciudad por la noche a través del cristal del apartamento de Susana.

Para ese momento no había nada más que decir. Todo lo importante ya se había dicho.

A pesar de la separación, las dudas y los miedos, el ambiente se sentía romántico.

Susana invitó a Mary a tomar un baño de agua caliente en su bañera y ella aceptó complacida. Disfrutaron del contacto de sus cuerpos dentro del agua, y después buscaron más cuando fueron a la cama, donde hicieron el amor para confirmar lo que sentían, en cuerpo y alma.

Durmieron en brazos la una de la otra.

La mañana llegó más pronto de lo que esperaban.

Susana abrió los ojos primero y se apretó al cuerpo cálido y desnudo junto al suyo, deseando quedarse así un poco más.

—Aún no me voy y ya me extrañas —murmuró Mary Elizabeth con voz baja y ronca, aún adormilada.

—Saber que te marchas pronto me hace sentir necesidad de ti —respondió Susana.

—¿Cuándo crees que me voy?

—Hoy —contestó con un tono lastimero.

Mary Elizabeth abrió los ojos y acarició el rostro de Susana, dedicándole una tierna sonrisa.

—Pedí una semana.

Susana la miró con sorpresa, esperando que dijera algo más.

—¿Para?

—Para estar contigo.

La sonrisa de Susana apareció de inmediato. La abrazó con fuerza y la besó en los labios, con intensidad y emoción, demostrando lo feliz que la hacía.

Volvieron a hacer el amor, esta vez sin prisas.

Susana no fue a trabajar a la oficina esa semana. Dijo que estaba enferma y que se tomaría unos días, atendiendo solo lo más importante desde casa.

Durante esos días, salían por las tardes, pero la mayor parte del tiempo la pasaban en el apartamento. Hablaban de sus vidas, se conocían más, compartían detalles que antes no sabían, incluso cosas tan simples como su golosina favorita.

La semana pasó demasiado rápido.

Intentaron recuperar el tiempo perdido, pero cuando menos lo esperaron, ya estaban en el aeropuerto.

Susana había insistido en acompañarla y Mary Elizabeth no pudo negarse, aunque sabía que eso haría más difícil la despedida.

—Antes de que te vayas, quiero hacerte un regalo, para que lo lleves siempre contigo —dijo Susana mientras sacaba del bolsillo de sus elegantes pantalones de vestir una caja de terciopelo negra—. Es para que recuerdes nuestra promesa... y que te quiero y te pienso.

Mary Elizabeth se sonrojó ante sus palabras, sobre todo porque Samanta se encontraba a unos pasos de distancia.

Susana abrió la caja. Dentro había dos bonitas pulseras de platino, cada una con un dije de un piano partido a la mitad. La cantante se dio cuenta del detalle; no era un corazón, como quizá otra persona enamorada habría elegido.

—¿Esperabas un corazón? —preguntó Susana al notar su expresión.

—No, es solo que me sorprende el detalle del piano a la mitad.

—Sé que eres muy discreta con tu vida privada, pero amas la música... y ahora sé que escribes y compones tus canciones frente a un piano.

Mary Elizabeth sonrió y extendió la mano para que Susana le colocara la pulsera. Era discreta, pero elegante; una pieza que podía combinar con todo lo que usara.

Cuando Susana terminó, fue el turno de Mary Elizabeth de colocarle la suya.

—Pensé que, de este modo, nadie sospecharía si tienes un romance o no —añadió Susana.

—Muy bien pensado. Muchas gracias por el detalle.

—Espero que puedas llevarla contigo siempre.

—Así lo haré.

Un último beso y un abrazo fue lo que cada una se llevó de la otra, guardándolo en su memoria hasta que volvieran a verse.

Susana se quedó hasta ver el vuelo de Mary Elizabeth surcar el cielo despejado, mientras que la cantante no pudo evitar que unas lágrimas recorrieran sus mejillas. Era muy fácil estar al lado de Susana, pero antes debía terminar lo que estaba haciendo y, después, volvería a tener tiempo para ella. Las cosas, poco a poco, se asentarían entre ambas, tomando un ritmo en el que las dos pudieran compaginar.

Los primeros días de separación fueron un tanto difíciles para ambas, pero conforme transcurrieron los días, se hicieron a la idea de que solo era por un tiempo y que, después de eso, volverían a verse y a tenerse.

Mientras tanto, Susana era testigo del romance de su amiga Vivian, que ahora se encontraba feliz viviendo su relación con

Aurora. Incluso hablaba de la posibilidad de que la vigilante se mudara a la misma ciudad para estar más cerca y así evitar que Vivian tuviera que viajar con tanta frecuencia.

Susana mantenía su relación con Mary Elizabeth casi en secreto, y ni siquiera a Vivian le había contado lo que había pasado con su amante secreta, que había dejado de ser solo eso para convertirse en alguien importante en su vida. Aun así, tenía miedo de que su relación terminara antes siquiera de haber comenzado.

Aunque esta vez las cosas entre ella y Mary Elizabeth marchaban de la manera que habían acordado, no podía evitar sentir temor de contarle a su amiga y a sus padres sobre la cantante y que, poco después, todo se fuera al garete.

Pero cuando Mary Elizabeth le hacía una videollamada por las noches, después de salir del estudio, y Susana veía sus ojos rojos y cansados, no podía evitar preocuparse, sintiendo cómo algo dentro de ella se apretaba un poco más cada vez.

—Creo que me estoy quedando más ciega —le dijo Mary Elizabeth a través de la videollamada esa noche, mientras se quitaba las gafas y se frotaba los ojos.

— ¿Cuándo piensas operarte? No puedes seguir así —la reprendió Susana con cariño, feliz de verla, aunque fuera a través de una pantalla.

—Cuando termine de grabar. Para ese entonces tendré algunas semanas libres, lo suficiente para recuperarme por completo y descansar antes de retomar el trabajo.

—Bueno, eso espero... y espero que me dejes cuidarte esos días.

— ¿De verdad quieres cuidarme?

—Con gusto. ¿Ya casi terminas? —preguntó Susana, esperanzada—. Vas a tener casi un año trabajando en ese álbum.

—Lo sé, pero ¿acaso no es eso lo que hace que mi música sea distinta de la de los demás?

—Claro que lo es. Es diferente y me encanta. No por nada tienes varios premios y tu fama está donde está.

—Pues todo eso se debe a mi trabajo arduo y cuidadoso.

—Lo sé. Me gusta que seas dedicada y que siempre des lo mejor de ti.

Sin poder evitarlo, y como ya era costumbre, Mary Elizabeth se quedó dormida viendo y escuchando a Susana. Esta sonrió y la contempló durante unos minutos antes de terminar la videollamada y dejarla descansar.

De esa manera continuaron pasando los días, hasta que finalmente Mary Elizabeth estuvo de vuelta, aunque un poco más ciega que antes. Susana fue a visitarla esa misma tarde. Se le escuchaba un poco afónica y lucía más delgada, además de cansada.

En el momento en que Susana llegó, Samanta y Leila aún estaban allí, acordando algunas fechas para las sesiones de fotos del álbum y la grabación de algunos clips de las canciones. Ni la asistente ni la mánager habían notado cómo le cambiaba el rostro a Elizabeth cuando Susana estaba cerca; parecía otra, más joven y más feliz.

—Eliz me ha dicho que tú vas a cuidarla cuando esté convaleciente por la operación de sus ojos —dijo Leila a Susana cuando la agenda de la cantante quedó lista para el próximo mes.

—Sí, yo le dije que puedo cuidarla —respondió Susana con la seguridad que la caracterizaba.

—Entonces mi sobrina quedará en tus manos.

—¿Cuándo es la cirugía?

—Mañana.

—¡Tan pronto!

—Quiero aprovechar que estoy agotada para pasar todo el día con los ojos cerrados, durmiendo —intervino Mary Elizabeth.

—Según nos explicó el médico, Eliz deberá pasar al menos cuarenta y ocho horas en total oscuridad, con los ojos cerrados, sin ver ninguna pantalla, además de otros cuidados. Mañana, después de la operación, nos darán una lista de indicaciones y medicamentos para su recuperación —informó Leila.

—De acuerdo. ¿A qué hora es la cirugía? —preguntó Susana.

—A las nueve de la mañana —respondió la cantante.

—A esa hora tengo una reunión, no podré acompañarte —se disculpó Susana.

—No te preocupes. Mi tía y Samanta me acompañarán y me traerán de vuelta a casa. No estaré mucho tiempo en la clínica, ya que es un procedimiento ambulatorio.

—De acuerdo, entonces del resto me encargo yo —dijo Susana mirando a Leila—. Trabajaré con mi portátil desde aquí.

Al día siguiente, mientras Susana se encontraba en la junta, aunque estaba atenta a lo que se hablaba, no pudo evitar que una parte de su mente estuviera en Mary Elizabeth y en cómo se sentiría.

Horas más tarde, cuando la junta terminó y resolvió algunos asuntos en la oficina, salió procurando no parecer desesperada por irse. Como ya era costumbre, evitó cruzarse con Vivian, porque sabía que la molestaría.

Susana entró a la casa de Mary Elizabeth con la llave que la cantante le había dado el día anterior. Se sintió extraña, pero al mismo tiempo emocionada, como si eso significara que ya tenía una parte importante de su confianza.

—Ya llegaste —la voz de Samanta sorprendió a Susana, que no la había visto.

—Sí, quise llegar antes, pero no pude. ¿Está en su habitación?

—Sí, su tía está con ella.

Susana notó que Samanta la miraba de forma distinta, así que, cuando estaba a punto de subir las escaleras, se giró y

confirmó que la asistente la observaba fijamente.

—¿Hay algún problema? —preguntó Susana, regresando sobre sus pasos.

—No, ninguno.

—¿De verdad?

—De verdad.

—A mí no me lo parece —respondió Susana, sin creérselo—. ¿Tienes algún problema conmigo? —añadió cuando quedó frente a ella—. ¿Te he hecho algo?

Samanta sostuvo la mirada de Susana, firme y segura. En ese momento comprendió que la mujer que tenía delante era justo lo que Mary Elizabeth necesitaba: alguien capaz de enfrentar las cosas de frente, segura, inteligente... y también protectora.

—No —respondió al final—. Pero si le haces daño a Eliz, te las verás conmigo.

Sin esperar respuesta, se dio la vuelta y se marchó.

Susana no se había esperado aquello.

Samanta... enamorada en silencio de la mujer a la que seguía a todas partes. Siempre había parecido limitarse a su papel de asistente, mostrando solo lealtad, camaradería y amistad.

Pero ahora entendía algo más.

Mary Elizabeth era la única que veía a Samanta solo como su asistente... y una amiga.

Susana pensó que era comprensible que Samanta se hubiese enamorado de Mary Elizabeth. La mujer, en cualquiera de sus facetas, era adorable; despertaba unas ganas enormes de rodearla con los brazos, cuidarla y comérsela a besos. Aunque, en el fondo, esa apariencia casi inocente no era más que un encanto natural que seducía sin proponérselo y sacaba a relucir ese lado atrevido que llevaba dentro.

Susana estaba segura de que Mary Elizabeth no tenía ni la menor idea de los sentimientos de Samanta, y tampoco pensaba decírselo. Era mejor que la asistente se hiciera a la idea de que Mary Elizabeth la amaba a ella... y ella a Mary Elizabeth.

Esta vez, Susana se apresuró a subir las escaleras y entró en la habitación, que se hallaba en semipenumbra. Sentada a unos pasos de la cama de Eliz se encontraba Leila, quien, al verla, se puso de pie y caminó hacia ella. La tomó del brazo y la sacó de la habitación para hablar con más calma.

—¿Ha tenido molestias? —preguntó Susana.

—Sí. Para empezar, como comprenderás, por el momento no puede ver nada, incluso menos de lo que veía sin lentes. Y antes de quedarse dormida comenzó a quejarse de picazón y ardor. Debe dormir entre cuatro y seis horas, por indicación del médico.

—Considero que sea mejor seis.

—Yo también lo creo, pero ya veremos en una hora.

—¿Ya tienes las medicinas que va a utilizar?

—Sí, ya hemos comprado todo. Ven, te voy a mostrar dónde están y cómo serán sus cuidados.

Leila le explicó que lo ideal era que Eliz mantuviera los ojos cerrados el mayor tiempo posible y que, si dormía mucho durante las primeras horas, sería mejor para su recuperación. Tenía prohibido maquillarse, así como permitir que el agua o el jabón entraran en contacto con sus ojos.

Además, le mostró los antibióticos, los antiinflamatorios, las lágrimas artificiales y los analgésicos que debía tomar para las molestias durante las siguientes veinticuatro horas.

—Me marcho ahora que estás aquí y ya te expliqué todo —le dijo Leila—. Cuídala bien —le advirtió, esta vez sonando más como una madre preocupada que como manager o tía.

—Lo haré, se lo prometo.

—Lláname si necesitas ayuda o cualquier otra cosa que surja con Eliz, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, no te preocupes.

—Confío en ti.

—Muchas gracias.

Leila se despidió de ella esta vez con un beso y un abrazo, haciéndole sentir que ya la consideraba como parte de su familia. Ahora solo era el turno de Susana de presentarle a Mary Elizabeth a sus padres, pero por el momento no iba a ser posible.

Susana miró su reloj y vio que aún era temprano, por lo que decidió trabajar un poco en su laptop en la habitación de la cantante, por si despertaba y necesitaba de su ayuda o cualquier otra cosa.



Mientras tanto, Samanta había salido de la casa de la cantante con el corazón destrozado. Las mínimas esperanzas que había tenido de que la gestora y su jefa terminaran habían sido en vano. Al parecer, su amor era más fuerte que la distancia y los días que las habían mantenido separadas.

Aun así, sentía que conocía más a Mary Elizabeth de lo que Susana lo hacía. Ella llevaba años a su lado, día tras día, viéndola dentro y fuera del escenario, sabiendo cada detalle de su vida, incluso los más íntimos. Y aunque no hubiera firmado un contrato de confidencialidad, de igual manera habría guardado silencio.

Ver la manera en que Susana entraba en aquella casa como ama y señora, con una confianza que nunca había visto en Mary Elizabeth hacia nadie, le hizo darse cuenta de verdad de que Eliz estaba enamorada por primera vez, y con toda la pasión e ilusión con la que estaban escritas sus canciones.

Había perdido, sí, pero eso no evitaba que pudiera advertir a Susana de que, si lastimaba a Eliz, ella sería capaz de hacer cualquier cosa para hacerle pagar el dolor causado a la cantante.



Mary Elizabeth se removió debajo de las sábanas después de seis horas de sueño. Se sintió desorientada por unos instantes, hasta que escuchó a alguien acercarse. Antes de dormirse, quien estaba con ella era su tía Leila, y no tenía idea de qué hora era.

Aunque llevaba un protector en los ojos para evitar que se rascara inconscientemente, al intentar abrirlos sintió los párpados pesados, junto con una molestia de picor y esa sensación de tener tierrita en los ojos. Además de esa incomodidad, tenía sed.

—Tía Leila, ¿estás ahí? —habló Eliz con voz baja.

—Tu tía ya se fue —le dijo Susana mientras tomaba la mano de Eliz—. ¿Necesitas algo?

—Tengo sed y hambre también. No comí nada antes de la operación —respondió, aferrándose al tacto de la mano de Susana.

—Entonces quédate aquí y te traigo agua y comida. ¿Te apetece algo en especial?

—Prefiero bajar a la cocina.

—Es mejor que te quedes en cama y descanses.

—No quiero más cama. Quiero levantarme, estirar las piernas.

—Está bien, pero ponte las gafas sobre los protectores. No debe darte la luz.

—De acuerdo, tía Leila —se burló Mary Elizabeth.

—Graciosa —dijo Susana, ayudándola a ponerse de pie y colocándole enseguida las gafas oscuras—. Por el momento, yo seré tus ojos.

—Gracias —dijo Mary Elizabeth, buscando con sus manos los labios de Susana y dándole un beso suave y casto.

Susana había preparado una pasta fría para evitar que el vapor afectara sus ojos, y fue la propia gestora quien le dio de comer. En resumen, ambas comieron del mismo plato y bebieron del mismo vaso.

Aun así, Mary Elizabeth no quería depender demasiado de Susana. Estaba acostumbrada a ser una mujer independiente, y necesitar de otra persona para hacer todo le molestaba. Por lo que, cuando Susana se concentró en lavar los trastes de la comida, a la cantante se le hizo fácil bajar del banco en el que se encontraba sentada, confiada en que no tendría problemas.

Lo que no sabía era que, sin visión, las cosas eran distintas. Al bajar del banco, pensó que su pie tocaría de inmediato el suelo, pero no fue así. Entonces sintió cómo iba a caer de bruces y, desesperada, intentó sujetarse de algo, pero su mano no encontró nada.

Justo en ese momento, Susana se giró al escuchar el ruido del banco y se dio cuenta de que Mary Elizabeth iba directo al suelo. Asustada, corrió hacia ella para sujetarla, mientras su corazón latía agitadamente dentro de su pecho.

— ¿Por qué no me dijiste que te querías bajar del banco? —le dijo Susana con voz alterada, casi enojada, pero era el miedo a que Eliz se lastimara lo que la hizo hablarle así.

—Porque consideré que no había peligro en bajarme de él.

—Pues estuviste a punto de caer y lastimarte.

—No era mi intención.

Susana se dio cuenta de que sus voces se habían elevado más de lo necesario. Entonces se relajó, tomó aire y, deslizando sus manos desde los brazos de Mary Elizabeth, sujetó sus manos y las besó.

—Lo siento, me asusté. Creí que no iba a poder sujetarte a tiempo. Tu tía me mata si te caes y te lastimas en el primer día bajo mi cuidado —dijo Susana—. Y no solo me asusté por temor a tu tía. Me preocupa que te hubiera pasado algo.

— ¿Qué te dijo mi tía?

—Que te cuidara, y no me lo dijo a la ligera, sino con mucha seriedad. Casi como una madre.

—Es que lo ha sido todo este tiempo para mí. No es tan expresivamente cariñosa, pero lo es a su manera, así como protectora también. Pero también es rígida cuando tiene que serlo como mi manager.

—Me da gusto que tengas una tía así. Espero que algún día mis sobrinas hablen algo positivo de mí.

—Seguro que sí.

—Entonces... ¿me perdonas?

—Estás perdonada.

Tras salir de la cocina, se acomodaron unos minutos en la sala de estar para, poco después, subir y darse un baño. Susana lo preparó con cuidado en la bañera, asegurándose de que no entrara agua ni jabón en los ojos de la cantante, quien nunca antes se había sentido tan vulnerable ni tan dependiente de otra persona para cosas tan simples y cotidianas.

Sin embargo, en ese momento, pese a su vulnerabilidad, dejar que alguien más fuera sus ojos era un nivel de confianza que jamás se había permitido. Pero con Susana sentía que podía hacerlo.

Susana lavó el cuero cabelludo de Mary Elizabeth con movimientos muy cuidadosos. También tenía a la mano una toalla para secar hasta la más pequeña gota de agua que pudiera escaparse.

Tras lo ocurrido, Mary Elizabeth no pudo evitar buscar con sus manos la cercanía de Susana, ya fuera de día o de noche. Acostadas en la cama, sentadas en el sofá o en cualquier lugar donde se

encontrara, la cantante se aferraba a ella para sentirse segura, para no caer ni lastimarse.

Los cuidados se mantuvieron con la misma paciencia del primer día durante cuatro jornadas, las más críticas para su recuperación. Para el séptimo día, Susana, en lugar de asegurar los protectores de los ojos de Mary Elizabeth con cinta médica, se permitió acariciar su rostro y llenarlo de besos, mientras la cantante sonreía ante la dedicación de su novia.

Aunque ya no usaba protectores ni necesitaba tanto las gafas oscuras dentro de casa, la luz aún le molestaba, por lo que decidió usarlas unos días más, hasta que sus ojos se acostumbraran al brillo.

Para entonces, Susana ya había regresado a la oficina. Mary Elizabeth volvía a ser independiente, pero aun así ella pasaba cada tarde en su casa después del trabajo. Con el paso de los días, Eliz dejó los lentes oscuros dentro de casa, aunque seguían siendo obligatorios al salir, ya que los rayos UV aún podían dañar sus córneas sensibles.

Los días transcurrieron rápido y el mes que Eliz había destinado a su descanso y recuperación terminó antes de lo que ambas habrían querido.

—Me llamarás, ¿verdad? —le dijo Susana antes de que la cantante se fuera.

—Lo haré —respondió, y le dio un último beso antes de alejarse.

Susana lanzó una breve mirada a Samanta, quien se acercó de inmediato para entregarle las gafas oscuras. Nunca había sido celosa, pero ahora que conocía los sentimientos de Samanta por Eliz, no pudo evitar preguntarse hasta dónde sería capaz de llegar para separarlas.

Capítulo 15

La cantante estaba más que emocionada de volver al trabajo, de transformarse en Eliz. Después de ese tiempo fuera, necesitaba retomar su ritmo, aunque ahora su aspecto no cambiaría demasiado, ya que no volvería a usar gafas, salvo las de sol. Sabía que, si salía sin ellas, le sería mucho más difícil ocultar su identidad.

Cuando llegó a la Ciudad de México para la sesión de fotos, se tomó un día de descanso antes de comenzar al siguiente. Las sesiones duraron cuatro días. Su jornada iniciaba antes de las cuatro de la mañana, pues a las cinco debía estar en el estudio para maquillaje y peinado, y luego comenzar con las fotografías. Alrededor de la una de la tarde tenía un descanso para comer y retocarse, momento que Eliz aprovechaba para llamar a Susana unos minutos y contarle lo que estaba haciendo.

Las sesiones terminaban cerca de las ocho y media de la noche. Después, debía desmaquillarse y regresar a su apartamento en la ciudad para descansar. Sin embargo, su operación aún era reciente, y sus ojos seguían resentidos: la vista cansada y ligeramente enrojecida por las luces.

— ¿Samanta? —habló mientras iban en su camioneta rumbo a su apartamento.

—Dime.

—Tienes mi celular, ¿verdad?

—Sí. ¿Necesitas algo?

—Avísame si Susana me llama o me envía mensajes, por favor.

—Claro.

—Gracias.

Minutos antes de salir del estudio, Susana le había enviado un mensaje, pero como Eliz solía poner su celular en modo silencioso mientras trabajaba, no lo había notado. Samanta, que deseaba que lo que había entre ellas se rompiera por desconfianza e inseguridades, decidió callarlo y dejarlo para más tarde.

No obstante, cuando llegaron al apartamento de la cantante, Eliz pidió su celular a su asistente y, pese a la incomodidad en los ojos, revisó el teléfono y vio el mensaje de Susana.

— ¿Por qué no me dijiste que había un mensaje de Susana?
—le reclamó Mary Elizabeth.

—Lo siento, se me olvidó.

—Bueno, espero que no se te vuelva a olvidar, ¿de acuerdo?

—No se me olvidará. No te preocupes.

Mary Elizabeth decidió dejarlo pasar esa vez y no le dio mayor importancia. Se marchó a su habitación para darse un baño de agua caliente y luego recostarse en la cama a descansar, con la intención de hablar unos minutos con Susana antes de que el sueño la venciera.

Cuando terminó la sesión de fotos, comenzaron las grabaciones de los videoclips. Las jornadas eran mucho más largas, de hasta dieciséis horas, ya que grababan de dos a tres videos musicales por día para aprovechar al máximo al equipo.

Para esas grabaciones tenían calculados aproximadamente quince días de trabajo intenso. Mary Elizabeth empezaba la jornada a las cuatro de la mañana y terminaba cerca de la medianoche. Por esa razón, las llamadas y mensajes entre Susana y la cantante se redujeron a unos pocos durante el día, si acaso.

Sin embargo, aunque Susana confiaba en Eliz, no confiaba en Samanta, quien subía fotos a las redes sociales de la cantante como si fueran publicadas por ella misma. Hubo una en particular que hizo que a Susana se le revolviera el estómago y sintiera ganas de lanzar el celular contra el suelo: en la imagen, Samanta sostenía la mano de Eliz, acompañada del texto:

Como siempre, cuidándome en mis días más pesados.

Incapaz de desquitarse con el teléfono, hizo algo que rara vez hacía: actuar por impulso. Llamó a Eliz con la esperanza de que respondiera, pero la voz que contestó al otro lado fue la de Samanta.

—Quiero hablar con Eliz —dijo Susana, con tono firme.

—Está ocupada —respondió Samanta.

—Solo será un momento.

—No puedo, está en medio de una escena.

Y colgó, con una sonrisa de satisfacción.

—A diferencia de ti, yo sí puedo estar cerca de Eliz las veinticuatro horas —murmuró para sí misma, mirando la imagen de Susana que aparecía como fondo de pantalla en el celular de la cantante—. Mientras que tú estás a miles de kilómetros de distancia.

La rabia se apretó en el pecho de Susana. Cerró las manos en puños y golpeó el escritorio. Aun así, obligándose a pensar con claridad, entendió que aquello no era más que un juego sucio de Samanta: provocar celos, debilitar su confianza.

Pero Susana también sabía algo con certeza: si Eliz hubiera querido algo con Samanta, habría pasado mucho antes.

Pero las provocaciones de Samanta no terminaron ahí. Continuó subiendo imágenes de Eliz y de lo que ocurría durante los rodajes de sus videos. Susana sabía que, en parte, era necesario: como figura pública, Eliz debía mantenerse activa en redes, y también sabía que la cantante no tenía tiempo para hacerlo por sí misma; era Samanta quien se encargaba de todo.

Aun así, soportó aquella situación durante los dieciséis días de grabación. Samanta, por su parte, sabía que la gestora estaba atada de pies y manos: no podía viajar, primero por trabajo y segundo porque hacerlo significaría romper la confianza de la cantante. Y, en el fondo, deseaba que Susana cediera y arruinara lo que ambas estaban construyendo.

Eliz regresó a Querétaro para un merecido descanso de unos diez días. Sus ojos, tras tantas horas bajo las luces, estaban resacos y enrojecidos, por lo que el médico le recomendó alejarse de pantallas y focos intensos.

Cuando se vieron después de tantas semanas, se fundieron en un abrazo fuerte y se besaron en los labios. Susana se permitió besarla y acariciarla sin reservas, incluso delante de Samanta, dejando clara, sin palabras, la cercanía que compartían.

Aun así, pese a que eran días de descanso, Eliz no dejó de revisar algunos fragmentos de sus videos y fotografías editadas. Samanta se las enviaba constantemente, como si supiera exactamente cuándo Susana estaba con ella. Aquello irritaba a la gestora, pero no lo mostraba; se limitaba a permanecer a su lado, observando en silencio.

— ¿Te gustan las fotos? —preguntó Eliz mientras las revisaban en su laptop.

—Me gustas tú en todas tus versiones —respondió Susana, besándole la mejilla—. Incluso esta, sin maquillaje y sin peinar, que es la que tengo ahora.

—No te creo —la acusó, dejando la laptop de lado para mirarla a los ojos.

— ¿Por qué no?

—Porque la mujer de esas imágenes es más bonita.

—Puede ser —admitió Susana con calma—, pero esa es inalcanzable. La que tengo en mis brazos es real... y está aquí conmigo. Para mí, Eliz no es más que un amor platónico.

Mary Elizabeth sostuvo su mirada unos segundos, como si midiera sus palabras, y luego dejó la laptop a un lado.

—Para ti puedo ser Eliz cuando quieras —murmuró, subiendo a horcajadas sobre el cuerpo de Susana.

— ¿Y si te pido que me cantes o me hables como lo haces en el escenario mientras me haces el amor? —dijo Susana mientras

acariciaba la espalda de Mary Elizabeth.

— ¿Solo quieres eso? —preguntó, usando su voz de artista y no la de Mary Elizabeth.

—Sí —susurró.

Eliz comenzó a cantar en voz baja junto al oído de Susana mientras la desnudaba poco a poco, observando cómo su piel se erizaba. Continuó, dejando que cada prenda cayera al suelo. Le gustaba ver cómo Susana dejaba de ser la mujer fuerte, elegante y segura cuando estaban a solas.

—Me encanta hacerte temblar, Susana. Nadie se imagina lo dócil que te pones conmigo.

—Y nadie sabe lo atrevida que eres en la intimidad.

Aunque Susana no quisiera admitirlo, estar con Mary Elizabeth le devolvía la seguridad que, de alguna manera, Samanta había logrado sacudir con sus publicaciones. No había preguntado si Eliz había autorizado esas fotos, pero se contenía. No quería mostrarse insegura ni darle a Samanta el gusto de haberla afectado.

Los diez días de descanso pasaron como agua y, cuando Eliz tuvo que irse para comenzar con la promoción de su álbum, su agenda se llenó de entrevistas y pódcast. Sus redes sociales se habían mantenido en tendencia incluso durante su descanso.

Entre tanta distancia, Susana comenzaba a acostumbrarse... pero no a la idea de que Samanta siguiera siendo la sombra de Eliz. Aun así, no tenía más opción que soportarlo.

Por su parte, Eliz estaba feliz. Aún no le había dicho a Susana que ese disco era para ella. Esperaba sorprenderla en la fiesta de lanzamiento y deseaba que pudiera asistir y compartir ese momento.

Eliz pasó otro mes entre entrevistas y programas de televisión y radio, tanto en México como en Los Ángeles, donde su primer sencillo encabezaba las listas de popularidad. Su tiempo volvió a ser escaso para Susana, pero eso no significaba que no la llevara presente en sus pensamientos.

Cuando ese mes de pre-lanzamiento terminó, salió su segundo sencillo y se anunció la fecha oficial del álbum. A partir de entonces, Eliz pasó de los estudios a los aviones, prácticamente cada veinticuatro horas.

Eliz apenas se detenía para comer e ir al baño y solo por las noches se permitía una breve llamada a Susana, una que no superaba los cinco minutos, ya que se encontraba demasiado cansada y prefería usar el resto del tiempo para dormir. Samanta, por su parte, sentía cierta satisfacción de que Eliz y Susana no estuvieran mucho en contacto.

Como Eliz llevaba semanas bajo luces, flashes y con pocas horas de sueño, estaba al límite de la fatiga. Al final del día comenzaba a tener la visión borrosa y una sequedad severa en los ojos, por lo que Samanta tenía que estar más pendiente de ella, cuidarla y colocarle por las noches un antifaz de gel frío.

El cansancio se acumulaba día tras día y, apenas se acomodaba en la cama y sentía el frío agradable en sus ojos, Eliz se quedaba dormida casi de inmediato, muchas veces pensando en llamar a Susana, quien se quedaba esperándola.

— ¿Ya le has enviado a Susana la invitación especial que te dije? —preguntó Eliz a Samanta.

—Sí, ya se la envié.

— ¿Ha enviado algún mensaje?

—No, no ha enviado nada.

— ¿Será que aún no le hacen llegar mi invitación?

—Puede ser.

—Pues llama para que la entreguen cuanto antes. Solo quedan tres días para la fiesta del lanzamiento de mi álbum y quiero que Susana esté presente.

—No te preocupes, los llamaré y les diré que la entreguen cuanto antes.

—Muchas gracias, Sam.

—No tienes que agradecerme.

Susana aún no había recibido ninguna invitación porque Samanta no había enviado nada. Cuando Eliz le pidió que hiciera llegar esa invitación especial, la asistente se molestó profundamente. No entendía por qué le daba tantas atenciones a una mujer que pasaba la mayor parte del tiempo lejos y que, según ella, poco sabía de lo que realmente implicaba la vida de artista de Eliz.

Susana había enviado mensajes durante los últimos tres días, pero no habían sido vistos. Sabía que Eliz no tenía tiempo para leerlos y también que era Samanta quien se hacía cargo de su celular... y que la estaba ignorando a propósito.

Susana

¿Dónde está Eliz? ¿Por qué no le enseñas mis mensajes?

Ese era el undécimo mensaje que Susana enviaba al celular de Eliz. Eran pasada las doce de la noche y, aunque entendía que Mary Elizabeth se quedara dormida de inmediato, no le gustaba que fuera Samanta quien revisara las notificaciones.

Susana

Dime cómo está Eliz. Ya sé que no le pasas mis mensajes y que eres tú quien los lee por ella.

Samanta leyó el mensaje. Sin duda, Susana no era ninguna tonta. Si seguía ignorándola, era capaz de hacer algo que la pusiera en evidencia... y eso podría hacer que Eliz la despidiera, justo lo que no quería que ocurriera.

Eliz

Se ha quedado dormida. Sus ojos están un poco afectados por las luces y el desvelo, así que se durmió con el antifaz de gel puesto.

Si no le he mostrado tus mensajes es porque necesita descansar. Apenas apoya la cabeza en la almohada, se queda dormida.

Susana

Entonces déjala descansar, gracias por responder.

Pero la próxima vez, muéstrale o léale mis mensajes.

Samanta eliminó los mensajes de Susana y solo dejó los últimos que había enviado antes de confrontarla.

Dos días antes de la presentación del álbum, Eliz respondió uno de los mensajes de Susana. Esta le contestó poco después, pero no mencionó nada sobre la invitación, lo que hizo que Eliz se dirigiera de inmediato a Samanta.

—Dame el número de la empresa con la que enviaste la invitación para Susana —le dijo a su asistente—. Voy a llamar yo misma.

Samanta se puso un tanto nerviosa ante la actitud molesta de Eliz.

—Claro, pero la invitación aún está en camino.

— ¿Acaso no pediste el servicio más rápido?

—Sí, pero no sé qué ha pasado.

—A este paso, Susana no podrá venir.

—Tendré que decírselo por teléfono.

Cuando Eliz llamó a Susana para hablarle de la invitación a la presentación de su álbum, la gestora no respondió. Aunque insistió varias veces, dedujo que estaría en alguna junta importante, con una cliente o quizá... enojada.

— ¿Respondió? —preguntó Samanta al ver el gesto de molestia en Eliz cuando salió de su habitación.

—No, no ha respondido. Seguro está en una junta.

— ¿Quieres que la llame más tarde por ti?

—No. Solo mantente pendiente. Quizá reciba la invitación esta tarde y, si me llama, dile que estoy trabajando, que solo quería saber cómo estaba... y escucharla.

—De acuerdo.

Dos horas más tarde, Susana devolvió la llamada. Como era de esperarse, quien respondió fue Samanta. Aunque ya lo intuía, la insistencia de las llamadas la obligó a averiguar qué pasaba.

— ¿Le ha pasado algo a Eliz? —preguntó Susana al escuchar la voz de Samanta al otro lado de la línea.

—No. Solo quería hablar un momento contigo.

—Espera un momento —dijo Susana.

Samanta aguardó en silencio, escuchando al otro lado de la línea.

—Pasa.

—Le han traído un paquete —le dijo su asistente.

— ¿Para mí? —preguntó desconfiada, mientras Samanta continuaba escuchando a través de la línea y apretaba los labios en señal de disgusto.

—Sí, el paquete tiene su nombre.

—Bien, entonces déjalo en mi escritorio. Lo abriré más tarde. Gracias —esperó a que su secretaria saliera para volver a hablar—. ¿Seguro que todo está bien con Eliz?

—Sí, todo está bien. Solo quiso llamarte en su poco tiempo libre.

—Gracias por tomar mi llamada. Más tarde le envió un mensaje.

Samanta rogó para que Susana no abriera el paquete enseguida, sino que lo hiciera más tarde, ya en su casa, para que no tuviera oportunidad de reorganizar su día ni su agenda. Y, de alguna forma, la suerte estuvo de su lado.

Susana llegó a su apartamento y dejó el paquete sobre la mesa de la cocina. Si hubiera sido una persona curiosa o impulsiva, lo habría abierto de inmediato, pero no era así. A Susana le gustaba hacer las cosas con calma y disfrutar esos pequeños momentos.

Después de saciar su sed, se sentó en uno de los bancos de la cocina y abrió el paquete con tranquilidad. No tenía idea de quién se lo habría enviado, pero supuso que era alguien que la conocía.

Dentro encontró una caja de terciopelo negro. Al abrirla, descubrió una placa metálica grabada con el nombre de Eliz. Junto a ella, había una nota que decía:

“Porque solo tú conoces a la verdadera Eliz.”

Además, había una invitación especial: un pase platino para el backstage y la zona VIP más exclusiva del lanzamiento de su álbum.

Susana lo miró sin poder creerlo. Eliz le había enviado una invitación especial, aunque con tan poco tiempo de anticipación que parecía más un gesto por compromiso. Sin embargo, sabía que detrás de eso solo podía haber una persona que no la quería en ese momento tan importante para la cantante.

Al día siguiente tenía varias reuniones con algunos clientes y, esa misma tarde, debía viajar a Los Ángeles, donde tenía compromisos desde temprano. Tal vez tendría libre el resto de la tarde, pero no podía asegurar que alguna reunión no se alargara.

Entre emocionada y triste, tomó su celular para escribirle un mensaje a Eliz.

Susana:

Sé que estás ocupada, pero te escribo para darte las gracias por la invitación.

Aunque no sé si pueda llegar a tiempo. De haberme llegado antes, habría podido agendar algunas citas y reuniones para otro día.

Pero te agradezco el detalle que has tenido conmigo.

Samanta escuchó el tono de notificación en el celular de Eliz y, al ver que se trataba de Susana, no tardó en entregárselo. La cantante, en ese momento, estaba siendo desmaquillada y esperaba con ansias saber de ella.

— ¿Es Susana? —preguntó Eliz.

—Sí —respondió, pasándole el celular.

Mary Elizabeth leyó el mensaje y sintió cómo su esperanza se desinflaba. Samanta, al notar la tristeza en su rostro, sintió una punzada de satisfacción al comprobar que la respuesta no era la que Eliz esperaba.

— ¿Qué dice Susana? ¿Le llegó tu invitación? —preguntó la asistente.

—Sí, ya le llegó... pero dice que no cree poder asistir.

—Lo siento.

—Yo más. Dame el número de la empresa con la que enviaste la invitación. Aquella vez que te lo pedí no me lo diste.

—Lo siento, se me olvidó —respondió, ahora nerviosa.

—Y también el número de seguimiento que te dieron para hacer el reclamo.

—Claro, por supuesto.

Samanta sabía que, aunque Eliz le pidiera esos datos, difícilmente tendría tiempo para revisarlos. Aun así, prefirió asegurarse: eliminó el correo electrónico relacionado, por si la cantante volvía a insistir y decidía investigar por su cuenta. Más valía prevenir.

Capítulo 16

Todo estaba listo para la noche del lanzamiento. La prensa había comenzado a llegar mucho antes de que iniciara la presentación, con la intención de captar a los invitados desfilando por la alfombra roja.

Eliz se encontraba en el backstage junto a Samanta y su tía Leila, a la espera de que diera comienzo el evento. Susana se había comunicado con ella esa mañana, unos minutos antes de iniciar su día en Los Ángeles, y en secreto deseaba que volviera a llamarla. Sin embargo, conforme pasaban los minutos y se acercaba la hora de salir al escenario, le quedaba claro que Susana estaba realmente ocupada.

Por su parte, Susana había pasado todo el día reuniéndose con clientes y, cuando terminó con el último, ya no le daba tiempo de llegar al aeropuerto.

— ¿Cuándo regresas a la Ciudad de México? —le preguntó su cliente cuando estaban por salir del restaurante.

—Quería hacerlo hoy para asistir a un compromiso al que me invitaron, pero no creo que me dé tiempo de llegar.

— ¿Estás invitada a la presentación del nuevo álbum de Eliz?

—Sí, así es.

—Entonces tienes suerte. Yo no tenía pensado ir, pero mi esposa es fan de ella y quiere asistir. He rentado un jet privado; si quieres, puedes venir con nosotros.

—Se lo agradecería mucho.

Susana regresó al hotel, recogió las pocas cosas que había llevado, tomó su maleta y salió de inmediato. Tomó un taxi que la

llevó al aeropuerto, donde abordaría el jet privado junto a su cliente para viajar a la Ciudad de México.

Mientras viajaba, llamó a una prestigiosa tienda para comprar un vestido. Dio indicaciones precisas sobre el estilo que quería para el evento al que se dirigía y pidió que se lo enviaran al hotel que había reservado desde su teléfono camino al aeropuerto.

Llegó con el tiempo justo para ducharse y vestirse con un vestido de noche minimalista que transmitía elegancia, poder y ese aire de riqueza antigua que no necesita presumirse.

Así como consiguió el hotel y el vestido, también rentó un auto de lujo que la llevaría a la alfombra roja. Cuando arribó, el lugar estaba repleto de fans de Eliz, además de la prensa que esperaba captar a cada invitado VIP.

Como era de esperarse, en cuanto bajó del auto y puso un pie sobre la alfombra, varios fotógrafos de revistas de negocios y sociedad la reconocieron. Los flashes comenzaron a dispararse sin descanso mientras ella avanzaba con seguridad, con la presencia de quien está acostumbrada a moverse en ese mundo.

En el backstage, Samanta se quedó paralizada al ver a Susana desfilando por la alfombra roja. Era fotografiada como una celebridad, pero lo suyo no era el escenario, sino los negocios. Aun así, el respeto que generaba era evidente.

En ese momento entendió algo incómodo: entre ella y Susana había una diferencia abismal. Susana no era una mujer cualquiera ni una relación pasajera. Eliz había sabido elegir.

Pero también sabía otra cosa: ella era quien estaba a su lado todos los días.

Susana caminó por la alfombra con total calma, sin detenerse a dar entrevistas, pero tampoco evitando a la prensa. Mientras avanzaba, el sonido de los flashes llenaba el ambiente.

Al entrar al recinto, se dirigió a la zona VIP y tomó asiento, desde donde podía observar el escenario junto a otros invitados que esperaban la aparición de Eliz.

A las ocho cuarenta y cinco de la noche se hizo la tercera llamada. Las luces del salón comenzaron a atenuarse y el murmullo bajó hasta convertirse en un silencio expectante. En el backstage, a la cantante le aplicaban gotas hidratantes para evitar que sus ojos se irritaran bajo los reflectores.

A las nueve en punto, Eliz salió al escenario.

Aunque una parte de ella seguía triste por la ausencia de Susana, en cuanto la vio sentada en el lugar que había reservado especialmente para ella, una sonrisa amplia cruzó su rostro. La seriedad con la que había subido desapareció al instante.

El público enloqueció al verla sonreír.

Y Susana, sin darse cuenta, le devolvió la sonrisa, completamente hipnotizada.

Entonces llegó el momento en que Eliz debía comenzar a cantar la canción con la que había decidido abrir, una que era toda una declaración de amor. Las frases, la forma en que la interpretaba, hicieron que a cada persona presente se le erizara la piel.

Susana sabía perfectamente que aquella canción contaba parte de su historia, una que solo ellas conocían. Sus ojos brillaron mientras la miraba, sin apartar la vista ni un segundo. Sin embargo, Eliz debía entregarse a todo el público, y Susana entendía que, en ese momento, tenía que compartirla.

Mientras tanto, Samanta se consumía de celos al notar cómo Susana y Eliz se buscaban con la mirada. Sabía que esa canción era para ella. Sabía, también, que todo el álbum había nacido de lo que Mary Elizabeth sentía por Susana.

Durante los cuarenta y cinco minutos que duró el espectáculo, Susana no dejó de estremecerse. Eliz ofreció una presentación impecable ante aquella selecta audiencia, interpretando sus mejores canciones y dejando a la prensa con ganas de más, asegurando que hablarían de ella y de su nuevo álbum.

Cuando las luces del escenario se apagaron, Eliz bajó rápidamente para cambiarse. Susana aprovechó ese momento para

levantarse de su asiento y dirigirse al camerino, con la intención de verla unos minutos a solas antes de que quedara rodeada de atención.

Tal como esperaba, había dos guardias en la entrada, pero no le negaron el acceso. Aun así, tocó la puerta antes de entrar.

Cuando Eliz vio que se trataba de Susana, sonrió de inmediato y fue hacia ella, aún a medio desvestir frente a su equipo, incluida Samanta. A Susana le recorrió un calor incómodo al notar la mirada de la asistente sobre la cantante.

—Salgan un momento —ordenó Eliz antes de abrazarla.

Todos obedecieron. Incluso Samanta, cuya sonrisa apenas disimulada al entrar se borró en cuanto tuvo que salir del camerino.

—Estaba convencida de que no vendrías —dijo Eliz al fin, abrazándola con fuerza mientras hundía el rostro en su cuello, respirando su aroma.

—La verdad... ni yo misma creía que fuera a venir.

— ¿Y cómo es que estás aquí?

—Gracias a un cliente. Su esposa es fan tuya y no quería perderse la presentación. Me invitaron y vine con ellos en jet privado.

—Qué suerte...

—Mucha.

Sin soltarse y sin dejar de mirarse a los ojos, se besaron en los labios. Fue un beso dulce y tierno que hizo que en el bajo vientre de ambas se encendiera una punzada de deseo.

—Me gusta la estrella que está junto a mí en este momento, pero a veces no puedo tenerla tan cerca como quisiera, porque debo dejarla brillar en lo alto del cielo para que otros la admiren... aunque solo yo sé cómo es en realidad —dijo Susana, repitiendo aquellas palabras que una vez le había confesado, y que Eliz había convertido en una canción, la misma con la que abrió su presentación.

Eliz sonrió, conmovida.

—Y te agradezco que me dejes ser quien soy, que me comprendas y tengas paciencia.

—Te quiero. Por eso.

—Lo demuestras, incluso cuando no lo dices con palabras.

—Y tú también me quieres... me lo hiciste saber esta noche con tus canciones.

Eliz sostuvo su mirada.

—Sí, yo también te quiero.

“Este álbum lo hice pensando en ti. Es tuyo... está dedicado a lo que siento por ti y a todo lo que me haces sentir”, pensó Eliz sin atreverse a decírselo.

Susana sonrió con suavidad.

Se dieron un último beso antes de separarse lo justo. Entonces, Susana se ofreció a ayudarla.

La gestora terminó de desvestirla con cuidado y la ayudó a ponerse el vestido elegante y sofisticado de alta costura. No quería que Samanta la viera así, pero no dejó ver sus celos; los ocultó bajo una calma amable.

—Te envié la invitación antes, pero al parecer la empresa con la que Samanta la mandó se retrasó —comentó Eliz mientras Susana acomodaba el vestido.

Susana frunció ligeramente el ceño.

—Es raro... esa empresa es muy seria. ¿Estás segura de que Samanta la envió cuando se lo pediste?

—Ella dice que sí.

Susana la miró en silencio. Eliz sostuvo su mirada unos segundos y luego negó suavemente con la cabeza.

—Sería incapaz de hacer algo así.

—No he dicho que lo haya hecho —respondió Susana, aunque su tono dejaba ver otra cosa.

—Sí lo estás pensando. Crees que lo hizo a propósito... no me mientas.

Hubo un breve silencio.

Susana no apartó la mirada.

—Sí. Eso es lo que creo. No voy a negarlo. Pienso que lo hizo para evitar que viniera.

Eliz se tensó apenas.

— ¿Por qué haría algo así? ¿Le has hecho algo?

—No. Nunca le he dicho nada a nadie de tu equipo, mucho menos a Samanta.

Eliz guardó silencio, pensativa, intentando encontrar una explicación. No la había... al menos no una que quisiera aceptar en ese momento.

Finalmente Susana suspiró.

—Olvida eso por ahora. Luego lo veremos.

Mary Elizabeth asintió.

—Te dejo para que termines de arreglarte. Nos vemos afuera en unos minutos.

—De acuerdo.

Susana salió del camerino y, unos minutos más tarde, Eliz apareció seguida de cerca por Samanta. Poco después, Leila se unió al grupo.

— ¿Quieres que la prensa se entere ya de lo que hay entre tú y Susana Sterling? —preguntó Leila con tono serio.

—No, aún no.

—Entonces deja de mirarla como lo haces. Sé un poco más discreta.

—Soy discreta.

Leila alzó una ceja.

—Hace unos minutos, en el escenario, no lo parecías. Solo procura que no se note ahora. Los medios ya saben que te gusta ser misteriosa. Vamos a saludar a los peces gordos.

Antes de llegar con los directivos de la discográfica, patrocinadores y prensa de élite, un mesero se acercó y les ofreció copas. Las tres tomaron una, aunque Eliz apenas la sostuvo para no desentonar.

Como Eliz no recordaba el nombre de muchas de las personas presentes, Samanta se inclinaba hacia ella para susurrárselos al oído. Susana se dio cuenta de inmediato, pero no podía hacer nada. Se tragó los celos y se mantuvo en su sitio, observando.

Samanta, desde el primer momento, le dedicó una mirada cargada de burla, acompañada de una sonrisa apenas disimulada.

Después de saludar y conversar con varios invitados, Eliz se acercó a Susana por unos instantes. Se comportaron como si se conocieran por primera vez, intercambiando un saludo correcto, medido... casi distante.

En ese momento, un fotógrafo captó la escena. La imagen las tomó por sorpresa, y ambas sonrieron sin poder evitarlo. Aun así, en ese gesto se coló una complicidad imposible de ocultar.

Luego vino una sesión de fotos dentro del evento, frente al muro de prensa. Como era de esperarse, Susana Sterling no pasó desapercibida, y los fotógrafos no tardaron en pedirles imágenes juntas.

Mientras posaban, Eliz se inclinó ligeramente hacia ella y le susurró al oído:

— ¿Quieres pasar esta noche conmigo? —preguntó Eliz cerca de su oído, como si hablara de algo trivial.

—Sí —respondió Susana sin alterar su semblante ante la audiencia.

—Déjame arreglar todo y Samanta o mi tía Leila irán por ti.

—De acuerdo.

Susana se alejó de Eliz, que continuó posando con otros asistentes. Se apartó lo suficiente para no caer en la tentación de quedarse mirándola como una tonta, completamente embelesada por la mujer que amaba.

De pronto, alguien le picó la costilla. Susana se giró, molesta, para ver quién había tenido el atrevimiento... pero su expresión cambió al instante al reconocer a Leila.

—Lo siento, no pude evitar jugarte una bromilla —dijo Leila con buen humor.

—Está bien, si viene de ti.

—Lo creo, vi tu cara.

—Veo que estás de muy buen humor esta noche.

— ¿Y cómo no estarlo? Eliz es un diamante que cada vez brilla más con luz propia.

— ¿Buenos comentarios?

—Más que eso, querida Susi. Creo que mi sobrina va a subir aún más con este álbum... y todo gracias al amor —susurró lo último con intención.

—Me da mucho gusto por ella. Se lo merece, trabaja mucho.

Leila la observó durante unos segundos, evaluándola.

—Me alegra que le tengas confianza... y que ella confíe en ti, y que le permitas ser quien es —dijo con calma—. Hoy en día es difícil encontrar algo así, lo que ustedes están construyendo.

—Somos adultas. Y sé lo que quiero. La quiero a ella.

Leila sonrió con satisfacción.

—Lo sé. Y ella también. Por eso vine por ti, para llevarte de una vez a la camioneta. Eliz no tardará en irse. No le gustan estas fiestas... y menos cuando la gente empieza a pasarse de copas.

—Déjame llamar a la agencia de autos para que no vengan por mí.

—De acuerdo.

Susana sintió alivio de que fuera Leila quien hubiera ido por ella y no Samanta. De haber sido así, no dudaba que la asistente habría encontrado alguna manera de retrasarla... o impedir que llegara al apartamento de Eliz.

Susana esperó alrededor de veinte minutos dentro de la camioneta que llevaría a Eliz a su apartamento. Ni Leila ni Samanta la acompañaron en esa ocasión, y la asistente no pudo ocultar su sorpresa al ver a la gestora dentro del vehículo. Cuando intentó subir, Eliz le indicó que esa vez viajaría aparte con su tía.

Una vez que la puerta de la camioneta se cerró, Eliz rodeó a Susana con un fuerte abrazo, cargado de felicidad y adrenalina. Susana sonrió y le devolvió el gesto, compartiendo su emoción.

—Estoy muy feliz de que hayas podido venir... y de que te quedes esta noche conmigo.

—A mí también me hace muy feliz estar aquí contigo.

—Aunque solo puedo compartir esta noche contigo. Mañana tengo que estar en programas de televisión.

—Está bien. Me conformo con este tiempo contigo a no tener nada.

Cuando llegaron al apartamento, rodeadas de la seguridad de la cantante, y por fin estuvieron a solas, se besaron con intensidad, casi con urgencia, antes de separarse apenas unos centímetros.

Susana ayudó a Eliz a desvestirse y a quitarse el maquillaje. Luego fue a preparar la ducha para ambas. Poco después, la cantante se acercó para ayudarla a quitarse el vestido.

—Me encantaba cómo te veías con ese vestido... pero me gusta más verte sin él —le susurró Eliz mientras bajaba el cierre lentamente—. Naciste en cuna de oro, ¿verdad? Hueles a dinero antiguo. Tu ropa... tú... todo en ti.

— ¿Te molesta?

—No. De hecho, me gusta.

— ¿Por qué?

Eliz la miró con una leve sonrisa, recorriéndola con la mirada.

—Porque eres una mujer culta, sofisticada, inteligente... interesante. Y sí, también rica.

Susana sostuvo su mirada, con un matiz más serio.

— ¿Confías en mí porque soy rica?

Eliz sonrió con diversión y luego la besó en los labios.

—No, no es por eso, tonta. Es por tu manera de ser conmigo. No hay nada más atractivo que eso para mí. Aunque vienes con el plus de ser guapa, sexy... y rica. ¿Tú te habrías enamorado de mí si no fuera una cantante famosa?

—Sí, me habría enamorado de ti.

—Pero no hubiéramos coincidido.

—Puede que no... pero aquí estamos.

Eliz dejó caer el vestido de Susana y volvió a besarla. Luego se apartó para entrar a la ducha, donde pasaron algunos minutos antes de salir y tumbarse en la cama. Allí les fue imposible no continuar lo que habían iniciado.

La cantante no tenía nada de sueño. La adrenalina de la noche la mantenía despierta, y sabía que le sería difícil dormir... sobre todo teniendo a Susana en su cama.

—Lástima que la noche sea tan corta —dijo Eliz, abrazándola.

Susana comenzaba a quedarse dormida entre sus brazos, con la cabeza apoyada en su pecho.

— ¿Aún no tienes sueño? —preguntó en un murmullo.

—No, aún no.

— ¿Quieres que hablemos?

—No... duerme. Descansa.

—Tú también deberías hacerlo.

—Ya me dormiré cuando me venza el sueño. Por ahora quiero ser consciente de que estás a mi lado.

Mary Elizabeth contempló a Susana dormir durante casi una hora. Sintió pequeños movimientos en su cuerpo, como reflejos del sueño; la escuchó quejarse suavemente y luego suspirar. Le acarició el rostro y besó con cuidado su frente, hasta que finalmente también se quedó dormida.

Mientras tanto, Samanta estaba quedándose sin uñas por los celos. Nunca imaginó que Mary Elizabeth llevaría a Susana a su apartamento para pasar la noche.

Eso implicaba un riesgo: que la prensa descubriera la relación y el misterio de la cantante dejara de serlo.

Samanta pasó casi toda la noche en vela, imaginando lo que podrían haber hecho juntas. Fue una tontería, lo sabía, pero aun así no logró pegar ojo.

Antes de las seis de la mañana, hora en la que debía estar en el apartamento de Eliz, llegó incluso antes de lo acordado. Llevaba una pequeña hielera con compresas para los ojos.

Sin dudarlo, irrumpió en la habitación de la cantante.

La asistente no pudo ignorar la manera en que estaban dormidas juntas en la cama. Ambas estaban desnudas bajo las sábanas y Susana descansaba sobre el pecho de la cantante. La rabia se le enroscó aún más en la garganta, y hizo ruido a propósito para despertarlas.

Tanto Eliz como Susana despertaron sobresaltadas. Al abrir los ojos, vieron a Samanta de pie en medio de la habitación, con unas compresas en la mano.

— ¿Qué haces aquí? —preguntó Eliz con voz molesta. Nunca le había hablado así, hasta ese momento—. Aún no son las seis. Falta media hora.

Susana notó cómo el rostro de Samanta cambiaba a uno de vergüenza. Sintió un poco de pena por ella... pero también sabía que se lo había buscado.

—Lo siento... yo... solo quería que tuvieras tus compresas frías.

—Dámelas y sal de la habitación. Espérame afuera.

Samanta dejó las compresas en la mesa de noche y salió sin decir nada.

Susana ayudó a Eliz a colocárselas. Permaneció en silencio hasta que la cantante habló.

—Lo siento si fui grosera con ella delante de ti. No suelo hablarle así a nadie... pero lo que hizo me molestó. Sabe que no debe entrar a mi habitación de esa forma. Sabe que, cuando no soy Eliz o no estoy a punto de serlo, mi vida privada es mía.

—Está bien, te entiendo.

—No sé qué le pasa últimamente.

—Quizá esté estresada... o tenga problemas personales.

—Pues si es así, que me lo diga y se tome unos días.

Eliz le prestó ropa a Susana. Se besaron antes de salir de la habitación y encontrarse con Samanta.

—No quería molestarte —dijo Samanta al verla.

—Pues lo hiciste. Quiero que entiendas algo: tengo una vida y una privacidad, y hay cosas que no quiero que nadie vea —dijo, colocándose ligeramente delante de Susana, cubriéndola de forma instintiva—. Ni siquiera tú, aunque te considere una amiga.

—Entiendo —respondió Samanta, bajando la mirada.

—Y ahora, dame el código de rastreo que te pedí. No me lo has dado.

Samanta se quedó pálida.

—Ya no lo tengo.

— ¿Lo borraste? Te lo pedí hace días y ahora me dices que lo borraste.

—Lo siento... se me olvidó.

Eliz frunció el ceño. Llevaba años trabajando con ella. Sabía perfectamente cuándo mentía.

—Mientes. Hay algo que no me estás diciendo. Si borraste el código... es porque fue tu culpa que la invitación no llegara a tiempo, ¿verdad?

La verdad se reflejó en el rostro de Samanta.

— ¿Se te olvidó? ¿De verdad esperas que crea eso? —dijo Eliz, con una ironía fría.

—Lo siento... no volverá a pasar.

Eliz le dio la espalda, molesta, y miró a Susana, que le sostuvo la mirada.

—No te enojés. Al final me llegó tu invitación... y pude venir.

Capítulo 17

—Sabes por qué no le creo —continuó Mary Elizabeth—. Samanta anota cada cosa que le pido o le digo. Por eso no le creo... lo hizo a propósito.

A Samanta se le llenaron los ojos de lágrimas. Susana se dio cuenta de que, aunque había intentado engañar a Eliz, se había equivocado. La cantante no tenía nada de ingenua.

— ¿Por qué no hiciste lo que te pedí? ¿Tienes algún problema con Susana? —preguntó Eliz, encarando nuevamente a Samanta—. ¿Te gusta ella?

Al escuchar eso, Samanta abrió más los ojos. Las lágrimas comenzaron a caer mientras negaba con la cabeza.

—No... nada de eso. Susana no me gusta.

—Entonces, ¿por qué hiciste lo que hiciste? Sabes lo mucho que quería que estuviera aquí.

Samanta respiró hondo.

— ¿Quieres saber por qué lo hice?

—Dímelo.

—Porque no quería que Susana estuviera cerca de ti. Soy yo quien está contigo día y noche. Quien te acompaña a todos lados, quien te cuida. Susana no te conoce como yo... ni te ama como yo te amo.

Eliz se quedó inmóvil. La miró con los ojos muy abiertos, intentando decir algo que no lograba salir. Cerró la boca y tragó saliva.

Susana observaba la escena sin poder creer que Samanta se hubiera atrevido a decirlo. Pero era evidente: los celos la habían

llevado hasta ahí.

—Yo solo te veo como una amiga, Samanta —dijo Eliz al fin—. Yo tengo sentimientos por Susana. Nunca te he mirado como la miro a ella.

— ¿Es porque no soy rica?

—No, Samanta.

— ¿O porque soy solo tu asistente?

—No es eso. Simplemente... no puedo quererte de esa manera.

El silencio se volvió pesado.

Samanta permaneció de pie, con la cabeza baja, secándose las lágrimas mientras intentaba controlarse. Eliz dudó un momento. Quería abrazarla, nunca había querido herir a nadie... pero sabía que acercarse ahora solo empeoraría las cosas.

Susana, al notar su incomodidad, se acercó y la abrazó.

—Creo que será mejor que hoy te tomes el día —dijo Mary Elizabeth tras unos segundos.

— ¿Qué? ¡No! Hoy tienes mucho trabajo —respondió Samanta de inmediato.

—No te preocupes por eso. Alguien más se encargará.

—No te daré más problemas. Te aseguro que... me limitaré a mi trabajo.

—Justo porque te considero una amiga, creo que necesitas unos días. Es lo mejor, Samanta.

Samanta dudó un instante.

—Está bien.

—Deja la agenda y todo lo necesario.

—Claro...

Se quitó los auriculares, dejó el celular y tomó el iPad de su mochila antes de entregarlo.

—Aquí tienes.

—Gracias. Tómame una semana. Luego hablamos.

—Bien... hasta luego.

Samanta salió de la estancia sin mirar atrás.

Cuando se quedaron a solas, el celular de Eliz comenzó a sonar en alguna parte de la habitación, por lo que empezó a buscarlo con cierta desesperación con ayuda de Susana. La cantante imaginó que sería su tía; ¿quién más podría llamarla a esa hora de la mañana? Pasaban cinco minutos de las seis.

Cuando por fin lo encontró, no se equivocó. Era Leila, quien ya le había llamado en más de dos ocasiones, por lo que Eliz le devolvió la llamada.

— ¿Ya te mostró Samanta las noticias?

— ¿Qué noticias?

— ¿Samanta aún no está contigo?

—Ella vino y se fue. Llegó más temprano de lo que debía, entró a mi habitación sin permiso, me molesté con ella y... además, fue ella quien retrasó el envío de la invitación de Susana.

— ¿Es verdad eso que me estás diciendo? —preguntó Leila sin poder creerlo.

—Ella misma lo aceptó, delante de Susana y de mí. Dice estar enamorada de mí.

Eliz escuchó el suspiro de su tía al otro lado de la línea.

—Eliz, ese es el menor problema que tienes ahora.

— ¿Problema? ¿De qué hablas? —inquirió confundida, mientras Susana se acercaba para escuchar.

—Los medios se fijan en todo, en los más mínimos detalles. Tú y Susana fueron tan poco discretas que ninguna se quitó la pulsera. Las dos están encabezando titulares y toda clase de rumores.

—Pero ¿quién se fijaría en unas pulseras?

—Aquellos que están atentos a ti y quieren saber todo de la superestrella misteriosa.

—Pero se supone que hoy vamos a dar entrevistas sobre mi nuevo álbum, no sobre si tengo o no un romance.

—Pues lo siento, vas a tener que hablar de ambas cosas.

— ¿De verdad Samanta no está contigo?

—No. Le di unos días libres. Prefiero que no esté cerca de mí por ahora.

Leila guardó silencio unos segundos.

—Pues ya veremos a quién ponemos en su lugar. Será muy difícil encontrar a alguien como ella.

—Tal vez, pero no se vale lo que hizo.

—En eso estoy de acuerdo.

— ¿Y si fue ella?

— ¿Quién dio la pista a los medios?

—No lo sé... ¿Crees que haya sido capaz?

—Después de lo que hizo, puede ser capaz de cualquier cosa por celos.

Al escuchar esto, Susana salió del apartamento de Eliz para ver si alcanzaba a Samanta. No era una mujer de peleas ni de discusiones, pero en esta ocasión necesitaba encararla y preguntarle de frente si había sido capaz de hacerle algo así a la mujer que decía amar.

— ¿A dónde vas? —le preguntó Eliz.

—A ver si alcanzo a Samanta y preguntarle si fue ella quien hizo esto.

—No hagan nada estúpido —advirtió Leila antes de que Eliz colgara y saliera detrás de Susana.

Como el elevador tardaba, bajaron corriendo por las escaleras para intentar alcanzarla, y lo lograron justo cuando estaba por salir. Susana se apresuró y la tomó del brazo.

—Espera un momento.

— ¡Suéltame! —dijo Samanta, apartando su mano—. ¿Qué pasa?

— ¿Por qué no dijiste nada de lo que está pasando con Eliz y conmigo en los medios? —preguntó Susana, mirándola a los ojos.

—Eliz ni siquiera me dio oportunidad de hablar —respondió Samanta, mirando a ambas—. Escucharon lo que quisieron escuchar.

— ¿Hiciste eso? —preguntó Eliz.

—No, no lo hice.

— ¿Cómo podemos creerte? —intervino Susana.

—Cree lo que quieras. Estoy despedida y, además, tenía un contrato de confidencialidad.

—No te he despedido.

—Aún no, pero lo harás. Suerte con los medios —dijo antes de salir del edificio.

Susana y Eliz regresaron al apartamento en silencio. Una vez dentro, en la seguridad de las cuatro paredes, Susana habló:

— ¿Qué vas a hacer?

Eliz la miró, confundida por un momento.

—No solo yo estoy en medio de esto, tú también. Eres la gestora de lujo más importante.

—Pero tú eres la famosa y misteriosa cantante Eliz.

—Yo prefiero decir la verdad. Que todos sepan que estamos saliendo y así nos ahorramos problemas más adelante. ¿Estás de acuerdo?

Susana guardó silencio. A sus treinta y cinco años nunca había tenido la necesidad de hablar abiertamente sobre sus

preferencias. Siempre dejó que los demás asumieran lo que quisieran. A diferencia de Vivian, ella proyectaba una imagen más femenina: vestidos en eventos, elegancia clásica, una vida perfectamente encajada en lo que todos esperaban.

Y, quisiera o no, eso también la había ayudado a llegar donde estaba. Porque, aunque nadie lo dijera en voz alta, el estigma seguía existiendo.

—Nadie, excepto Vivian, sabe que me gustan las mujeres —confesó al final.

Eliz la miró, incrédula.

— ¿Me estás diciendo que estás en el clóset?

— ¿Y tú me vas a decir que no?

El tono subió más de lo necesario. Ambas lo notaron. No iban por buen camino.

Eliz desvió la mirada primero.

—Yo solo me enfoqué en mi carrera —dijo, más calmada—. Quería llegar a la cima. Después de lo de mis padres, el amor fue lo último que me importó. Pero las cosas cambian... y pueden cambiar para bien.

La miró directamente.

Susana no sostuvo la mirada con la misma firmeza.

— ¿Y si no lo hacen?

El silencio cayó entre ellas, pesado. Había más preguntas que ninguna de las dos quería decir en voz alta.

Eliz respiró hondo.

—Diré que es coincidencia. No tienen pruebas, solo suposiciones.

Susana asintió, aunque no parecía convencida.

—Está bien... di eso por ahora.

No hubo más que decir.

En ese momento, el apartamento comenzó a llenarse de gente del staff. Voces, pasos, movimiento. La calma se rompió de golpe.

Leila entró casi de inmediato.

— ¿Ya decidiste qué vas a decirle a la prensa?

Su mirada pasó de Eliz a Susana en un segundo.

Algo no estaba bien. Se notaba.

Susana y Eliz se despidieron rápidamente. Sin detenerse más de lo necesario, Susana regresó al hotel para recoger sus cosas y volver a Querétaro.

Al llegar, vio el caos.

Reporteros apostados en la entrada principal, cámaras listas, micrófonos en alto.

No dudó.

—Déjeme en la parte trasera —le indicó al chofer.

Entró por una puerta de servicio que alguien del hotel le abrió tras un par de llamadas discretas. Subió a su habitación, recogió sus cosas, se dio una ducha rápida y se cambió de ropa.

Cuando tomó la prenda que Eliz le había prestado, se detuvo un segundo.

La acercó a su rostro.

El perfume seguía ahí.

Cerró los ojos un instante.

Y entonces, como si el gesto le pesara, la guardó en la maleta.

Minutos después bajó.

Esta vez no hubo forma de evitarlo.

Los reporteros la rodearon apenas puso un pie fuera del hotel.

— ¿Por qué usted y la cantante Eliz tienen una pulsera casi idéntica? Hemos notado que, al unir los dijes, forman un piano.

Susana arqueó ligeramente una ceja.

— ¿De verdad pasa eso? —preguntó, con una sonrisa que rozaba la incredulidad.

— ¿Conocía a la cantante antes de esa noche?

—No. No había tenido el placer de conocerla personalmente hasta ayer.

— ¿Ha visto las fotos que les tomaron?

—No he tenido tiempo —respondió, manteniendo el tono sereno.

—Hacen una muy bonita pareja. Hubo miradas... muy cómplices.

Esta vez sonrió apenas, con un toque de ironía.

—Qué imaginación. Supongo que es porque ella es muy carismática. Es difícil no corresponderle.

— ¿Dónde pasó la noche? Se dijo que no estaba en el hotel.

Susana sostuvo la mirada del reportero.

—Estaba descansando. Pedí discreción, nada más.

— ¿Ya se va de la ciudad?

El taxi llegó en ese momento.

—Así es. Tengo trabajo que atender.

No esperó más.

Subió al auto en cuanto el botones colocó su maleta en la cajuela.

La puerta se cerró.

Y solo entonces, cuando el ruido de las voces quedó atrás, Susana dejó caer la cabeza contra el respaldo y soltó el aire contenido.

Había salido limpia.

Pero no ilesa.

Mientras que Eliz apenas pisó el primer foro para la entrevista, un grupo de reporteros ya la esperaba.

Micrófonos alzados. Cámaras encendidas.

Y una sola pregunta flotando en el aire.

Susana Sterling.

Aunque la mañana había comenzado con caos, Eliz les regaló una sonrisa apenas los vio.

Por un segundo, extrañó a Samanta.

No por compañía... sino por la barrera que sabía imponer entre ella y la prensa.

Hoy estaba sola.

— ¡Eliz! Buenos días, ¿podrías hablarnos un momento?

—Buenos días. No tengo mucho tiempo —respondió sin perder la sonrisa, ocultando la mirada tras unas gafas oscuras.

No se detuvo. Caminó.

Ellos también.

— ¿Tienes una relación sentimental con Susana Sterling?

Eliz dudó apenas una fracción de segundo.

—No... pero es una mujer muy guapa.

Algunos murmullos se levantaron de inmediato.

— ¿Eso quiere decir que te gustan las mujeres?

Esta vez, la sonrisa se tensó apenas.

—Quiere decir que sé reconocer cuando alguien es atractivo. Pensé que estaban aquí por mi álbum.

—Es que anoche vimos algo curioso —insistió otro—. La pulsera que llevas... y la de ella.

Eliz bajó ligeramente la mirada hacia su muñeca, como si la viera por primera vez.

— ¿Y qué tiene?

—Que juntas forman un piano. Tú tienes una mitad y ella la otra.

Eliz soltó una pequeña risa, medida.

—Qué coincidencia tan creativa.

— ¿Coincidencia? ¿No es un símbolo entre ustedes?

Por primera vez, Eliz guardó silencio un segundo más de lo necesario.

—Creo que a veces vemos historias donde solo hay accesorios —respondió finalmente.

Reanudó el paso con más decisión.

Pero la presión no cedía.

—Anoche también se les vio muy cercanas. ¿Son amigas? ¿Algo más?

Eliz se detuvo. No completamente... lo suficiente. Giró apenas el rostro hacia ellos.

—Soy una persona bastante reservada con mi vida privada. Y hoy vine a hablar de música.

Siguió caminando, esta vez, sin mirar atrás.

La entrada al foro frenó a los reporteros y le dio el respiro que necesitaba, pero no el alivio. Porque sabía que aquello no se iba a detener. Su álbum era un éxito. Pero su nombre ahora estaba en otro tipo de titulares. Y lo peor... No era que estuvieran equivocados. Era que cada vez estaban más cerca de acertar.

Capítulo 18

Cuando Susana llegó a Querétaro, no le pareció extraño encontrar medios de comunicación afuera del aeropuerto ni ver las llamadas perdidas de sus padres y de Vivian.

Era justo lo que había querido evitar.

Una cosa era aparecer en revistas sociales, en eventos exclusivos, en notas de negocios y otra muy distinta... era convertirse en tema de chismes, farándula, rumores y exposición.

Tal como lo había hecho a la salida del hotel, respondió con calma, con elegancia... con una seguridad que no sentía. Por dentro, el miedo le apretaba el pecho.

Cuando finalmente llegó a su apartamento, cerró la puerta y apoyó la espalda contra ella.

Silencio.

Por unos segundos, se sintió a salvo. Pero solo por unos segundos. Sabía que no podía evitarlo para siempre. Tarde o temprano tendría que hablar con sus padres... y con Vivian.

Con Vivian sería más sencillo. Con sus padres... no estaba tan segura.

Ellos sabían sobre Vivian, sobre su vida, sobre sus libros.

Incluso recordaba cómo, en algún momento, el padre de Vivian había llegado a pensar que ellas dos eran pareja.

Pero saberlo de otra persona... No era lo mismo que saberlo de su propia hija.

Susana caminó hacia su oficina, sin quitarse los tacones, y comenzó a dar vueltas. Una y otra vez. No entendía por qué el miedo había llegado con tanta fuerza.

Había construido una vida sólida, respetada, intocable. Y, aun así... bastó una pulsera para que todo tambaleara.

Quizá no era solo el presente. Quizá era el pasado. Recordó la preparatoria. Antes de Vivian. Antes de entenderse a sí misma.

Recordó a aquellas dos compañeras. Las risas. Los insultos. Y luego... la violencia. El hospital. El silencio incómodo de todos. Y la injusticia.

Ese recuerdo nunca se había ido del todo. Solo había aprendido a esconderlo. A vivir con cuidado. A no exponerse. A no arriesgarse. Hasta ahora.

Susana se detuvo en seco. Se miró en el reflejo del ventanal y tomó una decisión. Por ahora... lo mejor sería tomar distancia. De Eliz, de todo. Esperar a que la prensa se cansara, a que el interés muriera. A que todo volviera a la normalidad.

A sus padres les negaría todo.

A Vivian... le diría la verdad, pero no por teléfono.

Cuando la llamó, la escritora respondió casi de inmediato.

—Me alegro por ustedes —dijo Susana al escuchar que estaba ayudando a Aurora con su mudanza.

—Gracias. Oye... ¿es verdad lo que se ha dicho en los medios sobre tú y la cantante Eliz?

Susana cerró los ojos un instante.

— ¿Cuándo podemos vernos tú y yo a solas? —preguntó, seria.

Hubo un pequeño silencio al otro lado.

—Pasado mañana, por la tarde. ¿Te parece?

—De acuerdo. Te espero en mi apartamento.

Colgó.

Respiró hondo y marcó a sus padres. Les dijo exactamente lo que necesitaban escuchar, que eran rumores. Que solo coincidieron

en una pulsera. Nada más. Nada importante. Nada real.

Tres días después, el ruido comenzó a bajar. Los medios se enfocaron en otras historias, otros escándalos. Pero no todos olvidaron. Los fans... no. Ellos no soltaron la idea. La alimentaron, la hicieron crecer, historias, teorías, fantasías.

Y sin darse cuenta...

Lo que había comenzado como un rumor...

Empezaba a tomar forma propia.



El día para Eliz estaba siendo un completo caos. Sin Samanta, que ya sabía perfectamente qué hacer y qué no, la nueva asistente apenas lograba seguir el ritmo. Estaba muy lejos de estar a su nivel.

Tanto Leila como Eliz habían hecho un esfuerzo por no perder la paciencia, pero al final fue imposible. Su falta de experiencia con los medios, las redes y la organización del día a día terminó por hacer más evidente todo lo que Samanta sí hacía bien.

—¿Por qué diablos le dijiste a Samanta que se fuera justo ahora? —reclamó su tía en cuanto llegaron al apartamento, después de haber despedido a la nueva asistente—. Estamos hasta el cuello de trabajo.

—Ella sabía que iba a pasar la noche con Susana —respondió Eliz, aún molesta—. ¿Qué le costaba tocar la puerta? Que me vea a mí no le da derecho a entrar así... y menos a vernos a las dos.

—Te entiendo, pero quizá pensó que Susana ya se había ido.

—Aun así debía tocar —insistió—. Entró porque cree que tiene cierto derecho sobre mí.

Leila la observó en silencio unos segundos.

—Y la echaste porque te pusiste celosa.

—No me puse celosa.

—Sí lo hiciste —replicó con calma—. Te he visto cómo miras a Susana cuando está con otras personas... sobre todo con mujeres. No soportaste que Samanta la viera.

Mary Elizabeth no respondió.

El silencio fue suficiente.

Sabía que su tía tenía razón.

No había sido solo la invasión a su privacidad.

Había sido la forma en que Samanta había visto a Susana.

Demasiado.

—Llámalas —dijo Leila, extendiéndole el celular.

—¿Qué? No voy a llamarla —respondió, apartándose como si el teléfono fuera a quemarla.

—Hazlo tú o lo hago yo.

Eliz dudó, mirando el celular.

—Entonces hazlo tú.

Leila suspiró, tomó su mano y le dejó el teléfono en la palma con firmeza.

—Eres tú quien debe llamarla y pedirle disculpas. No estamos en posición de trabajar con asistentes principiantes.

—Dijiste que lo harías tú si yo no quería.

—Solo quería ver si tenías un poco de conciencia —respondió Leila con frialdad—. Pero veo que no. Llámalas.

Mary Elizabeth tomó el celular a regañadientes y marcó.

Samanta vio el nombre en la pantalla.

No respondió.

Siguió mirando la televisión, más por inercia que por interés, mientras dejaba que el teléfono vibrara en su mano.

No tenía prisa. Después de todo, por primera vez en mucho tiempo... nadie la necesitaba. O eso quería creer.

El celular dejó de sonar.

Volvió a sonar.

Y otra vez.

—Te dije que no iba a responder —murmuró Eliz, dejando caer el teléfono sobre la mesa.

—Pues insiste.

—No lo haré.

Leila tomó el celular sin pedir permiso y volvió a marcar.

Esta vez, Samanta suspiró, pausó la película y respondió... pero no dijo nada.

—Samanta, soy Leila —habló directamente—. Te llamo por ambas, pero sobre todo por mí. Necesito que regreses.

Silencio.

Samanta apretó ligeramente el celular.

—¿Estás segura de que Eliz quiere eso? —preguntó al fin, midiendo cada palabra.

No sonaba dolida.

Sonaba contenida.

—Sí. Esto sin ti es un caos.

Otro silencio.

Samanta miró a su alrededor. Su casa. Su espacio.

Todo lo que había conseguido... y que casi nunca disfrutaba.

Y aun así, se sentía vacío.

—Volveré —dijo finalmente—. Pero solo por un tiempo.

Leila frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

—Hasta que encuentren a alguien que pueda reemplazarme —respondió con calma—. Después me iré.

Esta vez, sí hubo una pausa del otro lado.

—¿Piensas dejarnos?

—Creo que es lo mejor —añadió, bajando la voz—. Para todos.

Samanta estuvo de vuelta al día siguiente, pero su comportamiento hacia Eliz ya no era el mismo. Se volvió más fría, educada y distante, con la misma eficiencia de siempre... pero ya no era lo mismo. Se limitaba a cumplir con su trabajo y a dirigirse a ella solo cuando era necesario.

Eso fue lo que más le pesó a Eliz. No la discusión. No la confesión. Sino el silencio.

Fueron cinco días largos y agotadores. Entrevistas, firmas, cámaras, sonrisas que tenía que sostener incluso cuando no tenía ganas.

Y en medio de todo eso... Samanta. Siempre cerca. Siempre correcta. Siempre distante.

Los silencios entre ambas, que antes eran cómodos, ahora se sentían tensos, forzados, como si cualquier palabra de más pudiera romper algo que ya estaba agrietado.

Durante esos días, Eliz casi no tuvo tiempo para Susana.

Solo mensajes breves por las noches. Respuestas cortas. Sin profundidad. Eso también le inquietaba.

La mañana en la que debía tomar un vuelo, con el tiempo justo antes de abordar, decidió llamarla.

Samanta estaba a unos pasos, revisando el itinerario en su tableta, fingiendo no prestar atención... aunque cada gesto de Eliz le decía que algo no estaba bien.

—Hola... ¿cómo estás? —preguntó Eliz, intentando sonar tranquila.

—Bien. ¿Y tú? ¿Cómo ha ido todo?

—Cansada... pero bien. Parece que las cosas se han calmado un poco con lo que ha sacado la prensa sobre nosotras.

—Suená bien... —hubo una pequeña pausa—. Sobre eso...

Eliz se tensó apenas.

—Dime.

Del otro lado, Susana dudó más de lo que le habría gustado.

—Creo que será mejor que no nos veamos... al menos no en estos días que estarás en la ciudad.

El silencio que siguió fue pesado.

Samanta levantó la vista de reojo.

No escuchaba todo... pero entendía lo suficiente.

— ¿Por qué? —preguntó Eliz, con un tono más seco de lo que pretendía.

—Todo lo que ha pasado es muy reciente... y si nos siguen viendo juntas...

No terminó la frase.

Pero Eliz entendió.

Susana tragó saliva.

Recordó la conversación con Vivian, las dudas, el miedo.

Recordó haber negado todo frente a sus padres... frente a su propio entorno.

Y aun así, ahora mismo... se sentía peor.

—Ya te dije que a mí no me importa que sepan que estoy saliendo contigo.

Otra pausa. Esta vez más larga.

—Pero a mí sí.

Samanta apretó la mandíbula.

La respuesta dejó a Eliz en silencio. No era lo que quería escuchar. No después de todo.

La desilusión llegó primero. El enojo, después.

—Pensé que eras más valiente —dijo al final, sin suavizar las palabras—. Creí que Susana Sterling tenía más valor... pero veo que solo me engañó su apariencia.

Eliz colgó mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

Le dio la espalda a Leila y a Samanta, que se encontraban con ella junto a parte de su equipo. Ninguna había escuchado la conversación, pero no hacía falta.

Algo había cambiado y Samanta lo supo de inmediato.

El gesto de Eliz, la forma en que evitó mirarlas... fue suficiente. No pudo evitar sentir coraje.

Cuando por fin la dejaron en su casa, el silencio la envolvió por completo. Fue entonces cuando se quebró. Las lágrimas llegaron sin contención. Nunca imaginó que Susana se alejaría justo cuando todo salía a la luz. Apretó los labios, intentando calmarse.

Se alegró, al menos, de no haber dicho ante los medios que ese álbum estaba inspirado en la mujer que amaba. De haberlo hecho... ahora se sentiría expuesta. Ridícula.

Cerró los ojos.

Se había enamorado de alguien que no estaba lista y eso dolía más de lo que quería admitir.

La semana que había imaginado a su lado se desmoronó en su mente, dejándola con una sensación de vacío difícil de ignorar.

Por su parte, Susana deseaba verla. Lo necesitaba. Pero el miedo la mantenía contenida. Trabajo. Casa. Silencio. Y esa sensación constante de estar siendo observada.

Miraba sobre su hombro, revisaba cada rincón, cada reflejo en los cristales. No era paranoia. Había ojos sobre ella... aunque no de la forma en que imaginaba. Aun así, la presión era suficiente para paralizarla.

Samanta, en cambio, permanecía en su casa, sumida en sus propios pensamientos.

El rechazo seguía ardiendo. Pero esta vez no podía mentirse. Había cruzado una línea.

Se pasó una mano por el rostro, cansada.

Se dejó llevar por la rabia... por los celos... por la necesidad de retener algo que nunca fue suyo.

Sabía que había intentado forzar lo imposible y que, al final, ese tipo de errores siempre se pagaban.

Exhaló lentamente.

Ahora solo le quedaba asumirlo...

Y decidir qué hacer con lo que aún sentía.

Capítulo 19

Susana se sentía inquieta en su segunda tarde libre, en la que sabía perfectamente que Eliz estaba en la ciudad.

Las ganas de ir a su casa le carcomían las entrañas de una forma que no podía ignorar, como una necesidad constante que la empujaba a levantarse, tomar las llaves e ir sin pensar. Pero no debía.

No después de lo que había dicho.

No después de haber sido ella quien puso distancia.

Sin embargo, en un impulso que no logró controlar, salió de su apartamento y condujo por las calles que llevaban directamente hacia la casa de la cantante. No fue hasta que reconoció una de las avenidas principales que se dio cuenta de lo que estaba haciendo.

Apretó el volante. Se obligó a reaccionar y giró en la siguiente esquina, cambiando de dirección como si huyera de sí misma. Se sentía perdida. No solo en la ciudad, sino en lo que estaba haciendo con su propia vida. Sin saber a dónde ir realmente, tomó su celular y llamó a Vivian.

— ¿En dónde estás? — preguntó apenas su amiga tomó la llamada.

— En casa de Aurora. ¿Por qué?

Susana dudó unos segundos, mirando el camino frente a ella.

— Quería verte... pero no te preocupes, nos vemos otro día.

— No importa — respondió Vivian con naturalidad —. Aurora aún no llega.

Susana frunció ligeramente el ceño.

— ¿Y qué haces en su casa si ella no está?

—Esperarla, ¿qué más? — respondió con un tono relajado —. Calentarle la comida, acomodar unas cosas... ese tipo de cosas que no entiendes.

El comentario, aunque ligero, le cayó más hondo de lo que esperaba. Y entonces, sin querer, recordó a Eliz en la cocina. La forma en que había hecho algo solo para ella.

—Entonces envíame la dirección — dijo finalmente.

—Te la mando ahora.

Aunque no quería ser un estorbo para la pareja, ni irrumpir en algo que claramente era íntimo entre ellas, la curiosidad pudo más. Quería ver ese nuevo espacio... entender en qué punto estaba Vivian, y quizá, sin admitirlo, compararlo con lo que ella había perdido.

Al llegar, se dio cuenta de que el lugar poco tenía que ver con las descripciones que Vivian le había dado alguna vez del antiguo hogar de Aurora en la Ciudad de México.

El vecindario era bonito, tranquilo. No era una zona de lujo, pero sí tenía ese aire de estabilidad que no todos podían permitirse.

Cuando llamó a la puerta, Vivian abrió casi de inmediato, como si hubiera estado esperando.

—Pensé que te arrepentirías — dijo con una leve sonrisa.

—Lo pensé — respondió Susana entrando.

Sin poder evitarlo, lo primero que hizo fue recorrer la estancia con la mirada.

La sala seguía siendo sencilla, pero ya no se sentía vacía.

Había un solo sofá, sí, pero ahora también un puf, una mesa con libros apilados, una laptop abierta.

Vida. Había vida ahí. Detalles que no pertenecían a Aurora... sino a Vivian. Cosas pequeñas, pero suficientes para dejar claro que ya no era solo una visita. Susana lo entendió sin que nadie tuviera

que decírselo. Vivian ya no estaba “pasando tiempo” ahí. Estaba quedándose. Y por alguna razón, eso le apretó el pecho.

—Siéntate —le dijo Vivian, señalando el sofá—. ¿Quieres algo de beber?

—Estoy bien por el momento —respondió Susana, acomodándose con cierta rigidez, como si no terminara de encontrar su lugar.

Vivian la observó en silencio unos segundos, apoyándose contra el respaldo de una silla, con los brazos cruzados.

— ¿Para qué querías verme?

— ¿No puedo ver a mi amiga? —respondió Susana con una ligera sonrisa que no le llegó a los ojos.

Vivian no insistió de inmediato. La conocía demasiado bien como para no notar que algo no encajaba. En lugar de presionarla, dejó que el silencio hiciera su trabajo.

Susana desvió la mirada, recorriendo de nuevo la sala. Los detalles eran claros: libros apilados, una taza a medio usar, una chamarra sobre el respaldo. Vivian ya no “visitaba” ese lugar... vivía ahí.

—Entonces... ¿cuándo piensan casarse? —preguntó, intentando sonar ligera.

Vivian soltó una pequeña risa.

—Aurora dice que hasta que se gane la lotería.

—Ya estuvo que se quedan para vestir santos —bromeó Susana—. ¿Al menos lo está intentando?

—Lo está —confirmó Vivian—. Aunque ya le dije que deje de gastar su dinero. Se va a volver adicta a los juegos de azar.

Hubo una pausa breve.

—Aun así... no creo que haga falta una boda —añadió Susana, mirando alrededor otra vez—. Parece que ya vives más aquí que en tu casa.

Vivian inclinó ligeramente la cabeza, mirándola con intención.

—Pues cuando hay una oportunidad... debe tomarse —dijo con calma—. Y yo la estoy aprovechando.

El comentario cayó directo.

Susana sostuvo su mirada unos segundos más de lo necesario. Entendió perfectamente lo que Vivian estaba diciendo... y lo que no estaba diciendo.

Antes de que pudiera responder, la puerta se abrió.

—Ya llegué —anunció Aurora desde la entrada, rompiendo la tensión que se había formado en la sala.

El ambiente cambió de inmediato.

Susana se quedó un rato más, lo suficiente para mantener la normalidad, para fingir que solo había sido una visita casual. Pero incluso mientras conversaban, su mente no estaba ahí.

Una hora después, regresó a su apartamento. El silencio la recibió como un eco. Las palabras de Vivian seguían repitiéndose en su cabeza.

“Cuando hay una oportunidad... debe tomarse.”

Se dejó caer en el sofá, mirando al vacío. Lo que había comenzado como algo simple, casi un accidente... ya no lo era.

No había sido una noche.

No había sido un juego.

No había sido pasajero.

Mary Elizabeth se le había metido bajo la piel. En la forma en que la miraba. En cómo pronunciaba su nombre. En la manera en que la tocaba, como si no tuviera prisa... como si realmente la quisiera ahí.

Cerró los ojos. Su cuerpo reaccionó antes que su razón, traicionándola con la memoria. Y entonces dolió.

No verla.

No tocarla.

No permitirse ir.

Susana apretó los labios, incorporándose lentamente. Porque lo peor no era lo que sentía... Sino que, aun sintiéndolo así, había decidido alejarse.

Se encontraba pensando en todo aquello cuando alguien llamó a la puerta de su apartamento. El sonido la sacó de golpe de sus pensamientos. Frunció el ceño. No esperaba a nadie.

Se levantó con cierta desconfianza y caminó hasta la puerta. Miró por la mirilla... y su expresión cambió de inmediato.

Samanta.

Sintió un mal presentimiento que le recorrió el cuerpo. Aun así, abrió.

— ¿Qué quieres? —preguntó sin rodeos.

Samanta la sostuvo la mirada, seria, sin rastro de la actitud sumisa de días atrás.

—Hablar contigo.

—Tú y yo no tenemos nada de qué hablar.

—Claro que sí. De Eliz.

El nombre bastó.

Susana miró rápidamente hacia el pasillo, asegurándose de que no hubiera nadie cerca. Dudó apenas un segundo... y luego se hizo a un lado.

—Pasa.

Samanta entró sin agradecer, observando el lugar con una calma que rozaba lo incómodo.

La puerta se cerró.

El silencio entre ambas era tenso, cargado.

—Eliz no te quiere —soltó Susana, cruzándose de brazos, a la defensiva—. No entiendo qué es lo que buscas.

Samanta soltó una pequeña risa seca, sin humor.

—Ya sé que no me quiere. No tienes que recordármelo.

La molestia se le notaba en la voz... pero también algo más profundo. Dolor, rabia contenida. Susana no dijo nada.

—Pero al parecer —continuó Samanta, dando un paso hacia ella— la persona que sí quiere... es una completa cobarde.

El golpe fue directo.

Susana tensó la mandíbula.

—La imponente, segura, intocable Susana Sterling... —añadió con ironía— resulta ser una mujer que prefiere esconderse, guardar las apariencias... antes que aceptar el amor de alguien que la ama de verdad.

Susana parpadeó, confundida, incómoda.

— ¿De qué estás hablando?

Samanta la miró con incredulidad.

— ¿En serio no lo sabes?

Se acercó un poco más.

—El álbum de Eliz... lo hizo para ti.

El mundo de Susana pareció detenerse un segundo.

— ¿Qué...?

—Lo que escuchaste —dijo, sin suavizar nada—. Está inspirado en ti. En lo que la haces sentir. En lo que eres para ella.

Cada palabra pesaba.

—Cada letra habla de ti. Cada canción es tuya.

El silencio que siguió fue más fuerte que cualquier grito.

—Eres una estúpida —remató Samanta, sin piedad—. Estás haciendo sufrir a alguien que te ama de verdad.

Susana sintió cómo algo dentro de ella se movía... incómodo, doloroso.

— ¿De verdad...? —murmuró, más para sí misma que para ella.

—Sí, boba —respondió Samanta, con desprecio—. Y no te la mereces.

Susana levantó la mirada, herida.

—Yo la quiero.

—Pues demuéstalo —disparó Samanta de inmediato—. Porque ahora mismo lo único que estás haciendo es esconderte mientras ella da la cara por las dos.

Las palabras cayeron con precisión. Sin exageración. Sin adornos. Verdad pura.

Samanta caminó hacia la puerta, pero antes de salir se detuvo. Sin girarse del todo.

—Lesbiana o no, ya eres alguien importante. Ya hiciste tu vida. No tienes nada que perder... y aun así eliges esconderte.

Giró apenas el rostro. Se hizo un pequeño silencio. Luego añadió, más bajo, pero igual de firme:

—Una última cosa.

— ¿Qué?

El sonido de la bofetada cortó el aire. Seco. Directo. Sin titubeos. Susana se quedó inmóvil, con el rostro ladeado por el impacto.

Samanta bajó la mano lentamente.

—Por hacerla llorar.

Susana no respondió. No podía.

Samanta abrió la puerta.

—Me voy —dijo, ya sin mirarla—. Y sí... estoy satisfecha.

La puerta se cerró. El silencio regresó. Pero esta vez no era el mismo.

Susana llevó la mano a su mejilla, sintiendo el ardor... pero lo que más dolía no era el golpe. Era todo lo demás. No perdió más tiempo. Tomó sus llaves casi sin pensarlo y salió del apartamento.

Esta vez no dudó.

Esta vez no huyó.

Condujo directo a casa de Mary Elizabeth.

Mary Elizabeth había pasado esos días en casa. Primero llorando... y luego, cuando ya no le quedaban lágrimas, simplemente se sintió vacía.

Tonta.

Como si todo lo que había vivido con Susana hubiera sido un espejismo. Como si hubiera estado perdida en un desierto, y la sed la hubiera hecho imaginar un oasis que nunca existió.

Sin nada que hacer, se había dedicado a permanecer tumbada en el sofá, con la televisión encendida más como ruido que como distracción.

Cuando el timbre sonó, la sacó de su letargo. Frunció el ceño. No era algo habitual. Muy pocas personas sabían dónde vivía... y menos aún se atrevían a presentarse sin avisar. Su tía, Susana... y Samanta.

Pero Susana y Samanta eran, precisamente, las últimas personas que esperaba ver. Así que asumió que era su tía.

No quería ver a nadie. No tenía ganas de hablar, ni de fingir que estaba bien. Pero tampoco podía darse el lujo de ser grosera con la única persona que siempre estaba para ella.

Con pereza, arrastrando los pies, caminó hasta la puerta. No preguntó quién era. Solo abrió. Y se quedó congelada.

Susana. De pie frente a ella.

— ¿Qué haces aquí? —preguntó, sin ocultar el enojo.

—Verte... hablar contigo.

Mary Elizabeth soltó una risa corta, amarga.

— ¿Ah, sí? ¿Estás segura de querer estar aquí? Porque cuando me llamaste dejaste bastante claro que no querías verme.

—Lo sé... y lo siento.

Las palabras no ayudaron.

Al contrario.

Los ojos de Mary Elizabeth se llenaron de lágrimas, pero esta vez no eran de tristeza... eran de frustración, de enojo contenido. De decepción. No quería discutir. No quería volver a abrir algo que ya dolía demasiado. Todo lo importante ya se lo había dicho Susana... por teléfono. Ni siquiera había tenido el valor de decírselo de frente.

Sin más, Mary Elizabeth tomó el picaporte para cerrar la puerta. Pero Susana fue más rápida. Sabía que si la dejaba cerrar, no tendría otra oportunidad.

La rodeó con los brazos, con firmeza... sin hacerle daño, pero sin darle opción de escapar. Tal como esperaba, Mary Elizabeth se resistió.

Forcejeó.

—Suéltame —protestó, intentando apartarse—. No tienes derecho a tocarme.

—Lo sé —dijo Susana, sosteniéndola—. Sé que fui una estúpida... egoísta y cobarde.

Mary Elizabeth dejó de moverse apenas un segundo.

—Pero te quiero.

La respuesta fue inmediata.

Cortante.

—Lo dudo.

Volvió a intentar soltarse.

—Si de verdad me quisieras, no hubieras hecho lo que hiciste —su voz se quebró, traicionándola—. Me hacía ilusión... ¿sabes? Pasar estos días contigo.

Eso no lo había dicho antes.

Eso dolía más.

—Pero en cuanto las cosas se complicaron... huiste.

El silencio pesó entre ambas.

— ¿Crees que a mí me gusta que la gente esté pendiente de cada paso que doy? —continuó, ahora mirándola directamente—. No me gusta.

Negó con la cabeza, con amargura.

—Pero es el precio que tengo que pagar.

Su voz bajó.

Más firme.

Más real.

—Y tú no estás dispuesta a pagar nada de eso.

—Tienes razón en estar molesta... y sí, todo en esta vida tiene un precio. Sé que fui muy cobarde, pero he recapacitado. Además... te extraño demasiado. Saber que estás cerca y no poder estar contigo... es como estar encadenada frente a una fuente inagotable de agua y morir de sed.

Eliz negó, con los ojos brillosos.

—No te creo. Ese día actuaste como si no te importara nada de lo que yo sintiera.

—Me importa... y me odio a mí misma por haberte hecho llorar.

—Mentirosa —dijo, rompiéndose—. Mientes. No me quieres... todo lo que dices es mentira. ¡Suéltame!

—Sé que soy una cobarde, pero te quiero —insistió Susana, sin soltarla—. No soy perfecta, Eliz. Soy temerosa... y, al igual que tú, también tengo mis propios traumas. Pensé que no me daría miedo, pero sí me dio.

Su voz bajó, más honesta.

—Para mí eras inalcanzable... una estrella brillando en lo alto.
Con toda esa fama... jamás creí que te fijarías en alguien como yo.

Eliz dejó de forcejear.

Se quedó quieta.

No porque ya no doliera... sino porque, por primera vez,
Susana no estaba justificándose... estaba siendo sincera.

—Perdóname, Eliz —pidió en voz baja—. Sé que fui una
tonta... pero te quiero.

Se inclinó y rozó su cuello con los labios.

Eliz volvió a tensarse.

—Déjame...

—Yo sé que tú también me extrañas —susurró Susana,
ignorando la resistencia.

Eliz cerró los ojos.

—No debo quererte.

Susana la soltó entonces y la obligó suavemente a mirarla de
frente.

—Te voy a hacer una pregunta... y sea cual sea tu respuesta,
la voy a aceptar. No voy a insistir.

Eliz tragó saliva.

—Dime.

— ¿Quieres que me quede... o que me vaya para siempre?

Se miraron.

Segundos que pesaron como minutos.

Como si en ese silencio se decidiera todo.

—Vete... —susurró Mary Elizabeth.

Fue apenas un hilo de voz. Pero fue suficiente para romperlo
todo. Las lágrimas escaparon sin que pudiera detenerlas.

Susana asintió.

—De acuerdo.

Se dio la vuelta. Y caminó hacia la salida.

Un paso.

Dos.

— ¿Así de fácil te vas? —la voz de Eliz tembló, cargada de rabia y dolor—. ¿Así de fácil te rindes?

Susana se detuvo. Se giró. Y esta vez no pensó. Regresó hacia ella con paso firme, la tomó entre sus brazos y la besó. No fue un beso bonito. Fue torpe. Intenso. Desordenado. Cargado de todo lo que no habían sabido decirse.

De rabia, de miedo, de necesidad. Pero también de algo más profundo. Algo que ninguna de las dos podía negar.

Poco a poco, la tensión cedió. El beso encontró un ritmo. Un compás compartido. Y en ese instante... todo lo demás dejó de importar.

Capítulo 20

Susana se quedó a pasar la noche con Eliz. Sus besos y caricias dijeron más que cualquier palabra que pudiera salir de sus labios. Había sido una tonta, pero quizás aquello le había servido para darse cuenta de que sin Eliz no podía vivir.

Aunque la mayor parte del tiempo estuvieran lejos, de alguna manera siempre la sentía cerca. La esperanza de volver a verla terminaba siendo más fuerte que la distancia.

Eliz fue consciente de la forma en que Susana la besó, la acarició y le hizo el amor aquella noche. Sus besos tenían un rastro de culpa y dolor, pero también estaban cargados de afecto y ternura. Sus caricias fueron suaves y lentas; no hubo espacio de su piel que no fuera alcanzado por las manos de Susana.

La manera en que le hizo el amor, distinta a las veces anteriores, terminó de desvanecer aquel pequeño disgusto que aún permanecía escondido en alguna parte de su dolido corazón.

Entendió que nadie era perfecto. Ni ella ni Susana lo eran. Ambas cargaban miedos, inseguridades y heridas que venían arrastrando desde hacía años, pero para eso existía la comunicación.

Cuando las dos alcanzaron el orgasmo, el que parecía ser el último de aquella noche, Susana se acomodó a su lado. Le rodeó el vientre con un brazo y apoyó la cabeza sobre su otra mano. Permaneció observándola en silencio, mientras Eliz la miraba sin saber qué era lo que cruzaba por su mente.

Hubiera dado cualquier cosa por descubrirlo.

—Perdóname por haber sido cobarde y haberte hecho llorar. Ya no voy a esconderme.

Eliz le acarició lentamente el rostro.

— ¿Cuánto tiempo vas a seguir torturándote con eso?

Susana dejó escapar una pequeña sonrisa triste.

—No lo sé. Quizás hasta que mi conciencia se calme.

— ¿No has escuchado esa frase que dice “ama, perdona y olvida y serás feliz toda la vida”?

—Creo que no.

—Pues deberías hacerle caso.

Susana la miró con intensidad. Aunque Mary Elizabeth ya le había contado casi todo sobre su vida, aún había una cosa de la que nunca hablaba demasiado: su padre.

— ¿Y tú? ¿Ya has perdonado a tu progenitor? —se atrevió a preguntar, aunque sabía que estaba tocando un tema delicado.

El rostro de Eliz cambió apenas. Se tensó por un momento y luego volvió a relajarse. Hundió el rostro en el cuello de Susana y permaneció allí varios segundos antes de responder.

—No... no del todo —reconoció al final—. Está en una residencia donde reciben cuidados personas de su edad. Yo me hago cargo de todos sus gastos, pero todavía hay una parte de mí que sigue resentida con él.

Susana le acarició lentamente el cabello.

—Lo entiendo. No puedo juzgarte. Como hija debió ser muy doloroso todo lo que te hizo.

Hubo unos segundos de silencio antes de que Mary Elizabeth volviera a hablar.

— ¿Tienes miedo de que tus padres te rechacen?

—No, mis padres no serían capaces de hacer algo así. Todo ha sido cosa mía, pero no volverá a pasar, te lo prometo.

Eliz no respondió de inmediato. Solo la observó en silencio y luego le acarició el rostro con suavidad, como si todavía intentara comprender todos los miedos que Susana llevaba dentro.

Durante los días libres que le quedaban a Mary Elizabeth, Susana pasó la mayor parte del tiempo en casa de la cantante. Eliz prácticamente no hacía más que descansar, cocinar y preparar postres para ella, mientras Susana encantada se comía todo lo que le preparaba.

Aquellos días fueron tranquilos, simples y silenciosamente felices.

Después, Eliz volvió a la Ciudad de México para comenzar los ensayos de la gira. Estos se llevarían a cabo en un estudio privado, con acústica perfecta y estricta seguridad, algo que la cantante había exigido desde el principio, sobre todo ahora que Susana prometió visitarla los fines de semana.

Sabían que, una vez comenzara la gira, el tiempo juntas sería todavía más escaso.

Durante la primera y segunda semana armaron todo el montaje musical. En la tercera y cuarta trabajaron las coreografías y movimientos escénicos. Para la quinta y sexta semana comenzaron los ensayos generales con vestuario, luces y efectos especiales.

Al principio, las jornadas de Eliz empezaban a las diez de la mañana y terminaban alrededor de las ocho de la noche. No eran tan pesadas, pero conforme la fecha de inicio de la gira se acercaba, los horarios comenzaron a extenderse hasta convertirse en días agotadores de doce y hasta catorce horas de trabajo.

Durante esas últimas semanas, Susana dejó de visitarla tan seguido para permitirle descansar un poco más. Volvió a verla únicamente durante los últimos días libres que Eliz tuvo antes de comenzar oficialmente la gira.

Para entonces, Susana ya les había contado a sus padres sobre la relación que tenía con Mary Elizabeth y, tal como esperaba, reaccionaron con sorpresa, pero no con rechazo.

Aquello le quitó un enorme peso de encima.

Durante años había cargado un miedo que terminó siendo mucho más grande dentro de su cabeza que en la realidad.

Ahora solo quedaba la prensa, pero eso decidieron dejarlo al tiempo. Ninguna de las dos saldría a declarar nada por iniciativa propia. Si algún día las descubrían y les preguntaban directamente, entonces lo aceptarían. Y si no ocurría, tampoco les importaba demasiado mientras pudieran seguir queriéndose.

La tarde antes de viajar a la Ciudad de México para ver a Eliz, Vivian irrumpió en su oficina con una enorme sonrisa en el rostro. Parecía una niña incapaz de contener la emoción.

Apenas llegó frente al escritorio, levantó la mano y le mostró el dedo anular.

Allí brillaba un anillo de compromiso.

Pero Susana, solo para fastidiarla, comentó con total seriedad:

—Te cortaste las uñas. Me parece bien, así no lastimarás a Aurora.

Vivian le lanzó una mirada de fastidio.

—No, idiota. Mira bien.

—Felicidades, tienes las manos muy grandes.

— ¡Solo me estás molestando!

Susana soltó una carcajada y rodeó el escritorio para abrazarla.

—Muchas felicidades —dijo finalmente—. ¿Entonces sí se ganó la lotería o solo se cansó de intentarlo?

Vivian sonrió todavía más mientras observaba el anillo.

—De verdad se la ganó.

— ¿Cuánto dinero ganó? ¿Ahora es millonaria?

—No lo sé. Ni siquiera le he preguntado todavía.

Susana puso los ojos en blanco.

—Bueno, supongo que eso lo hablarán después.

Aurora se había ganado sesenta millones de pesos y, tal como se lo prometió a sí misma, dejó el trabajo apenas cobró el premio. Compró una casa con un enorme jardín y comenzó a planear su boda junto a Vivian y su suegra. También estaba organizando el viaje de luna de miel con una emoción que parecía imposible de contener.

Eliz escuchaba atenta la historia que Susana le contaba mientras le daba un masaje en la espalda, uno que la cantante estaba disfrutando demasiado.

— ¿De verdad se ganó la lotería? —preguntó con voz adormilada y relajada.

—Sí. Ahora está planeando la boda con Vivian.

— ¿Y ya tienen fecha?

—Todavía no. Siguen viendo eso.

Susana continuó masajeándole lentamente los hombros y la espalda. Eliz soltó un pequeño suspiro de satisfacción y cerró los ojos por unos segundos.

— ¿Vas a ser madrina? —preguntó después.

—Tal vez. Aún no lo sé.

Hubo un pequeño silencio antes de que Susana volviera a hablar.

— ¿Vendrías conmigo a la boda?

Eliz abrió los ojos de inmediato y giró un poco el rostro para mirarla.

— ¿Quieres que te acompañe?

—Sí —respondió Susana sin apartar la mirada—. También me gustaría que conocieras a Vivian, a Aurora... y a mis padres.

La sorpresa en el rostro de Mary Elizabeth fue imposible de ocultar.

—Me encantaría —admitió con sinceridad—, pero cuando empiece la gira no sé cuándo volveré a tener días libres. Como

mínimo será un año de locura.

—Lo sé.

Eliz sonrió apenas.

—A veces se me olvida que eres mi fan número uno.

—Y ya tengo boleto para tu primer concierto.

Mary Elizabeth se incorporó de golpe sobre la cama y terminó prácticamente encima de Susana.

— ¡¿De verdad?!

—De verdad —respondió soltando una pequeña risa.

Eliz la miró fijamente antes de besarla en los labios.

—Podría haberte dado un pase especial, ¿sabes?

—Lo sé.

—Entonces, a partir de ahora, cuando quieras entrar a algún concierto mío, solo dímelo. ¿De acuerdo?

Susana sonrió mientras le acariciaba el rostro.

—De acuerdo.

Los días libres de Eliz terminaron y Samanta se dio cuenta de que su llamada de atención había servido. Susana finalmente parecía haber entendido el daño que estaba causando con sus dudas y temores.

Después de eso, Samanta se concentró únicamente en entrenar a la nueva asistente de la cantante, enseñándole cómo debía hacerse cada cosa. La muchacha terminó aprendiendo cada detalle sobre Mary Elizabeth casi como si estuviera memorizando las tablas de multiplicar, todo con tal de no cometer errores.

Para cuando comenzó oficialmente la gira, Samanta ya no viajaba con Eliz. En su lugar estaba la nueva asistente, que hacía su trabajo con precisión casi obsesiva.

La noche del primer concierto, Mary Elizabeth estaba nerviosa como siempre.

Aquella extraña sensación en el estómago seguía apareciendo antes de cada presentación, incluso después de tantos años. Pero esta vez había algo distinto mezclado con sus nervios.

Sabía que Susana estaba allí.

Y no en cualquier lugar.

Estaba esperándola en primera fila.

Mientras caminaba hacia la plataforma que la haría aparecer frente al público como la estrella que era, escuchó a miles de personas coreando su nombre. El sonido retumbó con fuerza en todo el recinto.

Entonces las luces se apagaron.

Todo quedó en silencio.

La señal llegó.

Eliz subió a la plataforma y cerró los ojos por un instante. Escuchó el latido de su corazón golpeándole los oídos, mezclado con la adrenalina que comenzaba a recorrerle el cuerpo.

La plataforma se elevó lentamente.

Cuando se detuvo, las luces impactaron directamente contra su rostro y por un segundo casi la cegaron, pero aun así sonrió.

Sonrió para su público.

Y especialmente para la mujer que se encontraba en primera fila observándola con una enorme sonrisa llena de orgullo.

El concierto fue un éxito absoluto.

Todos los boletos se habían vendido y el merchandising prácticamente desapareció antes de terminar la noche. Las redes sociales explotaron con videos, fotografías y comentarios sobre el espectáculo.

Eliz volvió a convertirse en tendencia.

Pero esta vez no solo hablaron del concierto.

Muchos comenzaron a fijarse en Susana Sterling.

La manera en que miraba a la cantante no pasó desapercibida para nadie. Había demasiada intensidad en sus ojos cada vez que observaba a Eliz sobre el escenario.

Y al finalizar el concierto, algunos miembros del staff fueron directamente por ella para llevarla al backstage junto a Eliz.

Eso solo empeoró los rumores.

Las redes y la prensa comenzaron otra vez a especular sobre la relación entre ambas, pero ni Susana ni Eliz confirmaron nada.

Tampoco lo negaron.

Simplemente dejaron que la gente hablara.

Después de todo, hasta ese momento nadie tenía una prueba real. Solo miradas.

Y cualquiera podía mirar a otra persona.

Susana se quedó también para los otros dos conciertos que Eliz tendría ese fin de semana en la Ciudad de México. Sabía que, después de esas tres noches, Mary Elizabeth volvería a viajar de un lugar a otro, ya fuera por tierra o por aire, y las oportunidades para verse volverían a ser escasas.

La gira estaba siendo un éxito absoluto.

Eliz agotaba boletos en cada ciudad donde se presentaba y, aunque durante el primer mes aún lograba soportar el ritmo con relativa facilidad, conforme avanzaban las semanas el cansancio comenzó a acumularse.

Las horas de viaje, los ensayos, las pruebas de sonido, las entrevistas y los conciertos empezaban a pasar factura.

Por eso, cada vez que Mary Elizabeth regresaba a casa para descansar y veía llegar a Susana, sentía como si algo dentro de ella volviera a recargarse.

Aquella noche la abrazó apenas cruzó la puerta y permaneció así durante largo rato, sin querer soltarla.

— ¿Aún sigues teniendo paciencia para mí y para esta gira?
—preguntó finalmente, mirándola a los ojos sin deshacer el abrazo.

Eliz sabía que no era sencillo.

La distancia, los viajes y el poco tiempo que tenían para verse comenzaban a volverse una locura incluso para ella. Y si Susana estaba cansada o molesta, lo entendería perfectamente.

Su trabajo le encantaba, pero también era agotador.

Susana le acarició el cabello con suavidad.

—Aún sigo teniendo paciencia para ti y para tu gira.

Mary Elizabeth sonrió apenas.

— ¿Aunque casi no tengamos tiempo juntas?

—Aunque casi no tengamos tiempo juntas.

Eliz hundió el rostro en su cuello y cerró los ojos unos segundos.

—Gracias.

Susana sonrió al sentirla tan aferrada a ella.

Entonces escuchó la siguiente pregunta.

—No me estás engañando, ¿verdad?

Susana no pudo evitar reír un poco.

Creía que Mary Elizabeth ya había dejado atrás aquellos celos silenciosos, pero al parecer seguían escondidos en alguna parte.

—No, no te estoy engañando —respondió acariciándole el rostro—. Solo tengo ojos para ti... y para Eliz.

Mary Elizabeth levantó la cabeza para mirarla.

—Eso sonó muy presumido.

—Pero te gustó.

—Un poco.

Se besaron despacio, sin prisa, disfrutando simplemente de poder tocarse otra vez después de tantos días lejos la una de la otra.

Luego se acomodaron juntas en uno de los sofás para hablar de todo aquello que no habían podido contarse por mensajes o llamadas rápidas.

Y cuando las palabras se acabaron, dejaron que el silencio hiciera el resto.

Los besos volvieron lentamente.

Después llegaron las caricias.

Y las caricias terminaron convirtiéndose en algo más.

Más tarde, mientras besaba distraídamente el rostro de Susana, Eliz preguntó:

— ¿Ya hay fecha para la boda de tu amiga?

—Sí.

— ¿Cuándo?

—En dos meses.

Mary Elizabeth sonrió apenas.

— ¿Estoy invitada?

—Lo estarás —respondió Susana—. Pero antes me gustaría que conocieras a mis padres... y también a Vivian y Aurora. Quiero que sea estos días que estarás aquí.

Mary Elizabeth la miró y no pudo evitar notar ese tono suave con el que Susana le hacía peticiones sabiendo perfectamente que difícilmente podría negarle algo.

— ¿Cuándo? —preguntó mirándola a los ojos.

— ¿Te parece mañana?

Eliz sonrió apenas.

—Sabes que estos días no pienso hacer nada más que quedarme en casa descansando.

—Entonces les diré que iremos mañana. Primero conocerás a mis padres y después a Vivian y Aurora. Un día para conocerlos a todos.

—De acuerdo.

A la mañana siguiente, alrededor de las nueve, Susana pasó por ella.

Mary Elizabeth estaba mucho más nerviosa de lo que imaginó que estaría. Resultaba absurdo pensar que podía subirse frente a miles de personas en un escenario y aun así sentirse intimidada por conocer a los padres de Susana.

Mientras iban en el auto, no dejó de mover las manos sobre sus piernas.

— ¿Tus padres saben a qué me dedico? —preguntó finalmente.

Temía que la vieran únicamente como una celebridad o que pensarán que ella y Susana pertenecían a mundos demasiado distintos.

—Lo saben —respondió Susana mientras conducía—. Les dije quién eres y a qué te dedicas.

— ¿Y qué dijeron?

Susana le dedicó una rápida mirada antes de volver la vista al camino.

—Que tenían muchas ganas de conocerte.

Aquellas palabras lograron tranquilizarla más de lo que esperaba.

Cuando llegaron a casa de los Sterling, Mary Elizabeth tomó la mano de Susana con fuerza antes de entrar.

La residencia era elegante, pero cálida, mucho más hogareña de lo que imaginó.

Apenas cruzaron la puerta, los padres de Susana las recibieron con amabilidad.

—Es un placer conocerte por fin —dijo el señor Sterling estrechándole la mano.

—Nos alegra mucho que hayas venido —añadió la madre de Susana con una sonrisa cálida—. Nuestra hija suele ser muy reservada con su vida personal, así que eso nos dice mucho de ti.

Mary Elizabeth sintió cómo algo dentro de ella finalmente se relajaba.

—Muchas gracias.

Pasaron al comedor para desayunar y la conversación fluyó con mucha más naturalidad de la que esperaba. Hablaron de música, viajes, trabajo y de algunas anécdotas vergonzosas de la infancia de Susana que hicieron que esta protestara varias veces.

Después del desayuno, salieron a la terraza para continuar conversando entre café y risas suaves.

Y por primera vez en mucho tiempo, Eliz sintió lo que era estar en una mesa familiar sin tensión.

Cuando llegó el momento de irse, Susana tomó nuevamente su mano.

—Ahora es turno de que conozcas a Vivian y Aurora.

— ¿Crees que les caeré bien? —preguntó Mary Elizabeth mientras caminaban hacia el auto.

Susana soltó una pequeña risa.

—Por supuesto. Aurora está emocionadísima por conocerte.

Eliz abrió un poco más los ojos.

—Entonces ya saben quién soy.

—Sí. Yo se lo dije a Vivian y Vivian se lo dijo a Aurora. Ya sabes... entre parejas no puede haber secretos.

Mary Elizabeth giró la cabeza para mirarla.

— ¿Tienes secretos? —preguntó con cierta curiosidad.

Susana sonrió apenas.

—No contigo. ¿Y tú?

Eliz sostuvo su mirada durante unos segundos.

—Tampoco.

Capítulo 21

Vivian y Aurora las recibieron en lo que ahora era oficialmente su nueva casa. La escritora ya se había mudado por completo a vivir con Aurora y la boda sería más una celebración simbólica entre ambas mujeres, una manera de sellar todo lo que habían construido juntas.

Desde temprano, Vivian había estado preparándole el terreno a Aurora para cuando llegara el momento de conocer a la cantante.

—Eliz es como cualquier otra persona — le dijo mientras acomodaba unas cosas en la cocina —. Actúa normal o vas a terminar asustándola.

—Di lo que quieras, pero no es normal — respondió Aurora —. Bueno... sí es normal, pero no todos somos famosos, ricos y salen en televisión.

Vivian soltó una risa cansada.

—A lo que me refiero es a que no la trates diferente. No te le quedes mirando raro ni hagas cosas extrañas ¿De acuerdo?

Aurora se le quedó mirando unos segundos.

— ¿Me estás celando?

—No seas ridícula — respondió Vivian rodando los ojos —. Solo digo que no te comportes como fanática.

—Haré lo que pueda.

Cuando Susana y Eliz llegaron, ambas fueron recibidas con calidez. Aurora abrió la puerta y por un instante se quedó observando a la cantante frente a ella. Era extraño verla tan cerca. Durante años la había visto en entrevistas, escenarios, fotografías y

videos, pero ahora estaba ahí, parada frente a ella con ropa sencilla, el cabello suelto y una sonrisa ligeramente nerviosa.

Eliz también observó a Aurora con curiosidad. Quería entender qué había visto Vivian en aquella mujer de apariencia tranquila y expresión tímida que parecía no saber dónde poner las manos.

Por un momento el ambiente se sintió raro y un poco surrealista para todas, pero la tensión desapareció casi tan rápido como apareció cuando Eliz sonrió primero y Aurora terminó devolviéndole la sonrisa.

—Pasen, por favor — dijo Aurora haciéndose a un lado.

La casa era acogedora y mucho más amplia de lo que Eliz imaginó. Había fotografías, plantas, libros y pequeños detalles que dejaban claro que ahora era un hogar compartido. Vivian ya estaba demasiado instalada allí como para fingir lo contrario.

Al principio Aurora habló poco. Se mantuvo escuchando la conversación desde el sillón, participando únicamente cuando era necesario. Como siempre, se sentía un poco fuera de lugar. Pero Eliz terminó notando aquel silencio.

— ¿Qué se siente haberse ganado la lotería? — preguntó de pronto, incapaz de ocultar la curiosidad que llevaba cargando desde que Susana le contó la historia.

Los ojos de Susana se posaron inmediatamente sobre ella llenos de incredulidad.

Aurora parpadeó confundida y luego soltó una pequeña risa.

—Seguramente Susana ya te contó cómo pasó todo.

—Sí... ¿te molesta?

—No mucho en realidad — respondió completamente seria.

Eliz abrió un poco más los ojos y Susana suspiró resignada, pero Aurora no logró mantener la expresión por demasiado tiempo y terminó echándose a reír.

—Estoy bromeando.

La tensión volvió a romperse y esta vez las cuatro rieron.

—Y sobre ganar la lotería... pues se siente raro — continuó Aurora encogiéndose un poco de hombros —. Porque por más que compres boletos nunca crees realmente que te va a pasar. Yo ya estaba por rendirme. Ese había sido mi último boleto.

— ¡Qué suerte! — exclamó Eliz genuinamente impresionada —. Ahora eres millonaria.

Aurora se sonrojó un poco.

—Algo así.

— ¿Y te sientes diferente? ¿Cambió algo?

Aurora se quedó pensando unos segundos antes de responder.

—Yo creo que sigo siendo la misma persona. Pero sí cambió mi vida. Ya no vivo preocupada todo el tiempo por el dinero y eso... te da tranquilidad.

Mientras escuchaba la conversación, Vivian observó a Eliz con más atención. Entendía por qué Susana estaba enamorada de ella. En privado, lejos de los escenarios y las cámaras, la cantante se veía mucho más sencilla, incluso un poco torpe por momentos. Muy distinta a la mujer segura y arrolladora que aparecía en televisión.

Conforme pasaron las horas, Aurora fue relajándose más. Para sorpresa de todas, la cantante terminó riéndose hasta las lágrimas.

Aquello alivió incluso a Susana, quien durante toda la mañana había estado nerviosa esperando que las personas más importantes de su vida se llevaran bien entre sí.

Fue casi de noche cuando Susana y Eliz finalmente se marcharon de la casa.

Mientras salían, Eliz volvió la vista hacia la casa y sonrió en silencio.

Había sido un día extraño, cálido y sencillo. Uno en el que por algunas horas dejó de sentirse como una cantante famosa para convertirse solamente en Mary Elizabeth, una mujer sentada en una sala hablando y riendo con otras personas.

Y hacía mucho tiempo que algo tan simple no la hacía sentir tan feliz.

Los días libres terminaron y Eliz volvió de lleno a los conciertos, aeropuertos, hoteles y viajes interminables. Las semanas comenzaron a pasar tan rápido que, cuando menos lo esperaron, llegó el día de la boda de Vivian y Aurora.

Susana y Eliz serían madrinas de anillos, por lo que Mary Elizabeth le había prometido tanto a las novias como a la propia Susana que estaría presente ese día, aunque tuviera que atravesar medio mundo para conseguirlo.

Y casi era exactamente lo que estaba haciendo.

Aquella mañana, Eliz se encontraba al otro lado del continente después de uno de los conciertos más grandes de la gira. El problema era que el clima había empeorado de forma repentina. La tormenta eléctrica era tan intensa que ningún vuelo tenía autorización para despegar.

El aeropuerto era un caos. Pantallas llenas de retrasos. Personas desesperadas. Empleados intentando controlar la situación.

Y Eliz sentada frente a uno de los ventanales privados del aeropuerto mirando la lluvia golpear con fuerza el cristal mientras sentía cómo la ansiedad le comprimía el pecho.

No dejaba de mirar la hora. Ni el celular. Ni los mensajes de Susana.

Mientras tanto, Susana llevaba toda la mañana mirando el reloj. Los minutos parecían avanzar demasiado rápido conforme se acercaba la ceremonia.

Nunca se había quejado realmente de la distancia ni de las giras de Eliz. Sabía perfectamente cómo era su trabajo y todo lo que

implicaba. Pero ese día... ese día comenzaba a sentirse molesta.

Mary Elizabeth le había prometido llegar a tiempo.

Incluso había planeado llegar un día antes.

Pero al final surgió una fiesta relacionada con patrocinadores y productores a la que no pudo faltar, lo que provocó que terminara viajando prácticamente el mismo día de la boda.

Y ahora ni siquiera había podido despegar. Por suerte, los anillos los tenía Susana. Aun así, no podía evitar sentirse inquieta.

Cada cierto tiempo miraba la entrada del lugar esperando verla aparecer. Aunque fuera despeinada. Solo quería verla ahí.

Horas después, cuando por fin el clima mejoró y permitieron los vuelos, Eliz prácticamente salió disparada del aeropuerto.

Llegó a Querétaro agotada, con el cuerpo pesado y la cabeza dándole vueltas por el cansancio acumulado.

Apenas llegó a casa, se dio un baño rápido mientras parte de su equipo intentaba arreglarla a toda velocidad. La maquillaron, le acomodaron el cabello y prácticamente la vistieron mientras ella seguía revisando la hora.

—Voy tarde, voy muy tarde — repetía nerviosa.

Cuando finalmente llegó al lugar donde se celebraba la boda, descubrió demasiado tarde un detalle importante.

Había medios de comunicación afuera.

Y muchos.

En cuanto descendió del vehículo, los periodistas la reconocieron de inmediato. Esta vez no llevaba gafas oscuras ni ropa que ayudara a pasar desapercibida. Iba elegante, maquillada y completamente visible.

Y además estaba sola.

No estaba "Eliz la estrella".

Era únicamente Mary Elizabeth llegando apresurada a una boda.

Los reporteros prácticamente se abalanzaron hacia ella.

— ¡Eliz! ¿Eres invitada a la boda?

— ¿Te invitó Susana Sterling?

—Sabemos que ella y Vivian son amigas y trabajan juntas.

Eliz intentó continuar caminando sin detenerse demasiado.

—Soy invitada y amiga de las novias.

Y apenas las palabras salieron de su boca, supo que había cometido un error. Lo vio en las miradas. En la manera en que los periodistas se acercaron todavía más. En el sonido de las cámaras disparándose una detrás de otra.

—Entonces eso quiere decir que Susana Sterling fue quien las presentó ¿Es cierto lo que se ha rumorado sobre ustedes?

— ¡Eliz! ¡Aquí!

—Notamos que sigues usando esa pulsera.

—Y Susana también la lleva puesta.

Por instinto, Eliz bajó la mirada hacia su muñeca y maldijo internamente.

La pulsera.

Intentó seguir avanzando mientras el ruido de preguntas se volvía cada vez más intenso.

—Si me permiten, llego tarde a la boda — dijo intentando abrirse paso entre todos.

Pero mientras más avanzaba, más personas se acercaban.

Por un momento sintió cómo la ansiedad volvía a subirle por el pecho. Estaba cansada, presionada y demasiado agotada para lidiar con aquello.

Hasta que finalmente el personal de seguridad del evento se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo y acudió rápidamente a

ayudarla, apartando a los periodistas para abrirle paso hacia el interior del recinto.

Y aun mientras entraba, las preguntas siguieron persiguiéndola detrás de las puertas.

Como era de esperarse, en el lugar ya había varios invitados, todos acomodados en sus respectivos asientos frente al espacio donde se llevaría a cabo la ceremonia. Eliz intentó pasar desapercibida, pero fue imposible. Apenas apareció, varias miradas se dirigieron hacia ella llenas de sorpresa y fascinación, desviando por un instante la atención de las novias, que ya se encontraban frente al juez.

Susana se dio cuenta de inmediato de que algo estaba pasando y también volvió el rostro. Entre todas las personas distinguió a Eliz acercándose y, en lugar de alivio, sintió una punzada de molestia al notar cómo la atención se apartaba de Vivian y Aurora en un momento que debía pertenecerles solo a ellas.

Con las mejillas ligeramente sonrojadas por tantas miradas encima, Eliz avanzó hasta el asiento reservado junto a Susana y tomó asiento a su lado. Buscó su mirada casi al instante, pero Susana evitó verla. No hacía falta demasiada inteligencia para entender que seguía molesta por su tardanza.

Eliz apretó apenas los labios. Sabía lo mucho que Susana valoraba la puntualidad y también sabía que, aunque aquella vez el retraso no había sido realmente culpa suya, llegar tarde seguía siendo llegar tarde. La tormenta había retrasado todos los vuelos durante horas y, además, Susana nunca había estado demasiado contenta con la idea de que asistiera a aquella fiesta antes de viajar.

Prefirió no discutir. Permaneció en silencio, observando la ceremonia frente a ella mientras intentaba recuperar el aliento después de haber llegado prácticamente corriendo.

Durante unos segundos, Susana mantuvo la vista fija al frente, intentando concentrarse en la boda. Pero la presencia de Eliz

a su lado era imposible de ignorar. Terminó mirándola de reojo y entonces notó detalles que antes no había alcanzado a ver.

Debajo del maquillaje impecable que la hacía lucir hermosa, había ligeras ojeras marcando el contorno de sus ojos. Su expresión parecía tranquila, pero había algo agotado en ella, como si estuviera funcionando únicamente por costumbre.

Meses atrás quizás no lo habría notado. Antes solo veía a la estrella perfecta sobre el escenario. Pero ahora conocía la diferencia entre una Eliz descansada y la mujer que tenía sentada a su lado aquella tarde.

Y la diferencia era evidente.

También notó algo más. El vestido le quedaba un poco más suelto y sus mejillas habían perdido algo de volumen. Estaba más delgada.

La molestia que había sentido comenzó a desaparecer lentamente, reemplazada por culpa.

Había pasado tanto tiempo extrañándola y reclamando en silencio su ausencia, que no se detuvo a pensar en lo duro que debía estar siendo todo aquello para Mary Elizabeth. Las giras, los vuelos interminables, los ensayos, las entrevistas, la presión constante y ahora incluso la prensa siguiéndola a todas partes.

Sin importarle quién pudiera verla, Susana rozó su hombro contra el de Eliz de manera cariñosa. La cantante giró apenas el rostro y le dedicó una pequeña sonrisa que no alcanzó del todo sus ojos.

Ese gesto bastó para que Susana entendiera que su actitud la había hecho sentir mal.

Entonces tomó una de sus manos entre las suyas y la apretó suavemente. Eliz no apartó la mirada del frente, pero sus dedos se aferraron a los de Susana con discreta fuerza, como si aquel simple contacto bastara para darle un poco de calma en medio del agotamiento.

La ceremonia llegó a su momento cúspide cuando Aurora y Vivian plasmaron sus firmas en el documento que las convertía oficialmente en esposas. Después llegó el turno de Susana y Eliz de entregar los anillos, momento en el que las novias pronunciaron sus votos y finalmente sellaron todo con un beso que provocó los aplausos de todos los presentes.

Aunque muchos invitados se mostraron sorprendidos y curiosos por la presencia de Eliz, todo quedó únicamente en miradas discretas y murmullos pasajeros. Eso ayudó a que la cantante bajara la guardia poco a poco. No quería robar protagonismo en un día que no le pertenecía. Solo deseaba disfrutar de una fiesta normal junto a la mujer de la que estaba enamorada.

Susana tomó a Eliz del brazo y la condujo hacia donde estaban sus padres para saludarlos antes de que todos pasaran al área donde se celebraría la recepción.

—Siento no haber podido llegar antes —le dijo Eliz en voz baja mientras caminaban juntas—. La tormenta en Europa retrasó todos los vuelos.

Susana la miró de inmediato. Ahora que la tenía cerca podía notar mejor el cansancio escondido bajo el maquillaje impecable.

—No tienes por qué disculparte —respondió acariciándole el rostro antes de besarla suavemente en los labios—. Soy yo quien se comportó de manera irracional. ¿Cómo estuvo el vuelo de regreso?

—Largo, pero tranquilo.

—Me alegra escucharlo.

Tomaron asiento y poco a poco la fiesta comenzó a llenarse de música, conversaciones y risas. Eliz descubrió que estaba disfrutando mucho más de lo que imaginó. Nadie esperaba nada de ella. No tenía que posar para fotografías ni caminar de mesa en mesa saludando personas por compromiso. Tampoco debía sonreír todo el tiempo como si siguiera sobre un escenario. Por una vez, podía simplemente estar allí.

Conversó con los padres de Susana, bromeó con Vivian y Aurora y observó a los invitados bailar mientras los meseros iban y venían entre las mesas.

Candy no había sido invitada. Después de lo ocurrido frente a los Iturbe, nadie necesitó reclamarle nada. Simplemente dejaron de incluirla.

Con el paso de las horas, Eliz comenzó a beber una copa aquí y otra allá. Normalmente no bebía demasiado, pero aquella noche se sentía tranquila. La fiesta era privada, estaba rodeada de personas que la trataban como alguien común y, sobre todo, tenía a Susana a su lado. Después de tantos meses de viajes, ensayos y presión constante, aquello se sentía como un descanso.

Susana no le dijo nada por las bebidas, aunque discretamente se encargaba de pasarle agua entre copa y copa.

—Toma —le insistió divertida—. No pienso cargarte hasta el auto.

—Exagerada —murmuró Eliz antes de obedecer.

El ambiente se volvió más cálido conforme avanzó la noche. Cuando terminó de beber agua, Eliz se puso de pie y le tendió la mano a Susana.

—Ven a bailar conmigo.

Susana soltó una pequeña risa.

—Sabes que no bailo tan bien como tú.

—No me importa.

Sin darle oportunidad de negarse, la llevó hasta la pista donde Vivian y Aurora ya bailaban rodeadas de algunos invitados. Al principio Susana se movió con cierta torpeza y vergüenza, pero poco a poco terminó riéndose junto a Eliz mientras esta la guiaba entre la música y las luces suaves del salón.

Por unos momentos, todo pareció sencillo.

No había prensa. No existían rumores. No había giras, ni vuelos interminables, ni cámaras siguiéndolas.

Solo ellas dos bailando juntas, como si el mundo por fin les hubiera dado un pequeño respiro.

—Llévame a casa —le pidió Eliz a Susana cuando comenzó a sentir el cuerpo demasiado pesado.

—Me parece bien —aceptó Susana de inmediato.

Hacía rato que quería sacarla de la fiesta. Sus movimientos se habían vuelto más lentos, sonreía con demasiada facilidad y cada vez que caminaba parecía inclinarse ligeramente hacia un lado, obligando a Susana a sostenerla del brazo para mantenerla estable.

Se despidieron de Vivian y Aurora entre abrazos y felicitaciones antes de salir del salón. Sin embargo, lo que Susana no previó fue encontrar todavía a varios periodistas afuera del lugar.

Apenas cruzaron la entrada, los flashes las golpearon de lleno.

Susana contuvo una maldición por lo bajo. ¿Cómo había podido olvidar algo tan obvio?

Las cámaras y micrófonos se abalanzaron sobre ellas de inmediato. Mientras Susana se tensaba al verse rodeada otra vez por reporteros, Eliz parecía no tener ninguna preocupación. Sonreía con esa expresión cálida y distraída que le dejaban las copas de más y permanecía abrazada al brazo de Susana como si el resto del mundo hubiera desaparecido.

Incluso le dejó un beso torpe en la mejilla que hizo que varios fotógrafos dispararan aún más cámaras.

— ¿Es verdad que están saliendo? —preguntó uno de los periodistas, logrando que varios más guardaran silencio esperando la respuesta.

Eliz soltó una pequeña risa y giró el rostro hacia Susana con una mirada brillante y ligeramente arrebolada por el alcohol.

—Lo que se ve no se pregunta.

Las risas no tardaron en escucharse entre los reporteros. Incluso algunos camarógrafos sonrieron al darse cuenta de que la cantante iba un poco pasada de copas, aunque seguía comportándose de manera encantadora.

Susana, en cambio, sintió cómo el rostro comenzaba a calentársele por la respuesta y, sobre todo, por la forma en que Eliz la miraba.

— ¿La han pasado bien en la fiesta?

—Muy bien —respondió Eliz enseguida—. Bailé mucho... bueno, bailamos mucho ¿verdad?

Giró el rostro hacia Susana buscando confirmación.

—Así es —contestó ella, incapaz de evitar sonreír un poco—. La pasamos muy bien.

— ¿Quieres casarte, Eliz? —preguntó otra reportera.

Eliz abrió los ojos como si realmente estuviera pensando la respuesta.

—Antes no quería... pero ahora sí.

Aquella respuesta provocó exclamaciones y más flashes.

— ¿Y tú, Susana? ¿Quieres casarte?

Ahora todas las miradas se dirigieron hacia ella.

Incluso la de Eliz, que seguía aferrada a su brazo mientras la observaba con atención y una sonrisa pequeña, expectante y peligrosamente ilusionada.

—Probablemente sí. Algún día.

— ¿No se te antojó hacerlo ahora al ver a tu amiga?

Susana soltó una pequeña risa, todavía algo avergonzada por la atención que estaban recibiendo.

—Solo un poco.

—Se van muy temprano de la fiesta.

—Eliz quiere ir a descansar.

—Muero de sueño y de cansancio —murmuró la cantante apoyándose más en Susana—. Viajar desde Europa hasta aquí después de tantos conciertos es agotador.

—Muchas gracias, Eliz, por concedernos este momento.

—Gracias a ustedes. Nos vemos luego.

Susana sabía perfectamente que, después de aquel pequeño encuentro con la prensa, todo explotaría. Las fotografías, las preguntas y las respuestas ambiguamente sinceras de Eliz eran suficientes para alimentar rumores durante semanas.

Y aun así, a la cantante parecía no importarle en absoluto.

O quizás simplemente estaba demasiado borracha y cansada para preocuparse.

Cuando por fin les acercaron el automóvil, Susana ayudó a Eliz a subir del lado del copiloto y poco después arrancó alejándose del lugar.

La ciudad nocturna avanzó frente a ellas entre luces borrosas y calles casi vacías.

— ¿Qué queda más cerca? ¿Tu casa o la mía? —preguntó Eliz con la voz adormilada mientras recargaba la cabeza contra el asiento.

—Mi apartamento.

—Entonces vamos a tu apartamento.

No pasó mucho tiempo antes de que Eliz se quedara completamente dormida.

Susana la observó unos segundos mientras esperaba la luz verde de un semáforo y sintió cómo algo dentro de ella volvía a apretarse dulcemente en el pecho.

La amaba.

No había manera de negarlo ya.

Amaba incluso esos momentos sencillos y agotados, verla dormirse a su lado después de un día pesado, escucharla hablar

medio dormida o sentir cómo buscaba inconscientemente su cercanía.

Y quería seguir viviendo cosas así con ella.

Cuando llegaron al edificio, Eliz seguía profundamente dormida. Susana le acarició el rostro y le dejó un beso en la mejilla mientras intentaba despertarla.

—Eliz... ya llegamos.

La cantante apenas murmuró algo inentendible y volvió a acomodarse.

Susana no pudo evitar sonreír.

Al final tuvo que ayudarla a salir del auto prácticamente cargándola entre protestas soñolientas y pasos torpes. Como pudo, la llevó hasta el elevador y luego al interior de su apartamento.

Una vez dentro, la condujo hasta la habitación y la sentó con cuidado sobre la cama.

Le quitó primero las zapatillas y luego comenzó a retirar el maquillaje con paciencia. Eliz permanecía completamente rendida, dejándose cuidar sin resistencia alguna, confiando en ella de una manera que Susana jamás había experimentado con otra persona.

Aquella confianza la conmovía más de lo que podía explicar.

Después le ayudó a cambiarse de ropa y refrescó un poco su piel con una toalla húmeda para quitarle el cansancio del viaje, el maquillaje y el calor de la fiesta.

Cuando terminó, acomodó las sábanas alrededor de ella y apartó algunos mechones de cabello de su rostro.

Eliz dormía profundamente.

Susana se inclinó para besarle la frente antes de ir al baño a quitarse el maquillaje y cambiarse también. Después de una ducha rápida, regresó a la habitación usando ropa ligera y se acostó junto a Mary Elizabeth, abrazándola apenas se acomodó en la cama.

Eliz se movió dormida hasta acercarse más a ella de manera inconsciente.

Mientras ambas descansaban abrazadas, el resto del país comenzaba a hablar de ellas.

Los videos y fotografías tomadas afuera de la boda se propagaron por todas partes. El nombre de Eliz volvió a convertirse en tendencia y, junto con él, el de Susana Sterling.

Esta vez ya no eran simples rumores.

Ahora existían imágenes, videos, miradas y respuestas imposibles de ignorar.

Y mientras internet explotaba hablando de ellas, los boletos para los conciertos de Eliz comenzaron a agotarse mucho más rápido de lo esperado.

Epílogo

Aunque fue una noche en la que Eliz durmió plácidamente entre los brazos de Susana, a la mañana siguiente todo cambió apenas tomó su teléfono después de desayunar.

Las redes estaban inundadas de fotografías y videos de ambas dentro y fuera de la boda de Aurora y Vivian.

— ¿Ya viste esto? —preguntó Eliz mientras revisaba la enorme cantidad de enlaces que tanto Leila como su nueva asistente le habían enviado desde temprano.

Susana, todavía acomodándose junto a ella en el sofá, negó ligeramente.

—No, aún no.

Eliz le mostró algunas imágenes en las que las habían captado incluso dentro de la fiesta. En unas aparecían tomadas de la mano; en otras, mirándose mientras bailaban o besándose. También había videos de ambas afuera del lugar, caminando tomadas del brazo de manera cariñosa frente a las cámaras.

Susana observó las imágenes en silencio durante unos segundos.

Era extraño verse desde afuera. Ver la manera en que miraba a Mary Elizabeth, la naturalidad con la que buscaba tocarla o acercarse a ella. Nunca se había dado cuenta de cuánto se notaba lo enamorada que estaba hasta verlo con sus propios ojos.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

—Creo que hacemos una bonita pareja.

Eliz le devolvió apenas una media sonrisa, pero esta desapareció rápidamente. Sus ojos reflejaron algo mucho más

vulnerable.

Miedo. Inseguridad.

— ¿Estás segura de que podrás soportar toda la presión de los medios? —preguntó mirándola fijamente—. Sé que has salido en revistas y dado entrevistas antes, pero esto es distinto a todo lo que habías vivido. Lo de anoche apenas es el comienzo.

Susana recordó entonces a los reporteros rodeándolas, las cámaras siguiéndolas y las preguntas lanzadas una tras otra. Por un momento creyó que Eliz no recordaría demasiado después de todo lo que había bebido.

Pero la cantante parecía recordar absolutamente todo.

—Anoche estaba borracha, no estúpida —dijo Mary Elizabeth al notar su expresión sorprendida—. Recuerdo perfectamente lo que dije. Ahora responde mi pregunta.

Susana sostuvo su mirada en silencio.

Sí, la idea de convertirse en un objetivo constante para la prensa le daba miedo. Le aterraba pensar en cámaras siguiéndola, personas opinando sobre su vida y periodistas intentando invadir cada rincón de su intimidad.

Pero la idea de alejarse de Eliz por miedo le parecía aún peor.

La noche anterior, cuando ambas cruzaron la puerta del apartamento y el ruido del mundo quedó atrás, todo lo demás dejó de importar. Solo estaban ellas dos. Sin cámaras. Sin fama. Sin presión.

Solo Susana y Mary Elizabeth.

Recordó la manera en que Eliz se dejó cuidar sin reservas, cómo había dormido abrazada a ella y la tranquilidad que sentía cada vez que bajaba todas sus barreras frente a su lado más humano y vulnerable.

Y eso hizo que algo dentro de Susana terminara de aclararse por completo.

Era verdad que odiaba la distancia, los viajes y los meses en los que apenas podían verse. También odiaba compartir a Eliz con el mundo entero.

Pero al final del día, Mary Elizabeth siempre volvía a ella.

Volvía para amar y dejarse amar.

Susana tomó su rostro entre las manos y la besó suavemente en los labios.

—Lo soportaré —murmuró contra su boca—. No creo que sea tan malo mientras sea contigo.

Después de eso, todo fue un caos.

Las propuestas de entrevistas comenzaron a llegar casi de inmediato. Programas de televisión, revistas y periodistas querían hablar con Susana Sterling, la mujer que había conquistado a Eliz.

Pero lo que realmente alimentaba a los medios no eran las declaraciones, sino los momentos en los que ambas aparecían juntas.

Y mientras el país entero hablaba de ellas, Eliz seguía arrasando con su gira.

Cada concierto agotaba entradas. Sus canciones dominaban las listas de reproducción y su popularidad parecía crecer todavía más.

Pero, lejos de los escenarios y las luces, Mary Elizabeth solo encontraba verdadera paz en un lugar.

Entre los brazos de Susana.

Además, los fans descubrieron algo que terminó de volver loca a la prensa y a internet: las primeras letras de las canciones del álbum de Eliz formaban el nombre de Susana al leerse en vertical.

Cuando aquello comenzó a viralizarse, las teorías y análisis inundaron las redes sociales. Lo que parecía un simple álbum romántico terminó siendo visto como una enorme carta de amor dedicada a Susana Sterling.

Y cuando se lo preguntaron directamente a Eliz durante una de sus muchas entrevistas, la cantante no lo negó.

Eso bastó para que el público empezara a mirar toda la historia entre ellas de una manera completamente distinta.

— ¿Cómo fue que la misteriosa Eliz terminó enamorándose de Susana Sterling? —le preguntaban constantemente—. Ella también parece una mujer muy reservada.

Eliz sonrió con suavidad antes de responder.

—Ni siquiera yo sé exactamente cómo pasó. No estaba en mis planes enamorarme.

— ¿Era ella la mujer a la que le coqueteaste una vez en el Sofi Stadium?

La sonrisa de Eliz se hizo un poco más amplia.

—Fue ella.

Aquella respuesta desató gritos y risas entre el público presente en el programa.

—Entonces fuiste tú quien la conquistó.

—Creo que fue cosa de ambas —aclaró—. Nos encontramos por casualidad, conversamos un rato, me dio su número y después de un tiempo decidí llamarla.

— ¿No la llamaste enseguida?

—No —admitió divertida—. Una de las virtudes de Susana es que tiene muchísima paciencia. Me entiende... y me hace sentir bien.

Después de aquellas entrevistas, Susana terminó consiguiendo algo que jamás imaginó tener en su vida: un club de fans propio.

Cada vez que asistía a un concierto, había personas que comenzaban a buscarla entre el público apenas las luces se encendían. Incluso algunos asistentes parecían saber exactamente en qué conciertos estaría presente.

Para Susana, aquello seguía siendo una locura difícil de comprender.

Pero también entendía que, de alguna manera extraña, aquellas personas estaban apoyando la relación que tenía con Eliz.

Y eso hacía que todo fuera un poco menos aterrador.

Cuando llegó el último concierto de la gira, Susana estaba sentada en primera fila.

Había viajado un día antes para pasar tiempo con Mary Elizabeth y celebrar juntas el final de aquella etapa antes de tomarse unas vacaciones lejos de todo.

Como siempre, Eliz había agotado todas las entradas.

El recinto estaba completamente lleno y el nombre de la cantante retumbaba por todas partes como un rugido ensordecedor.

Susana observó a la mujer que amaba de pie en medio del escenario, iluminada por las luces y con los ojos brillando mientras miraba a su público.

Y no pudo evitar sentirse orgullosa de ella.

Cuando Eliz terminó de cantar la última canción de la noche y estaba a punto de despedirse, las luces del escenario se apagaron de repente.

El corazón de la cantante se aceleró.

Por un instante, incluso con toda la adrenalina encima, sintió miedo de que algo estuviera mal.

El público gritó confundido y emocionado al mismo tiempo.

Unos segundos después, las luces volvieron a encenderse.

Entonces Eliz la vio.

Susana estaba arrodillada frente a ella sosteniendo una argolla de matrimonio entre los dedos.

Eliz abrió los ojos con sorpresa mientras el estadio entero estallaba en gritos.

Por primera vez en muchísimo tiempo, Susana Sterling parecía completamente aterrada. La mano le temblaba ligeramente y el corazón le golpeaba con tanta fuerza el pecho que sentía que todos podían escucharlo.

En ese instante incluso se arrepintió un poco de haber tenido aquella idea.

Porque si Eliz la rechazaba, sería frente a miles de personas.

Aun así, tragó saliva y reunió valor.

—Eliz... ¿te gustaría casarte conmigo?

Eliz asintió tan rápido que parecía una muñeca de resorte.

El público rugió todavía más fuerte.

Después tomó el micrófono entre las manos y, completamente emocionada, respondió con un "sí" que resonó por todo el recinto.

Susana apenas tuvo tiempo de levantarse antes de que Eliz prácticamente se lanzara a abrazarla.

Y en medio de los aplausos, las luces y los gritos del estadio entero, Susana sintió cómo el alivio y la felicidad le llenaban por completo el alma.

Cuando se separaron apenas unos centímetros, se miraron a los ojos como si no existiera nadie más alrededor.

Entonces Susana la besó.

Y aquella vez, frente a miles de personas, ninguna de las dos sintió miedo.
